



# ANTOLOGÍA 3

Gaston Racine



**Gaston Racine**

**Antología (3)**



Gaston Racine    Être chrétien  
Le Christ inconnu  
Connaissance ou obeissance  
Unis dans le Christ  
Les leçons de Marie  
Jésus revient! Es-tu prêt?  
L'atheisme pratique  
Le vrai visage de l'affliction  
Peut-on naître de nouveau?

**Gaston Racine. Antología (3)**

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: junio 2024

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción: Ferran Cots

Revisión de textos: Abigail Rodés

Diseño de la cubierta: Joel Cantero

*Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020*

*Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés*

Imprime:



**Gaston Racine**

**Antología (3)**

**Ser cristiano**

Primera edición: diciembre 2022

# **Ser cristiano**



*A mis hijos, Hélène, Françoise, Jean-Bernard, Daniel y Grâce.*

Gaston Racine



## **Prefacio**

Estos mensajes bíblicos, dados en París durante una misión destinada a preparar algunas comunidades evangélicas para un esfuerzo de evangelización, fueron grabados por nuestro amigo y hermano Jacques Blocher, pastor del Tabernáculo. Revisados y condensados por el autor, aparecieron en 1956 en el periódico *Servir en l'attendant* (Servir esperándole).

Me he esforzado en mantenerlos en su forma directa e improvisada. Por lo tanto, no debe sorprendernos encontrar en estas páginas todas las características del estilo hablado: lenguaje mordaz, llamamiento a la conciencia y al corazón, las repeticiones necesarias para unir estos mensajes entre sí y hacer penetrar una enseñanza precisa en las almas.

Aunque estos no son estudios bíblicos propiamente dichos, el lector atento reconocerá fácilmente que la autoridad de estos mensajes descansa únicamente en la Palabra de Dios, cada pensamiento expresado se relaciona con una referencia bíblica y no con un sentimiento personal. Por eso he creído necesario citar los numerosos textos que inspiraron y alimentaron mis pensamientos<sup>1</sup>.

Que Dios acompañe estas páginas y contribuyan a acelerar la renovación del testimonio cristiano, en vista del regreso de Jesucristo y la salvación de muchas almas.

*Gaston Racine*

Niza, abril 1957

---

<sup>1</sup> ► Algunas citas se transcriben literalmente, otras simplemente se mencionan, aunque es aconsejable leerlas para comprobar que lo que el autor dice no es algo de su invención, sino que proviene directamente de la revelación divina.

*Creo en el cristianismo como creo que el sol ha salido. No solo porque lo vea sino porque gracias a eso puedo ver todo lo demás.*

C.S Lewis

## Introducción

¿Sabes que hay hoy muchos hombres y mujeres en este mundo que buscan un cristiano? Esta declaración no dejará de sorprenderte. ¿Cómo —dirás—, son acaso los únicos en nuestras ciudades y nuestros campos que no conocen nuestras iglesias, nuestros templos, nuestras capillas y nuestros lugares de reunión? ¿No han oído hablar de las grandes misiones de evangelización organizadas por nuestras comunidades para llegar a las masas descristianizadas?

Es cierto que los edificios religiosos —aunque menos numerosos que los bares y los locales de dudosa reputación— no faltan hoy y que las multitudes que lo desean tienen la oportunidad de escuchar la predicación del evangelio más a menudo que antes. Incluso es posible escucharlo sin salir de casa, simplemente accionando el interruptor de la radio. Pero escuchar un mensaje o entrar en un edificio religioso, no es todavía haber encontrado *un cristiano*.

Ahora bien, este cristiano es buscado, consciente o inconscientemente, por el obrero en la fábrica entre sus compañeros; por el oficinista en su despacho entre sus compañeros. Al empleado le gustaría encontrarlo en su jefe, al cliente en el vendedor y al vendedor en el comprador. El estudiante se regocijaría al encontrarlo entre sus compañeros de estudios, y el alumno entre sus maestros.

Amigo lector, que dices ser de Jesucristo, cualquiera que sea tu edad, tu ocupación, tu posición social, las miradas están fijadas en ti, los oídos te escuchan y buscan encontrar en tu comportamiento, en tus acciones y en tus palabras, un reflejo de la vida de Jesús.

¿Eres cristiano? Esta pregunta puede parecer inaceptable para algunos. ¿No implica esto que muchos lectores no son lo que deberían ser y no están dando un testimonio digno del Señor? Sin tal vez tener los sentimientos de Coré, Datán y Abiram, ¿no dirán en sus corazones:

*¡Estamos hartos de vosotros! Toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está el Señor... (Números 16:3)*

¿No somos fieles a las Escrituras, a los hombres y mujeres de la Biblia? ¿No nos reunimos en el nombre del Señor, y no es Él el centro de nuestra adoración?

Sería mucho mejor recordar las solemnes palabras que el Señor dirige a su pueblo:

*No confiéis en palabras de mentira, que proclaman: ¡templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es este! Pero si de veras mejoráis vuestros caminos y vuestras obras; si en verdad practicáis la justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramáis la sangre inocente, ni vais tras dioses extraños para vuestro propio mal, yo os haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre (Jeremías 7:4-7).*

Por tanto, no basta decir *tenemos la verdad* o repetir *estamos en la verdad*, para que sea así a los ojos de Dios y del mundo. Por eso, inspirándonos en la segunda epístola de Pablo a los Corintios, y exhortándonos a nosotros mismos, queremos presentaros en las siguientes páginas diferentes aspectos del testimonio cristiano.

Sin embargo, antes de entrar en el meollo del asunto, nos parece útil, en un primer capítulo, definir nuestra posición frente a la Biblia.

## Fidelidad a la Biblia

El título de este capítulo es quizás poco exacto, incluso diríamos, a riesgo de parecer paradójicos, poco bíblico. Sin embargo hemos de entender que no se trata de fidelidad a un libro, por precioso que sea, sino de apego a la Palabra de este libro, a la doctrina, a la vida, a la persona que nos ha sido revelada por la Biblia.

Dos peligros nos amenazan constantemente: la ortodoxia muerta y el liberalismo. A veces es perturbador encontrar personas acusadas de liberalismo que *viven* las enseñanzas de las Escrituras y ver a los defensores ardientes de la ortodoxia descuidar la práctica de las palabras de Cristo. Ciertamente siempre tenemos, y dondequiera que vayamos, una Biblia en nuestro bolsillo. Pero, ¿de qué nos serviría a nosotros y a los demás este apego, si no actuara en nuestra vida lo que dice *el libro*?

Necesitamos el libro para dirigir nuestra vida, pero Dios no quiere que nos quedemos en el libro. Es una brújula que nos guía, un faro que nos hace esquivar los arrecifes, una lámpara que nos ilumina en la noche. Pero ni la brújula, ni el faro, ni la lámpara tienen un fin en sí mismos y no existen por sí mismos.

Asimismo, la Biblia sólo importa por lo que revela de manera trascendente: *el único Dios, nuestro Creador y nuestro Redentor*. Es una carta impagable, por la ausencia del autor. Si el hombre se hubiera quedado con Dios, no habría Biblia. Solo fue escrita cuando nos separamos de él. Si existe la Biblia hoy es a causa del pecado, que privó al hombre de la contemplación directa de Dios.

Cuando Jesús estuvo en la tierra, recurrió a la Escritura sólo para probar su origen y demostrar que era perfecto. Cada página está llena de él (Lucas 4:16-21, 24:27). Las Escrituras debían llevar a los judíos a Cristo (Juan 5:39-40). Los fariseos, tristemente, prefirieron el libro a la persona. No fueron hasta el final, es decir a Cristo, y su apego al libro y a sus tradiciones los llevó a crucificar a Jesús (Juan 8:37-47). La letra no vivificada por el Espíritu los hizo ciegos y criminales. Todo esto todavía puede suceder hoy (2 Corintios 3:6).

Que nadie crea, sin embargo, que buscamos disminuir el valor del libro por excelencia. Nuestro objetivo, por el contrario, es mostrar a la luz de las Escrituras lo que es la verdadera fidelidad a la Palabra de Dios.

---

## ¿Qué es la fidelidad?

---

Según las escrituras hay tres tipos de fidelidad:

- La fidelidad de Dios.
- La fidelidad del hombre natural.
- La fidelidad del cristiano.

**1. Considerada en Dios**, la fidelidad es la perfección que consiste en la acción continua de su amor a través de los tiempos y a pesar de los obstáculos. *Dios es fiel* (1 Corintios 10:13). Somos fieles al que es más grande que nosotros mismos. Dios, que no tiene a nadie por encima de sí mismo, es absolutamente fiel a sí mismo, es *en quien no hay cambio, ni sombra de variación* (Santiago 1:17). Sus pensamientos son inmutables, sus palabras eternas, sus acciones intachables. Es su fidelidad la que dará pleno cumplimiento a sus promesas (Nehemías 9:8, Romanos 4:20-21). Él completará la obra que comenzó en nosotros (Filipenses 1:6, Salmo 138:8). Su fidelidad es inquebrantable (Isaías 49:7). Llega hasta las nubes (Salmo 36:5) y permanece para siempre (Salmo 119:90).

**2. Considerada en el hombre**, la fidelidad es una virtud natural, la fuerza que consiste en un apego firme a las promesas hechas (Génesis 31:45-54), al cumplimiento de un propósito (Jueces 11:39), a la persona amada (1 Samuel 20:17) o a un ideal moral (Gálatas 1:14). Vemos así a hombres de todas las edades y de todas las tendencias siendo fieles a su país, a su hogar, a su mujer, a sus amigos, a su club, a su partido, a su iglesia, a un objeto, a unas costumbres y tradiciones. No es necesario ser cristiano para tener esta fidelidad (2 Reyes 12:15).

**3. En el auténtico hijo de Dios**, la fidelidad es fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Es un apego creado por el Espíritu por las cosas de lo alto, por lo que agrada a Dios, por lo que viene de Dios (Colosenses 3:1-3). Es lo que nos une a Dios mismo, a su voluntad que es ley suprema, cualquiera que sean las circunstancias adversas, las incesantes tentaciones del egoísmo y del mundo, la ingratitud de los hombres y la ruina de nuestras esperanzas.

La fidelidad a la Biblia debe ser un fruto del Espíritu y no un celo carnal que conduce a la ceguera espiritual y el fanatismo. La fuente de la fidelidad cristiana es el amor. Su origen, la grandeza de Dios. Su propósito, la gloria de Dios. Su objeto, Dios mismo. Sus consecuencias, una obediencia total a las órdenes divinas. Su modelo, Jesucristo, *el testigo fiel* (Apocalipsis 1:5). Sus resultados: paz de corazón y almas salvadas.

Hay, pues, fidelidad:

- Si la fuente que la alimenta es el amor de Dios derramado en nuestros

corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Los fariseos no tenían el amor de Dios en ellos (Juan 5:42).

- Si la causa que nos hace actuar es la grandeza y majestad de Dios reconocida, y su señorío aceptado (Salmo 45:11).
- Si la meta constantemente propuesta es la gloria de Dios y no la nuestra (Juan 5:44, 12:43).
- Si su objeto es Dios mismo, convertido en el centro de nuestros afectos (Hechos 16:15).

La fidelidad cristiana solo existe si se manifiesta en una obediencia incondicional e ilimitada que llega hasta la muerte (Apocalipsis 2:10). Solo tiene valor si es conforme a la de Jesucristo (Filipenses 2:5-11). Finalmente, los frutos de la fidelidad se manifiestan en el corazón del creyente por una buena conciencia, fuente de paz y serenidad y, a su alrededor, por un testimonio que da buenos frutos (1 Pedro 3:8-17).

A la luz de lo anterior, podemos decir que la fidelidad a la Biblia no es por tanto:

- Un simple reconocimiento de la inspiración verbal de las Escrituras.
- La adhesión a una confesión de fe escrita en un lenguaje ortodoxo.
- La vehemente proclamación de nuestro apego a los principios fundamentalistas.
- La reputación de ser de inspiración divina.

No nos equivoquemos. Así como uno puede creerse salvo y no serlo, uno puede creerse fiel a la Biblia y engañarse (Mateo 7:21). Tengamos cuidado también de no confundir la fidelidad a la Biblia con la fidelidad a una interpretación, a un sistema doctrinal, a la tradición, a las costumbres, a nuestra iglesia, a los principios de nuestra comunidad.

La fidelidad a la Biblia tampoco es un mero apego a un libro extraordinario. No tiene valor si no es una fidelidad a la Palabra viva, a la persona inefable revelada por la Biblia, a Cristo. Si la Biblia es reconocida como la revelación de Dios a los hombres, si esta revelación es aceptada, se nos impondrá, tendrá autoridad sobre nuestro corazón y nos conducirá a la obediencia. Este libro nos instruirá, nos reprenderá, nos corregirá y dejaremos que esta palabra transforme nuestra vida (2 Timoteo 3:16-17).

En definitiva, la fidelidad a la Biblia se manifiesta:

- Si dejamos que la Escritura corrija en nuestra vida lo que no está conforme a su enseñanza.

- Si permitimos que la Escritura tome el control, y que se cambie en nuestras iglesias y comunidades lo que no esté en armonía con lo que declara.
- Si ponemos la Escritura por encima de predicadores, reformadores, Padres de la iglesia, tradiciones, costumbres, hábitos.
- Si dejamos que la Palabra dirija nuestros pasos, no dejándonos guiar por los principios del mundo.
- Si no usamos la Biblia para buscar en ella confirmación o justificación de nuestros pensamientos, nuestros principios, nuestras costumbres, que sabemos muy bien, son ajenas a Cristo.

En conclusión, cada uno puede medir el valor que le da a la Biblia, por el valor que da a Cristo en su corazón. Y el valor que Cristo tiene para nosotros se mide por nuestra obediencia a sus mandamientos. Esta misma obediencia encuentra su fuente en el amor que tenemos por aquel que habló. Y este amor nace en nuestros corazones como respuesta a la revelación de su amor por nosotros en la Cruz. Por lo tanto, la fidelidad a la Biblia no es un apego a un texto, sino a la Persona que inspiró este texto. Hay un amor por el texto que es farisaico y que mata. Un amor por la Biblia que no transforma la vida es idolatría, y es tan peligroso como el liberalismo (1 Juan 5:21).

Que nuestro apego a la Biblia no se manifieste con palabras, ni con una simple posición doctrinal, sino con una vida que sea testimonio diario de Jesucristo. La ruina del testimonio cristiano no viene de los grandes negacionistas, sino de todos los que afirman ser cristianos y no viven como tales. Cuando nuestra vida sea perfume, carta e imagen de Cristo, cuando seamos verdaderamente sus embajadores, cuando nuestro corazón sea templo del Dios vivo, y nuestra actitud en el mundo la de hombres y mujeres en Cristo, la Biblia tendrá entonces sus testigos fieles y verdaderos.



## Fragancia de Cristo

Ser cristiano, según el apóstol Pablo, es ante todo ser fragancia de Cristo, dondequiera que estemos. Veamos lo que dice:

*Pero gracias a Dios, que siempre nos hace salir triunfantes en Cristo Jesús, y que por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento. Porque para Dios somos fragancia de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden: para estos, ciertamente, aroma de muerte para muerte, y para aquellos, aroma de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es capaz? (2 Corintios 2:14-16).*

Para que estas palabras no se queden simplemente en hermosos textos, sino que se conviertan en realidad en nuestra vida debemos, en respuesta al llamamiento de la gracia, renunciar a nosotros mismos (Mateo 16:24) y dejarnos sumergir en el Espíritu Santo (1 Corintios 12:13) que, por el bautismo, nos identifica con Cristo en su muerte y resurrección (Romanos 6:3-7). La muerte y la vida de Jesús se convierten entonces, por la fe, en realidades operativas en nosotros y a nuestro alrededor (2 Corintios 4:10-12). Por lo tanto, ya no estamos aquí para nosotros mismos, sino para Dios. Ya no vivimos para nosotros mismos, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros (2 Corintios 5:15).

Así, con el apóstol, los creyentes pueden dar gracias a Dios que, en Cristo, les hace triunfar siempre, queriendo esparcir a través de ellos el aroma de su conocimiento en todo lugar. Este aroma es el de Cristo mismo que por su presencia en nosotros continúa su encarnación en el mundo, de tal modo que los sufrimientos y las alegrías del cristiano se convierten en los del mismo Jesús (1 Pedro 4:12-16). Entre los que se salvan y entre los que se pierden, Cristo se hace en nosotros para unos aroma de vida que da vida, y para otros aroma de muerte que da muerte. En este mundo, por tanto, el cristiano no vive sólo *entre los que se salvan*, disfrutando con ellos de todo lo que da la vida misma del Padre y del Hijo (1 Juan 1:3-4). También está rodeado de *los que se pierden*.

¿Cómo no dejarse atrapar por estas palabras que aparecen cuatro veces en el Nuevo Testamento? Sí, a nuestro alrededor, las almas se están perdiendo. Y sin embargo sabemos que:

*... de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo único para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3:16).*

*Los que se pierden*, nos dice el apóstol, son los que no han recibido el amor de la verdad para ser salvos (2 Tesalonicenses 2:10). La predicación de la cruz es locura para ellos (1 Corintios 1:18). El buen aroma en Cristo, aroma de muerte (2 Corintios 2:15-16).

A los incrédulos, el evangelio aún les está velado porque el dios de este siglo ha cegado su inteligencia (2 Corintios 4:3-4). Nos toca a nosotros, los cristianos, manifestar esta verdad. Esta predicación de la cruz nos corresponde a nosotros hacerla resonar. Este buen aroma de Cristo, nos toca a nosotros difundirlo. Este evangelio velado, nos toca a nosotros vivirlo entre los que perecen, para que en sus corazones nazca el amor por la verdad que habrán reconocido, oído, sentido y contemplado encarnada en nosotros.

¿Cómo podrán *los que se pierden* reconocer y amar la verdad, si no ven a los cristianos andar en ella? ¿Cómo aceptarán la predicación de la cruz, si no ven que es poder de Dios en los que creen? ¿Cómo será el perfume de Cristo *aroma de vida* si los que perecen no respiran en nuestro contacto el excelente aroma de una vida que es luz, y cuyo fruto consiste en toda clase de bondad, justicia y verdad? (Efesios 5:8-9). ¿Cómo se rasgará el velo que los ciega, si todavía estamos sujetos a la influencia del dios de este siglo, conformándonos a sus deseos?

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad y, si hay un solo mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:3-6), sin embargo depende de los cristianos guiar a los hombres al Salvador (Juan 1:42). Pero, ¿quién es suficiente para estas cosas? ¿O quién está a la altura de tal tarea?

Dios no nos pide que improvisemos nuevos métodos para salvar almas, ni que multipliquemos nuestros esfuerzos para predicar a las multitudes. Él espera que los cristianos sean para esas multitudes, en su trato con los fornicarios, los avaros, los ladrones y los idólatras de este mundo, la fragancia de Cristo (1 Corintios 5:9-10). Muchas de las llamadas actividades cristianas son, en realidad, solo obras muertas (Hebreos 9:14).

Como moscas muertas, infectan el testimonio cristiano y corrompen el aceite del perfumista (Eclesiastés 10:1). ¿Qué aroma tenemos para Dios? Que fragancia inhala de nuestras obras y de nuestra vida. Hay una sola fragancia que agrada a Dios, la que una vez se elevó de los holocaustos ofrecidos en el altar por Noé (Génesis 8:20-21), luego por Aarón y sus hijos (Levítico 1:1-17). Por eso llama el apóstol al sacrificio de Cristo *olor agradable a Dios* (Efesios 5:2). Asimismo, es por la ofrenda de nuestro cuerpo, de todo nuestro ser, como sacrificio vivo y santo, que seremos agradables a Dios y que nuestro servicio a él será verdaderamente inteligente (Romanos 12:1-2).

El culto racional (inteligente) a los ojos de Dios, no es lo que los cristianos ha-

cen de una forma u otra los domingos por la mañana. Es una vida entregada en el altar, una consagración total, renovada cada mañana y comprometiendo todo nuestro ser (Hebreos 13:15, Salmo 103:1). Cuando Jesucristo ha sido verdaderamente aceptado como Salvador, no permanece como un extraño en nuestras vidas. Se convierte en su dueño, en su Señor, y transforma no sólo nuestra forma de pensar, sino también nuestra forma de vivir. Por eso la conversión no puede quedar en algo solo puramente interior.

Como escribió el Dr. André Schlemmer<sup>1</sup>: *El pensamiento no existe, por sí mismo, separado del cuerpo... El espíritu no habita el cuerpo, está encarnado, unido al cuerpo por la vida. No hay parte del hombre que no sea al mismo tiempo cuerpo, vida y espíritu. Por eso toda realidad interior tiende a tomar forma y se traduce de manera exterior, accesible a los sentidos. Nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros deseos moldean nuestro rostro, la forma de nuestro cuerpo, nuestros gestos, nuestra voz. Constantemente tienden a manifestarse en forma material, en forma de palabras (que son sonidos, por lo tanto, vibraciones del aire) y actos. Tanto es así que hay que negarse a creer en la sinceridad de un sentimiento que no cambia las cosas que nos rodean, de un entusiasmo que no actúa, o de un afecto que no da nada* (Del libro *La renovación del pensamiento*).

Una doctrina puede aceptarse intelectualmente sin influir en nuestro comportamiento exterior, pero la vida eterna no puede ser recibida en nosotros sin producir fruto en todo el hombre, espíritu, alma y cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23). Este fruto es la santificación (Romanos 6:22). Para esparcir la fragancia de Cristo por todo el mundo, no basta haber oído hablar de Jesús, ni haber aceptado su Palabra como fórmula de salvación; debemos estar unidos con él en su muerte y resurrección. Por este vínculo inalterable, nos mantenemos en su presencia, y es ella quien impregna nuestra vida con su aroma.

Todos sabemos que basta con viajar unas horas en compañía de fumadores para quedar, sin haber fumado, impregnados del olor a tabaco. Del mismo modo, al salir de un consultorio dental, no necesitamos revelar a nuestros allegados de dónde venimos. Así es con el que vive cerca del Señor. Sin palabras, su vida respira el aroma de su amado (Cantares 1:12). El mundo debe respirar en contacto con el verdadero cristiano la atmósfera del santuario celestial, algo de esa paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7), de este amor que sobrepasa todo conocimiento (Efesios 3:19), de esta benévola ternura de Cristo (2 Corintios 10:1).

No puedes tener una relación personal con Jesús y seguir siendo el mismo. El verdadero conocimiento bíblico es la revelación de una persona que se convierte en el centro de nuestros afectos, y cuya palabra despierta nuestra concien-

cia, instruyéndonos, reprendiéndonos, corrigiéndonos, a fin de prepararnos para toda buena obra. (2 Timoteo 3:16-17).

La cruz salvadora nunca deja indiferente al hombre. Si Jesús simplemente hubiera llevado una cruz en su pecho, no habría sufrido tanto y no habría muerto. Esta cruz habría sido un adorno y no habría salvado a nadie. La cruz que salva crucifica al que salva. El que nos salvó tenía que ser crucificado. La cruz fue el instrumento de su muerte y quien hoy es salvado por la cruz es crucificado por ella (Gálatas 6:14). No hay evangelio fuera de este.

El evangelio de la cruz es el que lleva a nuestro viejo hombre a la muerte, el que condena y aparta la carne para dar toda la gloria y toda la vida en nosotros, a Jesucristo.

*Y ya no vivo yo, —dice el apóstol Pablo— sino que Cristo vive en mí (Gálatas 2:20).*

La cruz que salva es la que nos crucifica, nos quebranta, nos aplasta, porque es de nosotros mismos sobre todo de lo que necesitamos ser salvos. Así la cruz se convierte también en el altar donde se consume una vida enteramente consagrada a Dios.

Si tantas personas llamadas cristianas siguen siendo orgullosas, duras, egoístas, avaras, sensuales, mientras dicen pertenecer a Jesucristo, es porque han admitido la doctrina de la expiación como medio de justificación (Romanos 3:21-26), sin haber aceptado la cruz que es la única que pone fin a la vida del yo (Colosenses 2:11-12). Por eso Dios no puede conducirlos siempre en triunfo, ni manifestar a través de ellos el aroma de su conocimiento, por todas partes (Lucas 14:33-35).

En el libro del Éxodo, en el capítulo 30, versículos 22 a 38, encontramos una enseñanza notable sobre la composición del aceite santo y el incienso del santuario.

- Los diferentes elementos que formaban parte de la composición del perfume debían tomarse a partes iguales (versículo 34). Así, en el cristiano, fragancia de Cristo, la verdad y la caridad, la justicia y la misericordia, la mansedumbre y la firmeza, deben estar perfectamente equilibradas, como lo estuvieron en Jesús de Nazaret.
- Una vez obtenida la mezcla, había que machacarla muy finamente, reducirla a polvo (versículo 36). Nuestra naturaleza nunca podrá exhalar la fragancia de Cristo. Por naturaleza somos orgullosos, implacables, egoístas, sucios, impuros, mentirosos, injustos. Pero tal como somos, podemos ir a la cruz donde, ante el amor de Cristo, nuestro orgullo y todas nuestras tendencias naturales serán rotas, aplastadas. Entonces, del orgullo que-

brantado, brotará el perfume de la humildad, y de todas nuestras inclinaciones naturales, aplastadas en la trituradora de los sufrimientos de Cristo (Gálatas 5:24) esparcirá, para Dios, en este mundo, el dulce y sutil aroma de la dulzura, la bondad, la pureza, la verdad y la justicia de Cristo.

- Este perfume tenía que ser bien mezclado, puro y santo (versículo 35). Debe ser así con nuestras vidas, que deben ser guardadas de la corrupción, preservadas de toda mezcla extraña y de toda contaminación.
- Reservado para el Eterno, nadie tenía derecho a componer tal perfume para su uso personal, ni a oler su fragancia. Asimismo, nuestra vida pertenece a Dios y no tenemos derecho a disponer de ella para nosotros, como tampoco tenemos derecho a complacernos en nosotros mismos, queriendo sentir el aroma de nuestras obras (Lucas 17:10).
- Finalmente, este perfume debía ser quemado ante el Eterno cada mañana y al anochecer, en el brasero del altar de oro (Éxodo 30:6-8). Para que el olor se extendiera, se necesitaba el fuego del altar todos los días. Asimismo, es necesario que el fuego del amor de Dios nos consuma para que el nombre de Jesús esparza su aroma a nuestro alrededor. Podríamos tener todo el conocimiento, todas las cualidades y todas las virtudes, los más grandes dones espirituales, pero si no estamos animados por el fuego del amor divino, la fragancia de Cristo no brotará de nuestra vida (1 Corintios 13).

En el auténtico cristiano, el amor de Dios ha sido derramado en su corazón por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5:5). Este corazón se convierte entonces en un incensario divino por el que Dios esparce en este mundo el perfume del fruto de su Espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, bondad, benignidad, fidelidad, mansedumbre y templanza (Gálatas 5:22).

Amigos, estamos llegando al final de una era en la que Dios va a hacer una gran selección de la cristiandad (Apocalipsis 22:11). Como en Israel en el desierto (Números 16) hay muchas personas de renombre en el mundo religioso de hoy. Mientras reclaman a Jehová, como lo hicieron Coré, Datán y Abiram, estos hombres cuestionan la autoridad de las Escrituras y desafían sus enseñanzas (2 Pedro 2:1). Sin embargo, todavía afirman traer fragancia al Señor en sus incensarios (Números 16:38).

¿Quién está en la verdad? Como en los días de Moisés *conoce el Señor a los que son suyos* (2 Timoteo 2:19a), los que aquí abajo no tienen otra ambición que la gloria de Dios, y que no quieren esparcir sino la fragancia de Cristo, el aroma de su conocimiento entre los que se salvan y entre los que se pierden. Sí, Dios está a punto de manifestar los suyos por la revelación de sus terribles juicios.

*Apártese del mal todo aquel que invoca el nombre de Cristo*  
(2 Timoteo 2:19b).

Pero desde hace mucho tiempo el hombre ya no llama iniquidad al pecado (1 Juan 3:4). Acostumbrado al mal, ha perdido todo sentido moral y llega a negar el pecado. La predicación de la cruz bien puede parecerle una locura y la expiación absurda, porque el hombre sabio de esta época es justo ante sus propios ojos. Ningún argumento, ninguna discusión puede convencerlo.

Solo la vida santa de los cristianos podría, por el contrario, revelarle su miseria, hacerle comprender la verdad y tal vez llevarlo a aferrarse a la vida. Pero los cristianos de hoy viven como el mundo y se han conformado tanto a la era presente, que el Espíritu Santo ya no puede convencer al mundo de pecado por la vida santa de ellos. Sin embargo Dios no se deja burlar y, como en los días de las grandes rebeliones del desierto, la mortandad ya ha comenzado y las multitudes perecen en su pecado (Números 16:46, 1 Pedro 4:17-18). ¿Qué haremos nosotros, los cristianos, para salvar a los que se pierden? Como Moisés y Aarón, no aceptemos una salvación para nosotros. Humillémonos y corramos a ponernos entre los muertos y los vivos con un corazón como el incensario de Aarón, con una vida cuyo incienso puro y santo será propiciación por el pecado del pueblo (Números 16:47-50).

Que donde Dios nos da la gracia de vivir, podamos estar entre los muertos y los vivos y establecer para la salvación de muchos una cortina de fragancia, el testimonio silencioso de un amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta (1 Corintios 13:7). Solo este amor, que nunca falla, puede salvar un alma de la muerte y cubrir multitud de pecados (Santiago 5:20). Es la fragancia de Cristo, la verdadera vida cristiana.

---

1 ► André Schlemmer (1890-1973). Doctor en medicina. Autor entre otras obras de *La renovación del pensamiento* y *El método natural en medicina*.

## Carta de Cristo

Mientras la Biblia, traducida a multitud de idiomas y dialectos, se distribuye cada año en millones de ejemplares por toda la tierra, la incredulidad y también la credulidad de los hombres van en constante aumento. Impresa en los más diversos caracteres, reproducida en las más modernas versiones, autorizada y recomendada por las más altas autoridades religiosas y civiles del mundo, no logra detener la loca marcha de las naciones hacia la catástrofe.

En general la enseñanza de las Escrituras ya no es esencial. Su luz ya no ilumina la oscuridad del momento. Sus promesas ya no detienen a los desesperados en el camino del suicidio. Sus advertencias, sus amenazas, ya no asustan a los pecadores. El libro está ahí, pero la autoridad de la Palabra que revela parece perdida. Esta Palabra es leída sin ser vivida, oída sin ser recibida, escuchada sin ser puesta en práctica.

Para que el mensaje de la Palabra no se multiplique en este mundo para la condenación de las almas (Juan 12:48), sino para su salvación, es necesario que las masas descristianizadas puedan ver esta simiente incorruptible (1 Pedro 1:23) germinar y dar su fruto en la tierra, manifestando sus efectos en el corazón de los creyentes. Las imprentas del santuario celestial no necesitan papel y tinta sino la vida del cristiano para imprimir en las tablas de carne de sus corazones, con el Espíritu del Dios vivo (2 Corintios 3:3), las características mismas de Cristo, la voluntad del Padre, que debe hacerse en la tierra como en el cielo (Mateo 6:10).

Después de examinar en el capítulo anterior cómo un creyente se convierte prácticamente en fragancia de Cristo, consideraremos cómo su vida puede y debe ser carta de Cristo, *conocida y leída por todo el mundo* (2 Corintios 3:2), sin distinción de sexo, edad, clase, cultura o lengua (Gálatas 3:28). Para revelarnos su eterna palabra, Dios se encarnó en Jesucristo. *Y la Palabra se encarnó y habitó entre nosotros* (Juan 1:14a). Para difundir la Palabra de Dios en la tierra, no basta con aumentar la circulación de la Biblia, cada creyente debe entregar su cuerpo a Dios como sacrificio vivo (Romanos 12:1), para que sus miembros sirvan en todo lugar para revelar la voluntad de Dios y cumplirla (Romanos 6:13-19).

El mundo ya no confía en la palabra de los cristianos. Quiere un testimonio (Job 31:35), una palabra escrita no en papel, sino en nuestra carne mortal (2 Corintios 4:11). El testimonio cristiano debe tener en este mundo el valor de la

palabra escrita. Los hombres sólo escucharán nuestras palabras si primero pueden leer en nuestra vida la enseñanza de Jesús (Hechos 4:13). Cualquier verdad que no esté encarnada en nuestra existencia no tiene influencia ni poder sobre quienes nos rodean.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, el testimonio cristiano en este mundo no es esencialmente oral. Hay que tener cuidado de no identificar el testimonio cristiano con la mera predicación del evangelio. La predicación es la proclamación pública del evangelio ante el mundo que lo ignora. Y, para que este anuncio sea eficaz, debe ser precedido, acompañado y seguido por el testimonio de Jesús (Apocalipsis 1:9).

El testimonio es la enseñanza constante que brota de una vida enteramente consagrada a Cristo. Así que, dar testimonio de Cristo es más que proclamar el evangelio a las multitudes o hablar de nuestra conversión. Ciertamente es necesario confesar con la boca al Señor Jesús para ser salvo (Romanos 10:9a), pero aún no hemos dado testimonio cuando, al oír la predicación, manifestamos públicamente que aceptamos a Jesús como Salvador.

Solo la fe del corazón en la resurrección de Jesucristo, fe que acompaña toda verdadera conversión (Romanos 10:9b), da lugar al testimonio cristiano, y éste se manifiesta sobre todo por una vida transformada. Toda decisión de aceptar a Jesucristo debe ir seguida de la renuncia a sí mismo, sin la cual es imposible seguir al Señor y dar testimonio de él en este mundo (Mateo 16:24-26). Saber que Jesucristo expió nuestros pecados en la cruz aún no es ser salvo. Creer que Jesucristo murió por nosotros no es todavía conocer y experimentar la gran salvación de Dios (Hebreos 2:3). Aceptar todas las verdades bíblicas y seguir viviendo, aquí en la tierra como antes, no es pertenecer a Jesucristo (1 Juan 3:6).

Es de nuestra condición presente, es de nuestra propia vida que debemos ser liberados. La salvación de Dios no nos es dada solo para evitar un día el juicio eterno, sino también para salvarnos de nuestra miseria presente y hacernos vivir en la tierra para la gloria de Dios. Lo que pierde al hombre no es haber heredado la naturaleza de Adán, el primer pecador, sino querer conservar la propia vida (Mateo 10:39) y su vana conducta (1 Pedro 1:18), sin importarles Dios ni su ley, rechazando su gracia y el don de su amor, Jesús: vida nueva y eterna (Juan 3:16-21).

*El evangelio* —escribió Philippe Menoud<sup>1</sup>— *es una persona: Jesucristo. Es al mismo tiempo una doctrina, es decir un conjunto de afirmaciones sobre esta persona y sobre su significado para la humanidad. Los creyentes se comprometen con esta persona y se adhieren a esta verdad. Compromiso personal y adhesión doctrinal son una misma cosa, ya que la doctrina explica a la persona y no es ajena a ella. La verdad cristiana tampoco es ajena al creyente que la profesa.*



*Porque aceptar el evangelio es admitir el señorío de Jesucristo sobre su persona, cuerpo y alma, y sobre toda su existencia. Este es el trabajo de toda una vida.*

En primer lugar, el testimonio cristiano es silencioso. Sin palabras, el creyente se convierte aquí abajo en fragancia de Cristo para Dios (2 Corintios 2:14-16). Siendo llevada su mente cautiva a la obediencia de Cristo (2 Corintios 10:5), su vida da testimonio de la presencia de Jesús. En medio de los que creen, su presencia trae un aroma de vida que atrae, conforta y vigoriza. Entre los incrédulos, su paso deja aroma a muerte, pues toda vida santa saca a la luz el pecado de los demás y lleva en sí el juicio, la condenación y la muerte.

El verdadero cristiano no es alguien que necesita encomendarse al mundo. Su vida es su credencial y descubre su origen. Habiendo renunciado a sí mismo y habiendo tomado su cruz para seguir a Jesús, ha sido crucificado con él. De ahora en adelante ya no es él quien vive, sino Cristo en él. Y lo que vive en la carne, lo vive en la fe del Hijo de Dios que lo amó y se entregó por él (Gálatas 2:20). Dios usa nuestra carne mortal, este cuerpo visible, para actuar y testificar en este mundo (2 Corintios 4:10). Caminando por el Espíritu, el cristiano ya no satisface los deseos de la carne (Gálatas 5:16).

Ni siquiera necesita hablar de su fe, porque es conocida en todo lugar, como lo era la de los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 1:8). El Espíritu manifiesta en él su fruto y la fe sus obras (Santiago 2:14-26). Carta de Cristo en la Iglesia, su vida es modelo para los que creen. Sin palabras enseña, edifica, reprende y exhorta. Carta de Cristo en el mundo, su vida es ejemplo y transmite el evangelio a los perdidos. Otras almas se salvan a través de su contacto y llegan al conocimiento de la verdad. En adelante esas vidas transformadas se convertirán ellas mismas en cartas de recomendación del creyente y de la doctrina de vida que habita en él.

A nuestros argumentos, los hombres oponen otros argumentos y nuestras discusiones son a menudo estériles. A una vida, el mundo sólo puede oponer otra vida. Si en nuestro comportamiento aquí abajo, en nuestros gestos, obras y palabras, los hombres pueden ver la vida de Jesús manifestada en nosotros, viendo nuestras buenas obras, glorificarán a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). Es con hechos que podemos convencer, no con ideas. El evangelio en nuestra vida debe ser un hecho, no una idea. Este hecho es: *Cristo en vosotros [nosotros], la esperanza de gloria* (Colosenses 1:27).

Así, el ateo a quien ningún razonamiento científico o ninguna prueba matemática puede convencer de la existencia de Dios, creará un día porque lo habrá encontrado en la vida de un cristiano. Él, que rehusó abrir la Biblia, podrá leer la Ley de Dios, escrita con el dedo de Dios, no en una tabla de piedra, sino en la de carne del corazón de este creyente. Su ejemplo lo habrá llevado a buscar la

doctrina que lo inspira, y esta doctrina lo habrá conducido a la Persona que es su autor, fuerza y vida.

El hombre sublevado por el sufrimiento y las penas que le abruma, herido y magullado ante toda predicación, verá nacer en su corazón la aceptación, la paz y la luz invadir su alma cuando, en su camino, encuentre un dolor mayor que el suyo, alabando a Dios por sus beneficios, sin envidiar nada de la felicidad de los demás, olvidando su propia miseria para pensar con compasión en la angustia del prójimo, irradiando a todos el amor del hombre que se duele con los demás.

Sí, las cartas de Cristo aquí abajo son vidas transformadas, capaces de influir en otras vidas no sólo con sus palabras, sino sobre todo con su conducta, su amor, su fe, su pureza (1 Timoteo 4:12). Es en nuestra actitud y nuestro comportamiento en todas las circunstancias y lugares donde se encuentra el testimonio cristiano.

Si es cierto que la simple lectura de la Biblia puede llevar un alma a la salvación, más cierto es que la verdadera doctrina se difunde esencialmente a través de nuestra vida. Atrae sobre todo por sus logros; sólo se ama cuando, encarnada, vemos que es la vida de los que la poseen. Así, la vida cambiada de una prostituta que un día descubrió la santidad y el amor de la presencia invisible en la mirada de una joven, habla más a favor del Evangelio que multitud de sermones escuchados por creyentes que se creen irreprochables.

La nueva vida del otrora borracho, mal esposo, padre indigno, que deja a sus hijos en la miseria para saciar su pasión en los bares, proclama el poder de la Palabra más que una gran reunión de religiosos, discutiendo sobre la predestinación. ¿Cómo cambió la vida de un hombre así? Por el ejemplo de un compañero, trabajador como él, con responsabilidades como él, que no pensó que debía invitarlo primero a una reunión, sino a su casa, a su mesa, no para darle un sermón, sino para darle la oportunidad de ver un hogar cristiano. Atrapado por el contraste, tocado por la presencia invisible, el huésped busca la razón de la desgracia de su propia casa y la felicidad de la de su camarada. Así es conducido al Evangelio, al libro que le reveló a Cristo cuyas palabras son espíritu y vida (Juan 6:63b).

El cambio radical operado en un empresario, codicioso, duro con sus empleados, de dudosa honestidad en ciertas transacciones y que hoy, por haber conocido a Jesucristo, repara los agravios cometidos ayer, se preocupa por las condiciones de vida de sus trabajadores, busca mejorar la suerte de sus familias, recomienda la Palabra de Dios más que una magnífica venta organizada para cubrir los déficits de una iglesia o financiar sus obras futuras. ¿Cómo ha podido tener lugar tal conversión? Simplemente porque un día, mientras viajaba, otro

hombre de negocios le mostró a su cliente cómo manejaba su negocio, introduciendo a Cristo en todos sus caminos y tomando sus enseñanzas al pie de la letra.

Amigos, esas vidas verdaderamente transformadas por el poder de la Palabra de Dios, esas vidas en las que, por el Espíritu de Dios, la Sagrada Escritura encuentra su extensión natural, ese es el testimonio de Jesús encarnado, que prepara, acredita y lleva a buen término la predicación del evangelio.

El testimonio de Jesús en nuestra vida es Dios mismo en medio de los hombres. Ser cristiano, repetimos, es sensibilizar el corazón hacia Dios, no tanto con nuestras palabras, sino con nuestra actitud, nuestro caminar, nuestra conducta y nuestras acciones hacia el prójimo. El cielo quiere organizar en la tierra la más amplia difusión del tratado más poderoso de todos los tiempos: la vida transformada de los creyentes. Es el tratado más corto, completo y fácil de leer. Se puede descifrar en todos los idiomas y se desgarró solo en los días de persecución. Cristiano, en tu trabajo tu vida debe hablar de Jesús a tu compañero de oficina, a tu compañero de fábrica, a tu jefe, a tus trabajadores, a tus alumnos, a tus profesores y a tus compañeros de estudios. Vosotros sois, dice el apóstol a los Corintios, carta de Cristo... conocida y leída por todos los hombres.

¿Qué es una carta? Es un escrito que sirve para establecer o mantener y desarrollar una relación entre dos personas separadas. Si Jesús está en la gloria no por eso ha dejado de relacionarse con los hombres. Él emplea en la tierra a los que ha redimido para ponerse en comunicación con las almas (Juan 17:18). En la iglesia cada cristiano debe ser una carta de Cristo para sus hermanos.

¡Qué precioso se vuelve para mí mi hermano el día que comprendo que puedo leer en su vida algo de Jesús, a quien amo por encima de todo! Saber que puedo encontrar un pensamiento de Cristo en mi hermano o su voluntad encarnada en los demás me permitirá considerarlos superiores a mí (Filipenses 2:3). Evitaré aislarme diciéndome que la Biblia me basta y buscaré la comunión de los santos (Hebreos 10:25), de todos estos hermanos y hermanas a través de los cuales Dios quiere enseñarme algo nuevo de su Hijo. Nuestra vida en el mundo debe servir para establecer contactos, relaciones entre Cristo y los que no le conocen. Seamos, pues, para los que nos rodean una carta abierta, un mensaje del cielo. Oremos para que todos a nuestro alrededor puedan discernir el carácter de Cristo en nuestras vidas.

Antes de darnos el ministerio de la Palabra, Dios quiere glorificarse en nosotros, reproduciendo por su espíritu la vida de su Hijo en nuestra carne mortal. Amigos, ¿son nuestras vidas la carta de Cristo? ¿Están sus pensamientos de amor y verdad fijados en nuestra sensibilidad? Cada día, Dios desea escribir algo de la vida de Jesús en su pueblo. ¿Quién dispone de nuestra existencia y escribe todos

los días en nuestra vida? ¿Qué impresión se lleva el mundo al vernos caminar? ¿Qué aprende de Cristo al contemplar nuestras vidas?

Si de repente descubrimos que nuestra vida lleva otras marcas que las de Cristo, otro carácter que los del amado, si nuestros ojos, ungidos con colirio, nos hicieran descubrir la voluntad de otros señores escrita en nuestros corazones (Isaías 26:13), ¿qué haríamos? No nos engañemos, si no permitimos que el Señor disponga enteramente de nuestra vida para imprimir en ella, por su Espíritu, sus caracteres divinos, nos ponemos bajo el dominio de Satanás, del pecado y del mundo. Nuestra vida se cubre entonces de manchas y faltas que repelen a los inconversos y cierran sus oídos y sus corazones a nuestras palabras. Se alejan de la Biblia porque sus ojos no han visto el sello de Cristo en nuestra vida. ¡Vayamos a Cristo! Humillémonos bajo la poderosa mano de Dios y por la acción maravillosa de su Palabra, en virtud de la preciosa sangre derramada en el Gólgota, él nos limpiará de todo pecado y transformará lo que era sólo una mancha, un trapo manchado, en una página en blanco, donde Cristo pueda escribir su voluntad cada día.

Así como el que comulga indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe juicio contra sí mismo (1 Corintios 11:27-29), de la misma forma el hombre que lee la Biblia sin recibir la Palabra de Dios en su corazón, encuentra en ella su condenación. Si la letra queda fuera de nuestra vida, nos mata (2 Corintios 3:6b). Si por el Espíritu se encarna en nosotros, entonces nos hace vivir (Salmo 119). No es sobre el papel donde el Espíritu vivifica la letra, sino en la carne mortal del cristiano, para hacer surgir allí poco a poco la imagen misma de Cristo (2 Corintios 3:18).

---

1 ► Philippe Henri Menoud (1905-1973) fue un clérigo protestante y profesor universitario suizo.

## **Imagen de Cristo**

Decir ser de Cristo y no manifestar sus rasgos en nuestra vida es engañarnos a nosotros mismos, engañar al mundo y burlarnos de Dios. La salvación es la obra de Dios realizada en nosotros por el poder del Espíritu Santo (Tito 3:4-6). Esta obra comienza dándonos convicción de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8), produce por tanto un profundo arrepentimiento que nos lleva a la confesión de nuestros pecados y a la fe en aquel a quien Dios ha enviado para salvarnos (Hechos 2:38). Esta fe viva en el Salvador nos lleva a reconocerlo como Señor de nuestra vida y a someternos a sus mandamientos (1 Juan 2:3-6).

Incorporados a Cristo por el bautismo en su muerte, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andamos en novedad de vida (Romanos 6:4). En adelante el Espíritu Santo habita en nosotros y nos hace vivir según él, amando nuestro corazón sus cosas (Romanos 8:5-9). Apartando nuestra mirada de nosotros mismos, el Espíritu Santo dirige nuestra mirada a Jesús para mantenerla fija en el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:2), porque su propósito principal es revelarlo a nosotros y glorificarlo (Juan 16:14). Así obra gradualmente nuestra transformación a imagen de Cristo (2 Corintios 3:18).

Una vida verdaderamente entregada a Dios se convierte en el lugar de trabajo del Padre celestial donde el Espíritu Santo obra para producir a Cristo en nosotros, la esperanza de gloria (Colosenses 1:27). Dios quiere recordar a sus hijos su gloriosa vocación. Habiéndonos dado la gracia de creer, ha hecho resplandecer su luz en nuestros corazones para que nuestra vida resplandezca en la Iglesia, y en el mundo el conocimiento de la gloria de Dios, gloria que contemplamos en el rostro de Cristo (2 Corintios 4:6). Los que aman a Dios, los que conforme a su propósito son llamados, están pues predestinados a ser semejantes a la imagen de su Hijo, para que su Hijo sea el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:28-29). Así, nuestra vida debe servir para reflejar la imagen de Cristo, de aquel en quien el Espíritu fija nuestros afectos, tomando de lo que es de Jesús para anunciárnoslo y revelárnoslo (Efesios 5:1-2). Amigos, en los últimos años, ¿a quién hemos mirado y qué imagen hemos reflejado? ¿A quién nos parecemos hoy? Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre caído engendró en el Edén un hijo a su semejanza, conforme a su imagen Génesis 5:1-3). Es, pues, a imagen de un hombre corruptible que nacemos en la tierra (Romanos 1:23).

El primer hombre, imagen y gloria de Dios (1 Corintios 11:7), no cumplió su destino. Es en vano que hoy, llevando la imagen de aquel que es polvo (1 Corintios 1:49), el hombre trate de deificarse a sí mismo. Entregado a las concupiscencias de su corazón, habiendo convertido la verdad de Dios en mentira y honrando y sirviendo a la criatura en lugar del Creador (Romanos 1:25), todos los esfuerzos del hombre se dedican en deificar a la bestia, haciéndole una imagen y adorándola (Apocalipsis 13:14-15).

Tras la caída, el hombre natural no refleja la imagen de Dios. Separado de su creador a causa del pecado, sometido a la influencia de Satanás que lo moldea a su imagen rebelde (Romanos 3:10-23), dominado por su cuerpo animal (1 Corintios 15:44), el hombre privado de la gloria de Dios es solo *carne* (Génesis 6:3). Ahora bien, los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se someten a la ley de Dios, y ni siquiera pueden hacerlo (Romanos 8:7).

Por tanto, siendo el hombre incapaz de glorificar a Dios, es decir, de reflejar su imagen, Dios intervino en su amor, para salvar al hombre perdido y hacerle encontrar su verdadero destino. Para esto primero tuvo que revelarle su rostro como Padre en un ser sin pecado (Romanos 8:3), luego hacer desaparecer en nosotros la imagen del viejo hombre y reproducir en nuestra vida la del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:20-24).

Dios realiza esta obra maravillosa enviando a su Hijo al mundo (1 Juan 4:14). Por él vino a mostrarnos su gloria, llena de gracia y de verdad (Juan 1:14). Sí, Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (2 Corintios 5:19). Imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15), resplandor de su gloria, imagen misma de su sustancia (Hebreos 1:3), Jesucristo, por su vida y muerte, nos reveló el corazón de Dios (1 Juan 4:16) y nos abre el camino del cielo (Juan 10:9). En él nos ha sido manifestado el rostro del Padre celestial (Juan 14:9). No es simplemente para que no perezamos en nuestras transgresiones y pecados por lo que Dios nos amó tanto y nos dio a Jesús (Juan 3:16). El propósito de Dios era hacer como su Hijo a todos los que él llamara y aceptaran su gracia (Efesios 1:3-14).

Habiendo recibido a Cristo, verdaderamente nos hemos revestido del nuevo hombre y este hombre se renueva en el conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó (Colosenses 3:10). Despojado de su propia vida por la muerte de Cristo, habiendo sido crucificado nuestro viejo hombre juntamente con él (Romanos 6:6), nuestra vida es ahora la de Cristo (Filipenses 1:21), del postrer Adán, que se hace en nosotros espíritu vivificante (1 Corintios 15:45).

Ser cristiano es experimentar en nosotros esta maravillosa obra de destrucción por un lado y de reconstrucción por el otro. Es ver nuestra propia vida derrumbarse y la vida de Cristo edificarse. ¿Por qué, pues, hemos de llorar sobre

nuestras ruinas, si sabemos que se está levantando un nuevo edificio? ¿Por qué temer los golpes que sirven para destruir lo que debe desaparecer, para desarraigar lo viejo, para dejar lugar a lo nuevo que es todo de Dios y por tanto eterno? (2 Corintios 4:16-18, 5:17).

Habiendo entregado nuestras vidas a Dios, dejemos que haga su obra en nosotros. Él la perfeccionará hasta el día de Cristo (Filipenses 1:6). No detengamos la mirada en los vestigios del pasado. La visión del mal nunca ha refrescado ni hecho avanzar un alma. Dejemos, en cambio, que el Espíritu Santo actúe y fijemos nuestra mirada en el verdadero modelo; dejemos que el arquitecto divino se ocupe de llevarnos a la perfecta conformidad con el amado.

Veamos lo que dice el apóstol Pablo de esta maravillosa intervención del Espíritu Santo en nosotros:

*Por lo tanto, nosotros todos, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, como reflejada en un espejo, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor (2 Corintios 3:18).*

No se trata en este pasaje de hombres que buscan mejorarse a sí mismos por su propio esfuerzo, sino simplemente de hombres que contemplan la gloria del Señor. Además, la auténtica vida cristiana no es producto de un trabajo doloroso, sino fruto de un amor constante, fruto de la obra del Espíritu en nosotros.

El testimonio cristiano ofrece, por tanto, una maravillosa progresión:

- Al quebrantarnos al pie de la cruz, Dios nos revela al Salvador. Él comienza a esparcir en nosotros, y a través de nosotros, la fragancia de su conocimiento por todas partes (2 Corintios 2:14-15). Nos convierte en el perfume de Cristo. El alma encuentra en Jesús el camino (Juan 14:6) y ahora sigue sus pasos (1 Pedro 2:21). Este es el primer grado del testimonio cristiano: caminar en su presencia.
- Redimidos por la sangre de Cristo, recibimos entonces de Dios la revelación de los derechos de aquel sobre nuestra alma y somos llevados a reconocerlo como Señor (Filipenses 2:9-11). Ya no vivimos para nosotros mismos, sino que vivimos para Cristo (2 Corintios 5:14-15). Así comienza bajo su yugo la vida de dependencia (Mateo 11:29). Aprendemos todo de Él y Dios imprime en nuestra carne mortal los caracteres de Cristo. Nos hace carta de Cristo (2 Corintios 3:3).

El alma encuentra la verdad en Jesús (Juan 14:6), la pura doctrina, y su vida se convierte cada vez más en la expresión de este conocimiento. De esta forma propaga la verdad en el mundo cumpliendo la voluntad de Dios. Es un libro abierto, escrito por el dedo de Dios, para ser conocido y

leído por todos los hombres. Este es el segundo grado de testimonio cristiano: servicio en obediencia (Romanos 12:11).

- A partir de entonces el Espíritu Santo nos lleva cada vez más a *estudiar a Cristo*. El alma encuentra su vida en él (Juan 14:6) y se une a él. Aprende a vivir de él para parecerse a él. Este reflejo de la imagen misma de Cristo es el tercer grado del testimonio cristiano.

Corresponde al conocimiento de Jesús como el amado de nuestra vida, el centro de atracción de nuestro pensamiento y de nuestro corazón (Cantares 6:3). Guiados por el Espíritu gustamos del amor que el Padre nos ha mostrado para que seamos llamados hijos de Dios. Y lo somos (1 Juan 3:1).

Este amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5) es el amor por su Hijo, el amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta y nunca falla (1 Corintios 13:7-8a). Este amor en nosotros manifiesta la realidad de nuestra relación con Dios (1 Juan 4:7). Sí, ahora somos hijos de Dios hasta tal punto que

*... el mundo no nos conoce, porque no lo ha conocido a él. Muy amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1 Juan 3:1b-2).*

Es fácil comprender que el hombre que tiene tal esperanza en sí mismo se purifique como Dios mismo es puro. Amigos, no es solo para llenarnos de su perfume para lo que Cristo nos ha salvado, no es simplemente para llevarnos a saber o hacer su voluntad por lo que Jesús nos redimió, es para hacernos conformes a él en su muerte y resurrección por lo que el Señor nos amó tanto (Filipenses 3:10-11).

Toda la obra del apóstol Pablo estaba encaminada a formar a Cristo en las almas, exhortando e instruyendo a todo creyente en toda sabiduría, a fin de presentarlo a Dios perfeccionado en Cristo (Colosenses 1: 28-29). ¿Es esto realmente en lo que estamos trabajando hoy? ¿Conocemos los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en las almas? (Gálatas 4:19). ¿De qué sirve llenar las iglesias si Cristo no crece en los que llenan los asientos?

Cristo debe formarse en aquellos que reclaman su nombre, de lo contrario todo el trabajo es inútil. El Señor quiere transformar a su imagen a todos los que ha redimido. Debemos saber que el deseo de Jesús es encontrar su imagen en cada una de nuestras vidas (2 Tesalonicenses 1:10). ¿Pero —dirás—, cómo se pueden hacer estas cosas en la práctica? Todo cuadro presupone un modelo, un pintor y un lienzo. El modelo es Cristo, el pintor el Espíritu Santo, el lienzo nosotros. Todo lo que Dios nos pide es que le entreguemos nuestra vida a él, ese lienzo donde su imagen ha sido alterada por el pecado. Bajo la sangre preciosa



de Cristo, el fondo se borra y el Espíritu Santo puede pintar la imagen del hombre nuevo en el lienzo.

Cualquiera que creyera poder pintar el mismo el retrato de Cristo en su vida nunca lograría hacer otra cosa que un autorretrato, en el que se acentuarían sus propios rasgos (Romanos 7:19). Si, en cambio, entregamos nuestra vida a Dios, él pondrá el lienzo en su estudio, cerca del divino modelo (Colosenses 3:1-4). Aquí es donde el Espíritu Santo obra en nosotros, en el santuario donde Jesús posa para nosotros, sentado a la diestra de Dios (Hebreos 2:9, 6:19-20, 8:1-2).

Los colores del Espíritu Santo son amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gálatas 5:22). Los pinceles que usa son los dones del Espíritu, que usa según los diferentes ministerios en los que debe manifestarse el mismo Señor (1 Corintios 12). El bastidor en el que Dios pone el lienzo es su Palabra (Hebreos 4:12, Hechos 17:11).

Tomemos otro ejemplo más. Si el cristiano es un lienzo, también puede ser un espejo que refleja lo que tiene delante:

- Si el espejo se enfoca hacia el suelo, reflejará la tierra y sus miserias.
- Si el espejo se coloca de cara a los hombres, reflejará sus rostros.
- Si, por el contrario, el espejo se enfoca hacia el cielo, reflejará el azul infinito.

Asimismo, la vida del cristiano manifiesta lo que ve y las preocupaciones de su corazón:

- Apegado a la tierra, el cristiano permanece carnal (1 Corintios 3:1-2), demostrando de mil maneras que no está libre de los deseos que combaten contra su alma (1 Pedro 2:11).
- Si se apoya en los hombres, mirando a sus hermanos, el cristiano refleja sus tendencias y se indigna por sus faltas. Buscando modelos en los demás se desilusiona, pero olvida cuánto él mismo desilusiona a quienes no ven en él el reflejo de aquel a quien sin embargo llama Maestro y Señor (Juan 13:13-15).
- Solo el hombre que mira a Cristo y lo hace objeto de su contemplación, anhelando sólo ser imitador del Señor, conocerá la verdadera felicidad (Filipenses 3:17).

El secreto de la vida cristiana victoriosa se encuentra en la contemplación de Cristo glorificado en el cielo. Cuando nuestros ojos están fijos en él, el cielo comienza a llenar nuestro corazón y, ante la gracia que nos es concedida, ante los bienes espirituales que su mano nos concede, ante la excelencia de este co-

nocimiento de Cristo, las cosas que queríamos conservar se vuelven como barro a nuestros ojos. Es así como el cristiano puede aceptar con gusto la pérdida de todo lo que una vez estimó como ganancia (Filipenses 3:7-8).

Contemplar a Cristo coronado de gloria y de honra, fijar la mirada en el Salvador que murió por nosotros, ¡qué visión tan capaz de arrancarnos de nosotros mismos y de los vanos placeres del mundo! Contemplando a Cristo resucitado para nuestra justificación, ¡qué paz para nuestra conciencia y qué gozo para nuestro corazón! Sabiendo que Cristo intercede por nosotros ante el Padre, ¡qué posibilidad de ser más que victoriosos en todas las circunstancias! El poder del cristiano está en la fuerza de esta mirada puesta en Cristo por el Espíritu Santo.

Pero —todavía dirás—: ¿cómo contemplar a un ser que nuestros sentidos no distinguen? Contemplar es considerar, mirar con atención. Es fijar intensamente nuestros pensamientos en el objeto más querido de nuestro corazón. Cuanto más deseemos verlo claramente, más cerca deberemos acercarnos a él. Contemplarlo es alimentar nuestros ojos y nuestro corazón, es saciar nuestra mirada interior de aquel cuya carne es comida y cuya sangre es bebida (Juan 6:55). Contemplarlo es amar a aquel que nos revela la Palabra, es identificarnos con él, fundirnos con él, es olvidarnos de nosotros mismos, perdernos en él para no vivir más que por él y para él (Gálatas 2:20).

¿Será necesario entregarnos así a la contemplación del Señor, dejar el mundo y encerrarnos en un claustro? Lejos de ello. La contemplación de la que hablamos, la que nos transforma en su imagen, no es el éxtasis místico. No nos evita nuestras tareas, ni suprime nuestras responsabilidades. No es fruto de un vago misticismo, ni producto de la imaginación humana. Es el acto habitual de un corazón cuyo amor está fijo en Cristo, de un corazón no dividido que se deleita en la Palabra de Dios (Salmo 119).

Estando la mirada del alma abierta a las cosas invisibles, el Espíritu puede reproducir en ella los rasgos divinos del rey de gloria.

*Este pobre clamó, —dijo David— y lo oyó el Señor, y lo libró de todas sus angustias” (Salmo 34:6).*

¡Esta sigue siendo nuestra parte hoy! Tal fue el privilegio de Moisés en Israel. Cuando bajó de la montaña, no sabía que la piel de su rostro resplandecía, porque había hablado con Dios. Pero todos los que lo miraban veían que la piel de su rostro brillaba (Éxodo 34:29-35).

¿Qué pasa con nosotros? ¡Ay! Ciertamente no nos corresponde a nosotros saber si nuestro rostro brilla. El que ha hablado con el Señor y vive con él ya no se preocupa de sí mismo. Despreocupado de las cosas que le conciernen está absorto en aquel que es su vida. Es cuando ya no piensa más en sí mismo que el

hombre es lleno del Espíritu. Entonces el mundo podrá ver en él la imagen misma de Cristo, ya sea en el trabajo, en el descanso, en su familia, de viaje, en la alegría o en las lágrimas, en la salud o en la enfermedad, en la vida o en la muerte.

Esteban, el primer mártir de nuestra era, nos ofrece el cuadro maravilloso de la obra que el Espíritu Santo realiza en un hombre que se entrega enteramente, en mente, alma y cuerpo, al Señor. Es el tipo del cristiano en quien, por la acción del Espíritu Santo, se perfecciona la obra de Cristo. Al leer el libro de los Hechos, primero aprendemos que había un buen testimonio de él. Su vida fue el perfume de Cristo. Vemos en él, llena de gracia y de poder, la verdadera carta de Cristo, ante el Sanedrín. Las Escrituras están en su corazón, ya, a su debido tiempo, el Espíritu vivificó en él *la letra* para que nadie pudiera resistir su sabiduría y el Espíritu por el cual habló. Mirándole sus adversarios, su rostro les apareció como el de un ángel. Esteban, mirando al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios. Hasta su muerte, sería la imagen viva de Cristo:

*Señor, —dijo— no les tomes en cuenta este pecado (Hechos 7:60b).*

Esteban es para nosotros el retrato del cristiano fiel. A pesar de que todo estaba en su contra, mientras todo lo acosaba, para hacerle perder el carácter de Jesús, permaneció unido a su Salvador y conservó los sentimientos que había en Jesucristo. El Espíritu en él ya no luchaba con la sangre y la carne, ya no tenía que luchar en Esteban para colocarlo a la altura de un Cristo celestial. Solo lo mantiene, mientras las piedras magullaban su carne. Indiferente a lo que sucede a su alrededor, mira a Jesús a quien entrega su espíritu. El Espíritu había creado en Esteban un afecto por un objetivo celestial. Su corazón apegado al Cristo glorificado ya no tenía ambición por la tierra, ni siquiera la de vivir mucho tiempo para servir a Jesús en ella. Su *hogar* estaba allá arriba, donde había visto a Cristo a la diestra de Dios. Su patria estaba en los cielos (Hechos 6 y 7).

Amigos, ¿no hemos recibido una fe del mismo valor que la de Esteban? ¿No hemos sido salvados por los sufrimientos y muerte del mismo Salvador? ¿El Espíritu que operaba en él ya no lo hace hoy? En estos días malos volvamos al Señor y el Espíritu Santo nos permitirá esparcir la fragancia de Jesús, manifestar su carácter y reflejar su imagen. Entonces, y sólo entonces, Dios podrá hacernos sus embajadores en la tierra y confiarnos el ministerio de la reconciliación.

*No ha habido mayor enemigo a la extensión del cristianismo que aquellos que a menudo se han llamado sus seguidores.*

José de Segovia

## Embajadores de Cristo

En plena era atómica, como un toque de corneta, Dios hace resonar estas palabras en nuestros corazones:

*De modo que el que está en Cristo, es una nueva criatura: las cosas viejas pasaron, y ahora todo es hecho nuevo. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación" (2 Corintios 5:17-18).*

Como muchos otros, es posible que deseemos saber qué nos depara nuestro tiempo hoy. A todos los que preguntan: *Señor, ¿será este el año de tu regreso?*, Jesús responde con firmeza: *No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones. Son potestad exclusiva del Padre* (Hechos 1:7). Ser cristiano no es jugar al gran o al pequeño profeta, ni saber más que el mismo Hijo (Mateo 24:36). Es estar en él y dejar que él actúe en nosotros, mostrar con nuestra vida que la vieja naturaleza ha desaparecido y que una nueva está aquí. Si no sabemos lo que nos depara el mañana, sabemos perfectamente lo que Dios espera de nosotros (Miqueas 6:8).

Habiéndonos reconciliado consigo mismo por medio de Cristo, quiere hacernos embajadores de Cristo en este mundo (2 Corintios 5:20), encomendándonos la palabra y el ministerio de la reconciliación con todos los hombres. Como hemos visto en los capítulos anteriores, antes de dar un ministerio oral a los suyos, Dios obra profundamente en el corazón de sus redimidos, obra que no cesa de proseguir hasta su consumación (Filipenses 1:6). Por la obra perfecta de Cristo realizada en la cruz, se ofrece la salvación a todo aquel que cree.

En Cristo la reconciliación del hombre con Dios es tan completa que el Padre celestial adopta al hombre (Efesios 1:5) y lo convierte en su hijo amado (Juan 1:12), comunicándole su vida y haciéndole partícipe de su naturaleza divina (1 Juan 3:2). Así, como ya hemos tenido ocasión de subrayar, convertirnos en hijos de Dios no es tener una relación sentimental con Dios, sino hacerse partícipes de una naturaleza que es santidad, justicia, amor, verdad y fidelidad. Porque Jesús vio nuestra relación con Dios como una relación de naturaleza (2 Pedro 1:3-4) pudo decirles a sus discípulos:

*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto* (Mateo 5:48).

Jesús no pedía una imitación imposible. Simplemente estaba diciendo que teníamos que dejar que la naturaleza de nuestro Padre se manifestara en nosotros.

Hemos visto cómo Dios comienza a hacer de la vida del cristiano *fragancia de Cristo*, el perfume de su nombre en todo lugar (2 Corintios 2:14-15). Después de quebrantar nuestras tendencias naturales, Dios somete nuestra vida al señorío de Cristo, y nos enseña en silencio a aprender todo de él. Nos da así una lección de humildad y mansedumbre (Mateo 11:29), que trae verdadero descanso a nuestra alma, imprimiendo en nosotros sus caracteres divinos para que seamos en la tierra carta de Cristo, leída y conocida por todos los hombres (2 Corintios 3:3). Finalmente Dios nos lleva a contemplar a su Hijo, y el Espíritu Santo por esta mirada de amor, nos va transformando poco a poco en su misma imagen (2 Corintios 3:18).

El joven convertido que cree que puede saltarse estos pasos para lanzarse a la predicación del evangelio sin más preparación, ni más llamamiento que sus sentimientos, está cometiendo un grave error. Y los cristianos más viejos que creen que pueden convertir a los jóvenes en la fe en el centro de atención, aprovechando el entusiasmo y el impulso de la juventud para atraer otras almas a Cristo, no están obedeciendo la Palabra de Dios (1 Timoteo 3:6). Sin darse cuenta, plantean los peligros más serios para el testimonio cristiano.

¿Por qué hacer caer en la trampa del diablo a las almas que el Señor quisiera preservar y formar para él? ¡Cuántos naufragios en cuanto a la fe se habrían evitado a los jóvenes, si los ancianos se hubieran mostrado más sabios (1 Timoteo 1:19)! ¡Cuántos escándalos le hubiéramos ahorrado a la Iglesia y al mundo, si todos hubiéramos seguido las enseñanzas de la Palabra! ¿Le encomendamos grandes responsabilidades a un niño que da sus primeros pasos?

Ciertamente, hay un testimonio que los jóvenes conversos deben dar. Es el que Jesús indica al endemoniado al que acaba de liberar y que quería seguirlo inmediatamente:

*Vete a tu casa, con los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas ha hecho el Señor contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti" (Marcos 5:19).*

Y aunque veamos al endemoniado sanado agrandando el ámbito de su testimonio, éste no va más allá de su experiencia personal:

*El hombre se marchó y comenzó a contar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él y todos se maravillaban" (Marcos 5:20).*

El antes endemoniado no enseña, pero en todas partes manifiesta una vida transformada, y revela el secreto.

Cuando el carácter de la nueva naturaleza se vuelve más y más manifiesto, cuando el fruto del espíritu —es decir: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad—

nidad, mansedumbre y templanza— se encarna en nosotros, entonces Dios mismo puede llamarnos y confiarnos un ministerio en el mundo. Ciertamente, incluso en esto, no se trata de méritos, porque todo en nosotros es obra de la gracia.

Pero la vida de Dios produce su fruto: se reconoce la nacionalidad celestial del cristiano. Proclamado ciudadano del cielo (Filipenses 3:20), conciudadano de los santos, es parte de la familia de Dios (Efesios 2:19). Su perfume es el del santuario. Su mente es la de Cristo y sus rasgos los de Jesús. Ya no es él el que dice ser de Dios, sino el Espíritu el que da testimonio a su espíritu de que es hijo de Dios (Romanos 8:16) y lo demuestra al mundo con una vida y unas obras para la gloria de Dios.

La Biblia ignora las conversiones mecánicas efectuadas por una adhesión intelectual o sentimental a una fórmula evangélica. La Escritura nos habla de un nuevo nacimiento obrado por el Espíritu Santo al oír la Palabra de Dios (Juan 3:5), nacimiento de lo alto, seguido del crecimiento en la gracia (2 Pedro 3:18). Hay que recordar que un joven converso no es más que un *bebé en Cristo*, necesitado de atención y alimento. A medida que se despierta en él la conciencia de su insuficiencia, y a medida que su *amor abunde aun más y más en conocimiento y en toda comprensión* (Filipenses 1:9), Dios podrá confiarle nuevas responsabilidades. Pero como el niño que quiere vivir como le da la gana, cuando no tiene el conocimiento necesario, corre hacia la miseria, el joven cristiano, que cree poder liberarse rápidamente del control de sus hermanos o de sus padres espirituales, para servir a Dios según los impulsos de su corazón, camina hacia un doloroso fracaso.

Los jóvenes en la fe deben, por tanto, poder encontrar hogares espirituales donde se sientan rodeados y amados, donde puedan crecer en la gracia y tener experiencias saludables bajo la mirada atenta y benévola de quienes los conocen y desean su supremo bien. Como nadie aprende a andar sin caerse ni tropezar, habrá en ese momento un padre o una madre en la fe para enderezar el alma que se tambalea, con suficiente amor para asumir sobre ellos la culpa, para cubrir el pecado, mientras se hace comprender al niño descarriado su error (Gálatas 6:1-2). Todo esto pasará *en familia* (1 Pedro 4:8-11). Si, por el contrario, dejamos a nuestro hijo correr por las calles, encontrando gloria personal en sus propios éxitos, el día en que, ¡ay!, suceda que se hable de él de una manera que no sea buena, cuando se produzca la caída, será un escándalo público, salpicando a los ojos del mundo todo el testimonio cristiano.

¿Cuántos líderes espirituales, escuchando solo su celo por dar a conocer el evangelio por todos los medios, han perdido, por falta de sabiduría espiritual y de discernimiento, a jóvenes que podrían haber servido, quizás con menos ruido, pero durante más tiempo y con mayor fidelidad?

¿Cuántos jóvenes también, demasiado seguros de sí mismos, haciendo caso omiso de los consejos de prudencia de los viejos, se han perdido? Enredados por las trampas de su propio corazón y por la seducción del mundo, deslumbrados de repente, no han visto la red tendida por el enemigo de sus almas.

Antes de confiar a sus discípulos la evangelización del mundo (Marcos 16:15), Jesús los formó en su escuela y los condujo ante la cruz para ser quebrantados (Marcos 14:27). Les quitó así toda confianza en las pretensiones de la carne que, en realidad, son enemistad contra Dios y no pueden agradarle (Romanos 8:7-8). Sigamos, pues, la enseñanza del Señor, que es más ambiciosa para nosotros que nosotros mismos (Juan 15:16). Cuando Dios respire en nuestras vidas el perfume de su Hijo, cuando vea sus pensamientos fijados en nuestra sensibilidad, y cuando pueda encontrar en nosotros los rasgos de su amado, a la hora fijada por Él, hora que no podemos adelantar ni retrasar sin perjuicio, Dios nos confiará una tarea, una misión de gracia: el ministerio de la reconciliación. Habiendo sido reconciliados con Dios por Cristo, habiendo conocido el amor que Dios nos tiene, podremos sobrellevar por su gracia las presiones del mundo sin ceder a sus múltiples tentaciones y sin traicionar el gobierno celestial que representamos aquí abajo.

Siempre hay un gran peligro en querer predicar el evangelio identificándose con el mundo, para llegar mejor a él. No hay atmósfera que crear, no hay atmósfera que mantener para que la Palabra predicada sea recibida por las personas que estén escuchando. No somos enviados por Dios a este mundo para tener éxito o para registrar el número de decisiones obtenidas en respuesta a nuestro llamamiento. Dios nos envía a dar a conocer la verdad a las almas, con amor y fidelidad. Solo la Palabra de Dios es una semilla incorruptible (1 Pedro 1:23), y solo el Espíritu Santo puede hacerla germinar en los corazones (1 Corintios 3:6-9). El sembrador actúa como embajador de Cristo. Detengámonos unos instantes en este cuarto grado del testimonio cristiano.

¿Qué es un embajador? Es la persona responsable de representar oficialmente a su país en una tierra extranjera. Si simplemente recordamos esto entenderemos fácilmente cuál es el cargo, y cuáles son las funciones de un embajador de Cristo (2 Corintios 5:20).

- Está en el mundo, sin ser del mundo.
- Está en el mundo, no para sí mismo, sino para Cristo.
- Mantenido por su gobierno, no busca sus propios intereses, sino que vela por los de Cristo y por todos los que son de Cristo, extranjeros y viajeros en la tierra.
- No se ajusta a este presente siglo, sino que se encuentra identificado



con Cristo. Su origen celestial, su nacionalidad extranjera son manifiestamente conocidas.

- Ser embajador requiere ser ciudadano del país que se está llamado a representar. Así que es necesario nacer de nuevo.
- Nadie se atribuye tal dignidad si no es llamado por su gobierno, que elige a sus representantes entre hombres conocidos, fieles y capaces, y bien preparados para su tarea.

¡Ay, cuántos cristianos se arrogan este honor y salen al mundo sin credenciales! Escucharon el evangelio, se decidieron por Cristo y, a partir de ahora, dejando su trabajo, quieren ir a predicar a las multitudes antes de haber testificado a las almas que les rodean. Sin embargo, todo esto es contrario a la Escritura y a la enseñanza apostólica.

Mira a los hombres de Dios como Moisés, Gedeón, David, Jeremías, Amós, Pedro, Santiago, Juan, Saulo de Tarso. Ninguno de ellos decidió servir a Dios, pero Dios los escogió, los llamó, los capacitó y los envió. Su ministerio es de obediencia y actúan en completa dependencia de Dios. Dios mismo les da credenciales para presentarse ante los hombres, ya sea que estos se llamen Faraón, Saúl, Goliat o César.

Los embajadores acreditados de Cristo son aquellos que manifiestan su fragancia, viven de acuerdo con sus pensamientos y reflejan su imagen. Dotados de los dones propios del ejercicio de su ministerio (1 Corintios 12:7-11), cualificados por Dios (2 Timoteo 2:2), reciben autoridad para hablar en su nombre y representarle ante las almas perdidas.

Recibiendo sus instrucciones desde lo alto, continuamente en conexión con el trono de Dios, el embajador de Cristo no hace nada ni dice nada de sí mismo. Sometido a Cristo, no se ensalza a sí mismo, sino que exalta a Cristo. No hace valer sus derechos, sino los de Cristo. No trabaja para sí mismo, no hace una obra personal, sino que une los corazones a Cristo, les abre el acceso a la patria celestial, hablando a cada alma sobre las cosas de arriba (Colosenses 3:1-2), suplicándoles en nombre de Cristo que se reconcilien con Dios.

Consciente de que en cualquier momento puede ser llamado por su gobierno, el embajador se esfuerza constantemente por cumplir fielmente su misión y vive aquí abajo cada uno de sus días como si fuera el último. Embajador de un Dios Santo, llamado a hablar en su nombre, pone seriedad en sus acciones y en sus palabras. Predicar el evangelio no es para él un deporte o un entretenimiento espiritual. Por eso, dice el apóstol:

*Nosotros no somos como muchos que negocian con la palabra de Dios,*

*sino que con sinceridad hablamos de Cristo, como enviados de Dios, y en la presencia de Dios” (2 Corintios 2:17).*

Amigos, ¿queremos finalmente darnos cuenta de la gran responsabilidad que pesa sobre nosotros? Por la presencia de la Iglesia, esta embajada de Dios en la tierra, este rincón del cielo aquí abajo, este lugar que goza de la extraterritorialidad (Mateo 18:20), Dios todavía mantiene relaciones con el mundo, que hace todo lo posible para agotar la paciencia divina y traer sobre sí mismo la ira y el juicio.

Pero, pronto, Dios romperá las relaciones que mantiene con un mundo impío, después de haber hecho todo por salvarlo. Pronto sonará la última trompeta para llamar a los embajadores de Cristo y a todos los que son miembros de la embajada celestial (1 Corintios 15:51-55). Sí, Cristo viene a recoger a su Iglesia y a juzgar al mundo. Constreñidos por el amor de Cristo, ya no vivimos para nosotros mismos.

Proclamemos a todos los pecadores el mensaje glorioso de la reconciliación:

*“Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, sin tomarles en cuenta sus pecados, y a nosotros nos encargó la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, y como si Dios rogara por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que en él nosotros seamos hechos justicia de Dios” (2 Corintios 5:19-21).*

## Templo de Dios

Lo sepa o no, el hombre necesita a Dios. Pero desde el tiempo bendito en que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (2 Corintios 5:19), ¿dónde puede encontrarlo hoy quien busca a Dios? El Altísimo, cuyo trono es el cielo y cuyo estrado es la tierra, ¿habitará en una mansión hecha por el hombre (Hechos 7:48-50)? ¿Será en estos edificios de piedra que llevan el nombre de iglesias y que a los turistas de todas las naciones les encanta visitar, escuchando entre el alboroto de voces y pasos amortiguados las explicaciones del guía sobre la antigüedad del lugar, el valor de un cuadro o un detalle arquitectónico?

Desde que Jesús expulsó a los vendedores del templo (Juan 2:15), desde que los sacerdotes entregaron a Cristo para ser crucificado, Dios salió de los lugares oficialmente consagrados a él (Jeremías 7:4). ¿Cómo podría estar todavía en medio de los hombres que buscan su propia gloria en lugar de la de Dios solamente? ¿Cómo podría escuchar las oraciones de aquellos que trafican con cosas santas en lugar de adorar al Padre en espíritu y en verdad y que, como los paganos de antaño, elevan a la divinidad estatuas de oro, plata, bronce, madera, piedra o yeso? ¿Cómo podría reconocer a aquellos que siguen diciendo: *Señor, Señor...* y que no obedecen su Palabra?

¿Dónde encontrar al Dios poderoso y personal en un mundo donde el mismo cristianismo transgrede la ley de Dios y sacrifica a los ídolos, y donde el mundo, sin saber lo que adora, sigue depositando sus coronas al pie del altar del dios desconocido? ¿Dónde está ese *Dios vivo y verdadero* que se complace en la misericordia y no en los sacrificios (Mateo 9:13), ese ser que anima con su aliento a todas las criaturas, ese Dios que tiene pies para andar, boca para hablar, ojos para ver, oídos para oír, manos para ayudar y un corazón para amar? (Salmo 115).

En el tumulto de nuestra civilización, ¿tenemos que huir al desierto para escuchar su voz? ¿Debemos cruzar los mares para verlo, ascender a los cielos para alcanzarlo o descender al inframundo para encontrarlo? Entre todos los lugares santos de la tierra, ¿dónde pues encontrar la casa del Señor, el santuario del Dios que es Espíritu, del Maestro que habló para ser obedecido y que quiere que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad? (Juan 4:23-24). Veamos lo que el apóstol Pablo enseñó a los paganos de Atenas:

*Pues al que vosotros adoráis sin conocerle, es a quien yo os anuncio: El*

*Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay. Como es Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas ni necesita que nadie le sirva, porque a él no le hace falta nada, pues él es quien da vida y aliento a todos y a todo (Hechos 17:23b-25).*

Más tarde, escribiendo a los cristianos de Corinto, exclamará el mismo apóstol, después de haber subrayado que no puede haber relación entre la justicia y la iniquidad, ni comunión entre la luz y las tinieblas:

*... vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (2 Corintios 6:16b).*

Siglos antes de Cristo, el profeta Isaías ya había proclamado:

*Porque así ha dicho el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados (Isaías 57:15).*

Así, las Escrituras nos enseñan que Dios no es servido por nuestras manos, sino que quiere servirse de nuestros miembros para lograr lo que le agrada. Por lo tanto, el verdadero servicio a Dios no es el que creemos que estamos haciendo para él, sino el que le permitimos hacer en nosotros y a través de nosotros. No, Dios no está lejos del hombre, ni fuera del hombre. Para encontrarlo, basta volverse a uno mismo, postrarse, humillarse bajo la mano poderosa de aquel que quiere ser en nosotros la fuerza de nuestra fuerza y la vida de nuestra vida. La morada de Dios, su tabernáculo aquí abajo, es el corazón humano regenerado.

Al encarnarse y expiar las faltas de sus criaturas, Dios no solo ha querido pasar un breve tiempo en la tierra. Vino a hacer del corazón de sus redimidos su propio templo, para seguir manifestando su presencia en el mundo en todos los que creyeron y lo recibieron. Ser cristiano ya no es solo conocer al Salvador y hablarle al mundo de alguien que está fuera de nuestra vida. Ser cristiano es convertirse en la morada de Dios en la tierra a través del Espíritu. Donde se encuentra un creyente, Dios mora, y donde los creyentes se reúnen en el nombre de Jesús, el Señor está en medio de ellos (Mateo 18:20). Los altos lugares del cristianismo son los corazones de los verdaderos cristianos. Así que, cuando Dios llama a un hombre a la salvación, no es solo para redimirlo de la perdición eterna, sino para hacer de él su morada en la tierra, para que el mundo que busca las fuentes de la vida las encuentre en el corazón mismo del cristiano (Proverbios 4:23).

Si los hombres no buscan a Dios, Dios todavía los busca a ellos, y cuando los hombres ya no miran al cielo para encontrar a Dios, el cielo desciende a la tierra para encontrarse con los hombres y llevarles el mensaje de reconciliación a tra-

vés de los embajadores de Cristo. Pero Dios hace aún más, acepta vivir en este mundo en todos aquellos que lo aman y lo obedecen.

Recordemos lo que Jesús dijo a sus discípulos la noche en que fue traicionado:

*El que recibe mis mandamientos y los cumple es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama obedecerá mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan 14:21, 23).*

Cuán maravillosa es esta promesa, pero cuán pocos se dan cuenta de todo su significado y experimentan su gloriosa realidad: *vendremos a él y haremos morada con él*. Ya no es el estado del alma que oye al Señor llamar a su puerta y prometerle que cenará con ella en cuanto abra la puerta (Apocalipsis 3:20). Es el estado de un corazón que ha recibido a Cristo y disfruta a través de él de toda la plenitud de la deidad que habita en Él corporalmente (Colosenses 2:9).

En otras palabras, es la dicha de un ser que ha visto a la Santísima Trinidad instalarse en él. El alma que goza de tal gracia y que es consciente de ella no puede expresar su felicidad con palabras humanas. Se postra ante Dios en profunda adoración. Ya no habla de ella, pero Dios habla en ella. Disminuye hasta el punto de ser nada, de modo que Dios lo sea todo. Perfume, carta, imagen, embajador de Cristo, el cristiano se ha convertido en templo del Dios vivo.

En nuestros círculos evangélicos, generalmente se acepta que el Espíritu Santo debe morar en nosotros para que seamos verdaderamente hijos de Dios. Pero ¿cuántos han entendido que el plan de Dios para el creyente es hacer de él la morada de su plenitud? (Efesios 3:19). Si las Escrituras distinguen tres personas en Dios, nunca las separan y no sugieren que la divinidad sea una especie de triunvirato. Dios es UNO y los verdaderos cristianos nunca han adorado a tres dioses (Éxodo 20:3). Así como el pensamiento, la palabra y la acción pueden pertenecer al mismo ser, así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son UNO. En Dios, el pensamiento del Padre encuentra expresión en el Hijo que es la Palabra, y su manifestación en el Espíritu Santo que es la acción del Padre y del Hijo en nosotros.

Para la salvación de los hombres, en Jesucristo, el pensamiento invisible del Padre fue expresado en palabra y obra por el Hijo, y se cumple todavía hoy en nosotros por la acción poderosa del Espíritu Santo. Si la vida de Jesús en la tierra nos permite distinguir claramente la Santísima Trinidad, que está obrando: el Padre hablando desde el cielo, el Hijo saliendo del agua, y el Espíritu Santo descendiendo sobre él en forma de paloma (Mateo 3:16-17), los Evangelios también nos muestran que no podemos separar al Padre del Hijo o del Espíritu Santo. El que aquí abajo supo conocer al Hijo (Juan 14:7) vio también al Padre (Juan 14:9) y descubrió en la acción de Jesús el poder del Espíritu Santo (Mateo 12:18).

De esta unidad de Dios, que proclama toda la Biblia, se deduce que es imposible que nadie honre al Padre sin honrar al Hijo (Juan 5:23), o vivir en comunión con el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo que procede del Padre y da testimonio del Hijo (Juan 15:26). Un estudio detallado de los Evangelios y las Epístolas aporta gran claridad a este tema tan importante. ¿Puede alguien conocer al Padre sin haber recibido al Hijo? ¿Y puede ser llamado hijo de Dios sin conocer al Padre? Por otro lado, ¿puede haber aceptado al Hijo sin que el Espíritu Santo lo haya convencido de pecado? Cómo dijo el apóstol Pablo:

*Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Romanos 8:9).*

Puesto que toda la plenitud habita en Cristo, no podemos tener a Cristo sin poseer la plenitud en él. Para mí no está Jesús y la plenitud, sino la plenitud en Cristo. Tener a Cristo es pues poseer ya la plenitud. Pero poseerla no es aún disfrutarla o manifestarla.

Para que la plenitud que habita en Cristo produzca sus frutos en nuestra vida, es necesario que en todo ocupe él el primer lugar (Colosenses 1:18). Amigo cristiano, deja de mirar desesperadamente al cielo en espera de una extraordinaria efusión del Espíritu Santo. No pongas tu confianza en manos que no hayan sido traspasadas, para recibir la gracia física o espiritual que tu alma anhela. Deja de prestar oído a los que te prometen dones sobrenaturales en respuesta a reuniones especiales esperando el Espíritu Santo. Ve a tu habitación y cierra la puerta detrás de ti (Mateo 6:6). Allí, solo ante Dios, en el silencio, la calma y la reverencia que corresponde a la presencia de un Dios tres veces santo (Isaías 6:1-5), vuélvete a ti mismo, y pronto percibirás todo lo que en ti obstaculiza la vida abundante del Señor e impide que la plenitud de Cristo invada todo tu ser.

Entonces las compuertas de tu corazón, demasiado tiempo bloqueadas por pecados no juzgados (Proverbios 28:13), o por un apego inmoderado a las cosas permitidas (1 Corintios 6:12), se abrirán y ríos de agua viva brotarán de tu interior (Juan 7:38). Hoy, lamentablemente, el hombre todo lo divide, todo lo desintegra y hay cada vez más confusión, falsos juicios, empobrecimiento y muerte. Así, vemos iglesias que piensan que deben reclamar más al Padre que al Hijo, mientras que otras creen ser más especialmente iglesias del Espíritu Santo. Y sin embargo, el Dios de Jesucristo, el que vino a darnos a conocer para que en él tengamos vida eterna (1 Juan 5:20), es el Dios total, que quiere habitar en el hombre total.

Creado a imagen de Dios, el hombre es también una trinidad. El apóstol Pablo hablando de nuestra santificación describe al hombre en estos términos:

*Y que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo (1 Tesalonicenses 5:23).*

Multitud de otros textos nos confirman que la Biblia distingue tres partes en el hombre; pero si los distingue, no los separa, porque precisamente su separación produce la muerte.

Según las Escrituras:

- *Lámpara del Señor es el espíritu del hombre, la cual sondea lo más profundo del corazón* (Proverbios 20:27). El espíritu es ese órgano superior e invisible del alma y distinto de ella (Hebreos 4:12), por el cual el alma humana puede ascender a Dios que es Espíritu, y comunicarse con Él, como se comunica con el mundo exterior a través del cuerpo. Es, pues, en nuestro espíritu donde se encuentra la sede del sentimiento de Dios.
- *Porque la vida de toda carne es su sangre* (Levítico 17:14a). El alma es, pues, la vida natural, la vida animal y psíquica del hombre. Es todo lo que forma nuestra raza, nuestra personalidad, inteligencia, memoria, sentimientos, voluntad, en una palabra nuestro yo. El alma es, por lo tanto, la sede del sentido del yo, su morada.
- El cuerpo es el instrumento visible del alma, a través del cual nos comunicamos con el mundo. Es la sede de los sentidos. Morada del alma, tienda donde moramos en la tierra (2 Corintios 5:1), el cuerpo sin alma está muerto (Santiago 2:26).

Originalmente, el espíritu del hombre unido al Señor debía dirigir el alma y dominar el cuerpo. Desde la caída, en el hombre no regenerado, su espíritu separado del Creador está en tinieblas (Efesios 5:8). La lámpara del Señor se ha apagado. El hombre se encuentra espiritualmente muerto en sus delitos y pecados (Efesios 2:1). Las pasiones de la carne reinan sobre el hombre animal, que no percibe las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque solo se disciernen espiritualmente (1 Corintios 2:14).

No siendo más que carne (Génesis 6:3), vive según la carne y apegado a las cosas de la carne.

*El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz, pues los pensamientos de la carne llevan a la enemistad contra Dios, porque no se sujetan, ni pueden sujetarse, a la ley de Dios; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios* (Romanos 8:6-8).

El hombre alejado de Dios no es más que un esclavo. Satanás ha establecido su dominio sobre él a través de los deseos y controla su inteligencia, su memoria, sus sentimientos y su voluntad. Se necesitará nada menos que la poderosa intervención del Espíritu Santo para convencer al hombre de su miseria y pecado y hacer que anhele la liberación. Solo el Espíritu Santo puede vivificar el espíritu

del hombre no regenerado y conducirlo a Jesús, a la verdad que lo hará libre (Juan 8:36). El hombre puede tocar e impresionar de mil maneras el alma humana, pero solo el Espíritu de Dios puede alcanzar el espíritu del hombre y llevar la verdadera conversión a todo su ser.

Si solo se ha tocado el alma, el cambio será superficial y de corta duración (Mateo 13:20-21). Pero si el espíritu ha sido regenerado y vivificado por el poder de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo, entonces se manifiestan los frutos del nuevo nacimiento, poniendo a todo el hombre, espíritu, alma y cuerpo, en el camino del Señor. Es entonces cuando se puede cumplir la maravillosa promesa del Señor:

*—El que me ama obedecerá mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan 14:23).*

En el hombre, Dios viene a hacer su morada. Y esta morada del Dios vivo en nosotros tiene consecuencias prácticas incalculables para nosotros y para el prójimo. El Padre en nuestro espíritu se convierte en la fuente de nuestros pensamientos. Su voluntad deja de ser ajena a nosotros. Al contrario, se convierte en nuestro alimento diario, que para nosotros siempre es el mejor. Sus formas, antes incomprensibles, de repente se iluminan y hacen que un canto de adoración y alabanza brote de nuestros labios. El conocimiento cada vez mayor del amor del Padre nos libera de todas las desilusiones y crea en nosotros una armonía cada vez más profunda con él. Todo se vuelve compartido entre nosotros y Dios (Juan 17:10). Cuando Dios ha tomado posesión de nuestro espíritu, toda nuestra vida está en la luz y nuestro espíritu reposa en Dios, en una paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7).

El Hijo se convierte en Señor de nuestra alma y toma posesión de todo lo que le pertenecía, de todo lo que ella llamaba *suyo*. Se establece con su poder para iluminar nuestra inteligencia a la luz de la fe, para purificar nuestra memoria y hacer reinar la esperanza que no confunde, y para vivificar nuestra voluntad en contacto con su inmenso amor. Así, a través de la renuncia a nosotros mismos, ya no somos nosotros los que vivimos sino Cristo el que vive en nosotros. Y lo que el cristiano vive, lo vive en la fe del Hijo de Dios, que le amó y se entregó a sí mismo por él (Gálatas 2:20). Cuando Cristo vive por la fe en nuestros corazones (Efesios 3:17), el alma que ha entregado al Señor las llaves de sus aposentos, puede entonces descansar en su amor que sobrepasa todo conocimiento (Efesios 3:19).

Finalmente, el Espíritu Santo se convierte en el dueño de nuestro cuerpo.

*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habéis recibido de Dios y que está en vosotros, y que ya no sois dueños de vosotros mismos? Pues por un precio habéis sido comprados. Por tanto*



*glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios (1 Corintios 6:19-20).*

Estableciendo su dominio en nuestros miembros, el Espíritu Santo que tiene deseos contrarios a los de la carne (Gálatas 5:17), dirige la lucha en nosotros contra los apetitos de la carne, para que nuestro cuerpo, usado en el pasado para satisfacer nuestras concupiscencias, se convierta en un instrumento por el cual Dios pueda manifestarse en el mundo y realizar su obra (Romanos, caps. 6 y 12).

Ciertamente, este cuerpo de carne entregado al Señor sigue siendo un vaso de barro, que se desgasta y se destruye pero que, sin embargo, contiene el mayor de los tesoros (2 Corintios 4:7). Poseído por el Espíritu, el cuerpo mismo descansa en seguridad (Salmo 16:9), sabiendo que

*si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó a Cristo de los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Romanos 8:11).*

Amigos, que en todo tiempo, el hombre que busca a Dios lo encuentre en nosotros, y que el que busca al hombre lo encuentre sólo en Cristo.

*El cristiano que no tiene la mente en la esperanza del cielo es inútil.*

José de Segovia

## En Cristo

Después de veinte siglos de cristianismo, ¿hay todavía cristianos en la tierra? Ciertamente, dentro de una masa indiferente o incrédula, todavía es fácil encontrar católicos, ortodoxos, protestantes de todos los matices, pero ¿hay muchos cristianos auténticos en el mundo?

En una fría noche de diciembre, dos hombres, guías de almas, salían de un templo y hablaban entre ellos. Con angustia y desánimo, uno de ellos exclamó de repente: *¿Soy realmente cristiano?* Juntos acababan de escuchar las palabras de Cristo denunciando con fuerza la hipocresía, la ceguera, la locura y la muerte de una religión sin realidad práctica (Mateo 23), la seducción de una forma de piedad que ha negado su poder (2 Timoteo 3:5). Viva y operativa, más cortante que una espada de dos filos, la Palabra de Dios había escudriñado su conciencia y ahora estaba juzgando los sentimientos y pensamientos de sus corazones. (Hebreos 4:12).

¿No es importante que consideremos honestamente si nuestro comportamiento en este mundo y nuestra actitud hacia nuestros hermanos pueden llevar el nombre de testimonio cristiano? Una pregunta importante, si alguna vez la hubo, y que nos gustaría plantearnos seriamente al comienzo de este último capítulo. El testimonio cristiano es el amor de Dios manifestado en nosotros.

*Dios es amor, y el que está en amor está en Dios y Dios en él. La prueba de que el amor se ha perfeccionado en nosotros está en que tengamos plena confianza ante el día del juicio, pues ya en este mundo nosotros somos como él es. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. Así que el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor (1 Juan 4:16b-18).*

Así, según este texto, cada vez que la angustia se apodera de nuestro corazón es porque ha faltado o falta algo en nuestro amor (Marcos 10:21), o porque creemos que no le debemos nada a nadie (Romanos 13:8). Porque este amor a Dios, del que hablamos, lo manifestamos amando a nuestros hermanos.

*Nadie ha visto jamás a Dios —exclama el apóstol Juan—. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se ha perfeccionado en nosotros (1 Juan 4:12).*

El amor que tenemos por Dios se mide por el amor que derramamos a nuestro alrededor (1 Juan 4:19-20). El amor que tenemos por nuestros hermanos brota del amor que Dios nos tuvo y que nos mostró en el don de su Hijo, Jesucristo, quien murió por los impíos (Romanos 5:5-8).

Si amamos tan poco a aquel que nos amó primero, es siempre porque olvidamos los sufrimientos y la muerte de nuestro Salvador, su sacrificio en la cruz. Esto es tan cierto que llegamos a predicar una doctrina pura a los demás sin vivirla, a reprender al prójimo sin juzgarnos a nosotros mismos (Romanos 2:17-24), a participar de la comunión sin amar (1 Corintios 11:17-34), a orar sin haber perdonado (Marcos 11:25-26), a ofrecer ofrenda a Dios sin habernos reconciliado con los hermanos por quienes Cristo murió (Mateo 5:23-25).

Y el mundo incrédulo lo sabe. Nos observa, tal vez todavía nos saluda, mientras nosotros evitamos a nuestros hermanos. Pero este mundo ya no puede creer que tengamos algo bueno para ofrecerle, ni que le traigamos la verdad. Para creer el mundo quiere ver. ¿Cómo, pues, creerán estos incrédulos que nos son queridos, estos miembros de nuestras ciudades y de nuestras familias que creemos que están amenazados de perdición eterna? ¿Los amamos realmente? Nos miran, nos contemplan. Orar por ellos, hablarles de Dios y de la Biblia, ¿es este el testimonio que puede llevarlos a la fe? No les convenceremos queriendo probarles con argumentos filosóficos o científicos la existencia de Dios, o con pruebas históricas y críticas la inspiración de las Escrituras, ni siquiera asustándolos con el anuncio de un castigo que alcanzará a los rebeldes. Sólo el amor hace al corazón sensible a Dios. Si reivindicamos a Cristo, nos corresponde a nosotros hacer presente a Dios en nuestros hogares, en nuestras iglesias y en el mundo cuyos gemidos, suspiros y rebeliones llaman al gran ausente.

Pero para amarnos unos a otros, y así cumplir la ley de Cristo, debemos empezar por olvidarnos de nosotros mismos. Y para renunciar a uno mismo, es necesario ser absorbido por un objeto más excelente, haber sido cautivado por un ser de valor infinito, y por cuyo amor uno está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso la propia vida (Filipenses 3:7-14). Es teniendo en nosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús (Filipenses 2:5), es andar aquí abajo como él anduvo (1 Juan 2:6) cómo podremos ganar sin palabras a los que no obedecen la Palabra (1 Pedro 3:1). Esta conducta eficaz se llama amor.

- Un amor más excelente que todos los dones espirituales naturales o materiales (1 Corintios 13).
- Un amor que se regocija con la verdad, aborreciendo la mentira, la oscuridad, los falsos compromisos, las falsas humillaciones, sabiendo bien que lo que lo manifiesta todo es la luz (Efesios 5:13).

- Un amor que demuestra su fuerza al no ser vencido por el mal, sino al vencer el mal con el bien (Romanos 12:21).
- Un amor que defiende la verdad dejándose golpear, condenar, humillar, crucificar (Juan 18:38).
- Un amor que manifiesta la verdad sumergiéndonos en el olvido de nuestros propios sufrimientos para hacernos pensar en los dolores de los demás, orar por nuestros enemigos y hacer el bien a quienes nos maldicen o agravian (Mateo 5:44-48).
- Un amor que denuncia las injusticias y hace triunfar la verdad llevándonos a no golpear nosotros mismos a los culpables, sino a dejarnos inmolar para salvarlos (1 Pedro 2:21-24), cubriendo así multitud de pecados (1 Pedro 4:8).
- Un amor nacido de un amor más grande.

*¡Vuelve pronto, Señor Jesús! Porque los que creen saber algo (1 Corintios 8:2) ya no aman el amor verdadero y los que no saben, perecen sin entender (Oseas 4:6).*

*¡Vuelve pronto, Señor Jesús! Porque el hombre piadoso ha desaparecido de la tierra (Salmo 12:1) y los que dicen ser tuyos ya no hacen la voluntad de tu Padre celestial (Mateo 7:21).*

*¡Vuelve pronto, Señor Jesús! Porque la maldad se multiplica y el amor de muchos se está enfriando (Mateo 24:12).*

*Sin embargo, Señor, nunca como hoy el mundo ha tenido la oportunidad de oír de ti, pero nunca menos que en estos días malos ha tenido la oportunidad de ver a los hombres en Cristo.*

*Por todas partes se levantan hombres y mujeres, recorriendo la tierra, diciendo ser tuyos, proclamando con todos los medios a su alcance que tu nombre es la única esperanza del mundo. Todos prometen la felicidad, la alegría de vivir, la curación del alma, y hasta del cuerpo, a una multitud desamparada y abatida, como ovejas que no tienen pastor (Mateo 9:36). A todos les gustaría ser escuchados, comprendidos y seguidos. Pero están divididos entre sí y desean ser escuchados más que los demás, ver multitudes aceptar sus doctrinas, sus puntos de vista, su forma de ser si no su forma de vida. ¡Ay!, tan pocos se toman el tiempo de escuchar el lamento que surge de la tierra, tan pocos se esfuerzan por*

*comprender a los pobres (Salmo 41:1), tan pocos se acercan a los desdichados, tan pocos se despojan de sí mismos para obedecer tus mandamientos, ¡oh Cristo!, tan pocos aman con tu amor que da y que se da.*

En una palabra, muchos hombres y mujeres llamados cristianos pero pocos hombres y mujeres en Cristo, pocos hombres o mujeres que no busquen primero su propio interés sino el de los demás (Filipenses 2:4), pocos que no busquen primero ser comprendidos, sino comprender, pocos que no busquen sobre todo hacer que los demás tomen una decisión, sino que finalmente decidan negarse a sí mismos de verdad cada día y llevar la cruz (Lucas 9:23).

Estos son, sin embargo, los hombres y mujeres que el mundo necesita, la verdadera humanidad que ni sube de la bestia ni desciende hacia ella, hombres y mujeres humildes y mansos que no piden que participemos a costa de ellos, sino que se ponen en peligro a costa de las almas y los cuerpos (Lucas 10:35); hombres y mujeres sin máscara ni maquillaje, que llevan sobre sí el sufrimiento de los demás, porque tienen el oído, la mirada y el corazón de Jesucristo.

El hombre no solo necesita a Dios, sino que el hombre necesita al hombre (2 Timoteo 4:11). Pero, ¿dónde encontrar hoy un hombre? (Ezequiel 22:30). Sobre el enlosado del pretorio, hace casi dos mil años, Pilato presentó a Cristo diciendo: *¡He aquí al hombre!* Jesús llevaba una corona de espinas en la cabeza y sostenía una frágil caña en la mano. En escarnio y para ocultar su cuerpo ensangrentado, los soldados le habían echado un manto púrpura sobre los hombros magullados por las mil heridas de la flagelación (Juan 19:1-5).

¿Es este el hombre que las iglesias sedientas de prestigio y poder muestran al mundo de hoy, el hombre sin forma ni brillo que llame la atención, el hombre cuya apariencia no tiene nada que nos agrade (Isaías 53:2), y que solo tiene poder para sufrir y morir por los demás?

Pilato tenía razón. Hombre, el verdadero hombre, no hay otro, y la humanidad digna de ese nombre sólo existe en él. Es la que no cuida la carne para satisfacer sus concupiscencias (Romanos 13:14), sino que ofrece su cuerpo en sacrificio vivo a Dios (Romanos 12:1-2), dando su vida cada día por la vida de sus hermanos (1 Juan 3:16).

Un cristiano genuino es un hombre o mujer en Cristo (2 Corintios 12:2). Es un ser cuya morada está en Cristo. Si vimos en el capítulo anterior que un hombre o mujer que busca a Dios debe poder encontrarlo en nosotros en la tierra, afirmamos hoy que cuando un hombre o mujer nos busca, sea para bendecirnos o para maldecirnos, sea amigo o enemigo, nos encontrará solamente en Cristo (1 Juan 2:28).

Amigos cristianos, ¿es siempre así? En todo tiempo, en todo lugar, en toda circunstancia, nuestro hogar debe ser Cristo. Si él se ha convertido realmente en nuestra vida, toda nuestra existencia debe transcurrir en él. Si él se ha convertido en el tesoro de nuestro corazón, donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mateo 6:21).

Si el apóstol Pablo, escribiendo a los corintios, pudo decir:

*De manera que, de aquí en adelante, nosotros no conocemos a nadie desde el punto de vista humano; y si aun conocimos a Cristo desde el punto de vista humano, ya no lo conocemos así (2 Corintios 5:16),*

también escribió, hablando de sí mismo:

*Conozco a un hombre en Cristo... (2 Corintios 12:2a).*

Muerto a su propia vida, el creyente ya no existe más que en Cristo y toda su vida está influida por el Hombre del cielo que recorrió la tierra y que ahora está sentado a la diestra de Dios.

El lugar del hombre y la mujer en Cristo está ahora en el cielo (Efesios 2:6) donde Jesús entró por él. Sus bendiciones son celestiales (Efesios 1:3). En la tierra no tienen un lugar propio. Son extranjeros y peregrinos y su gloria aquí abajo es ser semejantes a Cristo en su muerte (Filipenses 3:10). Su poder lo encuentran en sus debilidades, y sus títulos en los ultrajes y sufrimientos que soportan por Jesús y sus elegidos. La gracia que los salvó les enseña y fortalece, y esta gracia les basta (2 Corintios 12:2-10).

Llegamos aquí a la cima del testimonio cristiano. Perfume, carta, imagen, embajador, templo de Dios, el cristiano se ha convertido en un hombre o mujer en Cristo. Entre Jesucristo y sus redimidos todo se comparte. Toda la vida se basa en él. Todo lo que afecta a Cristo le afecta a él, todo lo que le afecta a él, afecta a Cristo. Lo que caracteriza la vida de un hombre o mujer en Cristo es principalmente la unidad. La vida de un extremo a otro es homogénea, estando dirigida en cada detalle no por consignas o una ideología particular, sino por el mismo principio, el formulado por Jesús a la edad de doce años:

*¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre? (Lucas 2:49b).*

Esta es la regla de una vida verdaderamente cristiana.

Pablo define el principio exhortándonos a ofrecer nuestros miembros a Dios, es decir, a nosotros mismos, como instrumentos de justicia (Romanos 6:13). Así que todo se hace en el nombre de Jesús. La vida transcurre en íntima comunión con él, de modo que ya no existe para el cristiano una vida secular y una vida

religiosa, a menudo separadas por un abismo. No hay un nuevo hombre bueno en el cielo, manso y puro, que canta himnos sobre las nubes, y en la tierra un viejo hombre de mal genio, que se arrastra vestido con los harapos de la mentira, la avaricia, la impureza, las pasiones, los malos deseos, la ira, la animosidad, la maldad, la calumnia y las palabras deshonestas (Colosenses 3:5).

Este viejo hombre ha sido crucificado (Romanos 6:6) y el nuevo hombre no tiene que aceptar la herencia de las obras de este muerto. Se despoja de ella y se reviste de la herencia de Jesús que murió por él. Se apropia de las obras de Cristo y se renueva en el conocimiento según la imagen de aquel que lo creó (Colosenses 3:10).

Nacido a una vida nueva, el creyente obra, ama a sus hermanos, acoge a las almas y las saluda en el Señor. En él habla, come, bebe o descansa. En él se une en matrimonio, y finalmente muere. El que permanece en Cristo debe andar como él anduvo. Es decir, debe llevar a toda su vida, en el uso de los bienes terrenales, en los afectos familiares, en la gestión de los asuntos, en las alegrías y en las penas, un espíritu de renuncia total, de fidelidad en las cosas más pequeñas, un espíritu de caridad total. Este es el testimonio cristiano, fruto de un gran amor. La gloria de Dios, el bien del prójimo, nuestra santificación personal, son las grandes reglas de los hombres y mujeres en Cristo, y buscan aplicarlas en todas las circunstancias.

Finalmente, mencionemos algunas de estas reglas:

Al elegir una profesión, el hombre o la mujer en Cristo no sigue necesariamente sus talentos naturales, sino que busca la voluntad de Dios, el plan divino establecido por Dios para él. No sólo considera la vida desde el ángulo del tiempo y de la existencia terrenal, sino que tiene una visión de la eternidad porque, ya aquí abajo, ha obtenido la vida eterna (1 Timoteo 6:12).

En la elección de una esposa o de un marido, el hombre o la mujer en Cristo no sigue solamente las inclinaciones de su corazón o la llamada de sus sentidos, sino que pide a Dios la persona que le conviene (Génesis 2:18), quien le hará bien todos los días de su vida (Proverbios 31:12), y que siempre podrá alabar por valores que no cambian (Proverbios 31:28-31). Hasta el día en que Dios le conceda el deseo de su corazón, luchará por permanecer casto y puro, dejando que el Maestro eduque su voluntad enseñándole a encontrar en su ley su fuerza y su delicia (Salmo 37:3-5).

En la vida matrimonial y familiar, el hombre o la mujer en Cristo pondrá a Dios primero, antes que sus deseos o sus miedos, sus ambiciones o sus decepciones. Y cuando las fuentes del amor humano parezcan secarse, cuando las dificultades, las fatigas, las pruebas se combinen para tratar de hacerle perder



pie, en el momento oportuno (Lucas 4:13), cuando se ofrecerá a sus ojos, a sus manos, a sus labios el fruto prohibido, es volviendo a un amor mayor, al amor de la Cruz, que el hombre en Cristo triunfará sobre el fruto de Eva o Adán, y el árbol de Judas (Mateo 27:5).

Sólo el amor a Jesús puede renovar todo en nosotros y hacer que nuestro amor crezca cada vez más en el conocimiento y en la plena comprensión, para el discernimiento de las cosas mejores, a fin de que seamos puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de la justicia que es por medio de Jesucristo para gloria y alabanza de Dios (Filipenses 1:10-11).

En la vida social o religiosa, en su trato con el mundo o con sus hermanos en la fe, el hombre en Cristo aprende a no considerar a nadie como sucio o inmundo (Hechos 10:28), sino a considerar a su prójimo como superior a sí mismo (Filipenses 2:3b).

Siendo jefe, un hombre en Cristo ve en su trabajador un ser por el cual Cristo murió. Entiende las responsabilidades a su cargo. Siendo un trabajador, un hombre en Cristo ve en su jefe a un ser que un día dará cuenta de su administración al Señor. Por eso trabaja, no para el hombre, sino para Cristo, quien juzgará y apreciará la obra y la equidad de cada uno (2 Corintios 5:10).

Un hombre o mujer en Cristo, cualquiera que sea su clase, su posición, su raza, está animado por el espíritu de Jesús, el obrero de Nazaret, el Maestro y el Señor que no vino a la tierra para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45).

Así como Cristo quiere regular nuestras relaciones con el mundo, quiere también presidir todas nuestras relaciones con los hermanos, deseando que, como escogidos de Dios, santos y amados, seamos revestidos de un corazón misericordioso, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, y apoyo mutuo. Y si uno tiene motivos para quejarse del otro, Jesús nos invita a perdonarnos recíprocamente, como Él mismo nos ha perdonado, y a revestirnos, sobre todo, del amor que es vínculo de perfección (Colosenses 3:12-14). En la alegría o en el llanto, en la enfermedad o en la salud, el mundo debe encontrar al cristiano *en Cristo*, un ser que ha aprendido a estar gozoso en las circunstancias en que se encuentra (Filipenses 4:11-13).

Así, a la hora señalada por Dios, sea de forma suave o violenta, esperada o imprevista, el cristiano podrá morir en Cristo, para conocer, después de una vida para la gloria de Dios, esta muerte querida a los ojos del Señor, la muerte que reserva para sus santos (Salmo 116:15). El hombre o la mujer en Cristo sirve aquí abajo según el consejo de Dios, luego duerme en su Salvador. Puede completar su carrera a los treinta, sesenta u ochenta años, poco importa la duración de

su vida. Lo principal para él es haber vivido peleando la buena batalla y haber guardado la fe (2 Timoteo 4:7).

Amigos, en medio de las multitudes que claman socorro, entre todos esos puños que se levantan hacia el cielo, entre todas esas manos que ya no pueden juntarse, entre todos esos que no saben lo que hacen, porque todos los que saben no hacen lo que deben, ¿no nos levantaremos?

¿No abriremos nuestras manos y nuestro corazón para dar a conocer a los que sufren la terrible ausencia, los primeros signos de una presencia inefable, desplegando sobre todos la bandera de la primera y última victoria, la bandera del amor (Cantares 2:4) que Dios ha dado a los que le temen para que sea levantada por la causa de la verdad (Salmo 60:4), hasta que Él venga?

Amén, ¡ven, Señor Jesús!



**El Cristo desconocido**

Primera edición: diciembre 2022

# **El Cristo desconocido**



## **El Cristo desconocido**

Este artículo fue publicado por primera vez en enero del año 1956, en la revista evangélica francesa **SERVIR**, en la sección *Vida cristiana*. Ahora, 66 años más tarde, podemos comprobar que el mensaje de este artículo no ha perdido actualidad.

## El Cristo desconocido

En el umbral de un nuevo año, el deseo ardiente de nuestro corazón es que Dios haga que todos los creyentes, hombres y mujeres, sirvan verdaderamente al Señor mientras lo esperan. Pedimos a Dios que nuestros lectores redescubran, para su salvación, el verdadero rostro de Cristo, a quien Dios ha puesto como juez de vivos y muertos y ante quien todos, tarde o temprano, tendremos que presentarnos (Hechos 10:42, 2 Corintios 5:10)<sup>1</sup>.

Los hombres de hoy están en actitud de espera. No trataremos de analizar esta expectativa porque, si bien es universal, varía infinitamente en su objeto. Para algunos, inevitablemente vamos a enfrentar una nueva guerra más espantosa que las anteriores. Sin embargo, si este terrible cataclismo no se desencadenara inmediatamente, algunos prevén nuevas revoluciones, nuevos problemas en el interior de cada nación. Otros, más optimistas, esperan firmemente la paz, esa paz duradera que debe dar al mundo una era de prosperidad, gracias a la puesta en común de todos los recursos de los pueblos y al empleo de los últimos inventos, utilizados con fines pacíficos. En el apogeo de la civilización, el mundo inquieto y angustiado, ¿no verá emerger de pronto a un hombre capaz de hacer entrar en razón a la raza humana y de unir en un mismo pensamiento a todos los dirigentes de los pueblos? (Apocalipsis capítulos 13 y 17).

Entre los cristianos, un número cada vez mayor de almas vive a la espera de un gran avivamiento religioso. Para atenderlo y verlo manifestarse organizamos cada vez más la obra de Dios. Nos salimos del camino trillado. Se emplean nuevos y audaces métodos de trabajo e importantes medios económicos para dar a conocer y hacer triunfar el Evangelio.

Vemos así el surgimiento de técnicos de avivamiento, de evangelización de las masas, especialistas en oración que crean *células de oración* en casi todas partes, que perfeccionan *cadena de oración*, convencidos de que, una vez que el mecanismo se pone en marcha, inevitablemente tendrá resultados proporcionales al esfuerzo realizado y al dinero gastado por la causa por excelencia.

Para algunos, el avivamiento será ante todo la realización de la gran esperanza ecuménica, la unidad de las iglesias; para otros, una cosecha extraordinaria de almas, conversiones masivas sin precedentes en los anales del mundo. ¿No oímos decir que *estamos viviendo en la hora más emocionante de la historia*

*de la iglesia, la edad de oro de la evangelización?* Así, las reuniones religiosas se multiplican para dar oportunidad a que se manifieste el avivamiento, ya sea por la ansiada unidad de los cristianos entre sí, ya por muchas conversiones de almas perdidas. ¿No es durante tales manifestaciones, o como resultado de nuestros sinceros esfuerzos, que el Espíritu de Dios de repente soplará con poder?

Sin embargo, en todas partes, después de estas grandes manifestaciones de emoción religiosa, después de la euforia espiritual del momento, a excepción de un número muy reducido, los hombres siguen siendo extrañamente los mismos, y la cruz en la vida es más predicada que asumida.

Por otro lado, a menos que vivamos en la ilusión y queramos quedarnos en la superficie de las cosas, debemos darnos cuenta de que no estamos llegando a la gente descristianizada de nuestras ciudades y nuestros campos y que, a pesar de nuestra propaganda y de nuestros medios de publicidad, no gozamos, como la iglesia primitiva, del aprecio de todo el pueblo (Hechos 2:47)<sup>2</sup> que se siente mucho más atraído por las doctrinas materialistas que por nuestra predicación, ya sea que salga de labios de liberales o fundamentalistas.

Si queremos correr, debemos conocer la meta; si queremos pelear, no como golpeando al aire (1 Corintios 9:24-27)<sup>3</sup>, es hora de detenerse y seguir la exhortación divina dada a través del profeta: *meditad bien sobre vuestros caminos* (Hageo 1:5 y siguientes).

Para muchos, el avivamiento se ha convertido en algo espectacular que se espera hoy o mañana, olvidando también, ¡ay!, que el avivamiento, considerado en uno u otro de sus aspectos, santificación, unidad de los creyentes o conversión de los pecadores, no es algo, sino alguien, el Cristo que vino, que está en nosotros, que está aquí muy cerca, a quien no alcanzamos, o a quien no queremos conocer como es.

El avivamiento es Jesús tomado en serio, es Jesús creído y obedecido al pie de la letra, porque nos amó con un gran amor. No se trata de saber quién nos lo traerá de América o de África, de la India o del Tíbet, ni siquiera quién nos lo hará descender del cielo, porque él ya descendió.

Jesús no está en alturas inalcanzables. Esta más abajo que nosotros, y si ya no lo vemos, es porque hemos subido demasiado alto. Está con los pequeños, los humildes, los pobres, los hambrientos, los sin techo, los enfermos, los presos (Isaías 61:1-3)<sup>4</sup>.

Ya no estamos en la época en que Job podía gritar: *¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su morada* (Job 23:3). Ni en los días de Isaías, que dijo: *¡Si rasgaras los cielos y descendieras...!* (Isaías 64:1a). ¡Él ha venido! ¡Emanuel ha descendido! Después de tanto tiempo, Dios está con nosotros, pero, como



Felipe, no lo hemos conocido (Juan 14:9)<sup>5</sup>.

Por las Sagradas Escrituras oímos sus palabras, conservamos su doctrina, pero hemos aprendido a contemplar su persona en gloria por la fe, más que a verla vivir entre los hombres de este siglo. Usamos la fe para abrirnos una ventana al cielo, para crear una visión imaginaria de nuestro Dios, para escapar durante algunas horas de la tierra y creernos ya en la gloria. Toda contemplación, todo éxtasis que no va seguido de acción entre los hombres es seducción. Las horas que pasamos en las cumbres nos son dadas para trabajar mejor en los valles.

La fe que nos salvó al llevarnos a aceptar la gracia de Dios, ¿no debería servirnos hoy más para descubrir el verdadero rostro de Cristo, tal como se manifiesta todavía en la tierra, este Cristo desconocido para la gran mayoría de los hombres que sin embargo reivindicán su nombre?

Amigo lector, ¿eres cristiano? Sólo Dios conoce a los que son suyos (2 Timoteo 2:19a)<sup>6</sup>. Él no juzga por las apariencias, ni por la etiqueta religiosa, sino por el corazón (1 Samuel 16:7b)<sup>7</sup>.

No me guía escribir estas líneas para juzgarte. La Palabra de Dios que conoces es tu juez y te juzgará en el último día (Juan 12:48)<sup>8</sup>. Me guía simplemente el recordaros que pronto, vosotros que os llamáis cristianos, os encontraréis con vuestro Dios, como también se encontrarán con Él los judíos, los musulmanes y los budistas, porque para todos los pueblos, naciones y lenguas, hay un solo Dios, Señor de los creyentes, ateos, deístas, panteístas, católicos, ortodoxos, liberales o fundamentalistas protestantes. Su nombre es Jesús,

*... nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:9-11).*

El Dios con el que todos nos encontraremos se ha manifestado en carne. Se reveló en Cristo Jesús. Es por esto que:

*Dios, que ha pasado por alto esos tiempos de ignorancia, ahora quiere que todos los seres humanos, en todas partes, se arrepientan; porque ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de aquel hombre a quien designó y acreditó ante todos levantándole de entre los muertos" (Hechos 17:30-31).*

Así, el evangelio nos revela que aquel que fue constituido juez de todos es un hombre, un ser que vivió en la tierra y que sabe todo sobre la vida humana, que conoce todos los secretos de los hombres, sus pensamientos, sus palabras y sus caminos, sus motivaciones y sus intenciones (1 Corintios 4:5)<sup>9</sup>.

¿Qué sería de nosotros si, para nuestra sorpresa, lo escucháramos decirnos lo que un día dirá a las naciones reunidas ante Él para el juicio?:

*... tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber..." (Mateo 25:42).*

¿No sería nuestra respuesta la misma que la de las almas reunidas a su izquierda:

*... ¿cuándo te vimos hambriento, sediento... y no te servimos? (Mateo 25:44).*

¡Somos cristianos! ¡Con Cristo tanto tiempo, y aún no lo hemos visto! Lector, en el amanecer del nuevo año, ¿hacia dónde miras? Dios quiera que en los días venideros, descubras el rostro de su Hijo en tu propia casa, en las calles de tu ciudad, en tu oficina, en tu fábrica, en tu escuela, en tus campos, en tu prójimo a quien ves todos los días y que es tu hermano.

¡Ahí está, muy cerca de ti, y tiene hambre, hambre de tu amor!

---

1 ▶ *Jesús nos mandó que predicáramos al pueblo y testificáramos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos (Hechos 10:42).*

*Porque todos nosotros hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago según lo bueno o lo malo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo (2 Corintios 5:10).*

2 ▶ *... alababan a Dios y tenían el aprecio de todo el pueblo (Hechos 2:47).*

3 ▶ *¿No sabéis que, aunque todos corren en el estadio, solamente uno se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. De igual modo, todo aquel que lucha, se abstiene de todo. Ellos lo hacen para recibir una corona corruptible, pero nosotros, para recibir una incorruptible. Así que yo no corro sin tener una meta definida; no peleo dando golpes al aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo someto a disciplina, no sea que, después de haber predicado a otros yo mismo quede eliminado (1 Corintios 9:24-27).*

4 ▶ *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido el Señor. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a anunciar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad del Señor y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé esplendor en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado. Serán llamados «Árboles de justicia», «Plantío del Señor», para gloria suya (Isaías 61:1-3).*

5 ▶ *Jesús le preguntó: —¿Tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? (Juan 14:9).*

6 ▶ *Pero el fundamento de Dios está firme, marcado con este sello: Conoce el Señor a los que son suyos... (2 Timoteo 2:19a).*

7 ▶ *... el Señor no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón (1 Samuel 16:7b).*

8 ▶ *El que me rechaza y no recibe mis palabras tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, le juzgará en el día final (Juan 12:48).*

9 ▶ *Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien también iluminará lo que está oculto en la oscuridad y pondrá al descubierto las intenciones del corazón. Entonces cada uno recibirá su alabanza de parte de Dios (1 Corintios 4:5).*



**Conocimiento u obediencia**  
Primera edición: enero 2023

# **Conocimiento u obediencia**



*Nuestro problema no es de inteligencia. No hay salvación en una alternativa intelectual.*

José de Segovia

## La locura de una ciencia sin Dios

Indudablemente, el conocimiento de Dios supera a toda ciencia, pues da vida eterna al hombre mortal. No conocer a Dios en este mundo es estar muerto a toda verdadera vida espiritual. Es estar aquí, en el mundo, como animales, y hasta en situación inferior a la de ellos pues, como dice el profeta Isaías: *El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor...* (Isaías 1:3a). Pero el pueblo que vive sin Dios no conoce ni su origen ni su destino.

No conocer a Dios es no haber tomado todavía conciencia de nuestra propia existencia y es también ignorar la de los demás. Ser científico e imaginar saber algo aparte de Dios es, en realidad, no saber nada como uno debería saberlo (1 Corintios 8:2). Es vivir en una hipótesis. Sin embargo, una hipótesis, incluso científica, sigue siendo una hipótesis.

Detenerse ahí es no entender nada del mundo y de la naturaleza. Es estar privado del conocimiento esencial e ignorar todo lo del pasado, el presente y el futuro. Es caminar como ciegos, andar a tientas por un muro y tropezar a plena luz del día como en el crepúsculo, es sumergirse en la oscuridad como los muertos e ignorar la felicidad (Isaías 59:9-11). Fuera del conocimiento y temor de Dios, todo es vanidad, nada existe; es, si puedo expresarme así, la nada presente.

En efecto, la nada no está ni detrás ni delante del hombre sin Dios. La nada para él es ahora. Sin conocer a Dios no es nada, no sabe nada, no puede hacer nada. Toda la ciencia de los hombres, toda su sabiduría, es locura. Sus luces son tinieblas. Sus verdades mentiras. A pesar de las facultades de las que se enorgullecen, carecen de inteligencia. A pesar de la fuerza que afirman tener, son impotentes. A pesar de sus obras de las que se enorgullecen, carecen de bondad, de justicia, de verdad y, sobre todo, de caridad. No conocen el camino de la paz. Nada de lo que hacen es realmente útil y ninguno de ellos alcanza una gloria eterna. Tienen la ilusión de vivir, pero ya están muertos.

Debéis pensar que exagero. Pero lo que acabo de decir no es mío, sino que expresa el pensamiento de Dios sobre el hombre tal como nos lo revela la Sagrada Escritura (Romanos 3:10-19).

Sin embargo me diréis: *¿Cómo puedes sugerir que aparte del conocimiento de Dios no hay ciencia real? ¿No sabes que muchos científicos son incrédulos? Sin embargo, no puedes negar que ellos tienen conocimientos que tú no tienes.*

No es ser humilde reconocer los propios límites y considerar al prójimo superior a uno mismo. Es simplemente ser razonable. Por ello nos atrevemos a preguntar qué han encontrado realmente de nuevo estos científicos incrédulos. Cuando ha descartado todas las hipótesis y probabilidades científicas, ¿qué queda de los hechos científicos establecidos que la Biblia misma no haya mencionado antes que ellos? Citemos solamente dos ejemplos:

No discutiremos que los antiguos creían que la tierra era plana, pero afirmamos que la Biblia nunca dijo tal cosa. Si la Inquisición hubiera estado más versada en las Escrituras, no habría hecho retractarse de rodillas a Galileo ante ella, sino que habría recordado lo que dijo Job en el tiempo de los patriarcas:

*Él [Dios] extiende el Norte sobre el vacío, cuelga la tierra sobre la nada (Job 26:7).*

Del mismo modo, es solo hoy, en el siglo de los descubrimientos atómicos, cuando los científicos incrédulos se ven obligados a admitir la validez de un texto que el apóstol Pedro escribió, en el primer siglo de nuestra era:

*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. En ese día los cielos desaparecerán en medio de un gran estruendo, los elementos del mundo arderán y serán reducidos a cenizas, y la tierra, junto con todo lo que en ella hay, será quemada (2 Pedro 3:10).*

¿Tenía Pedro algún conocimiento científico sobre la desintegración de los átomos para escribir tales cosas? Ciertamente no. Pero este hombre estaba hablando de parte de Dios, movido por el Espíritu Santo.

En sus investigaciones, a veces dando la espalda a Dios, ciertos científicos han descubierto leyes. Las estudian, las comentan, las aplican, pero en realidad no explican nada. Y, mientras que muchos científicos han vuelto a Dios a causa de su propio trabajo, aquellos que perseveran lejos de él no pueden decirnos lo que el creyente más simple puede repetir con Jeremías:

*Él [Dios] hizo con su poder la tierra, con su conocimiento puso en orden el mundo y con su sabiduría extendió los cielos. A su voz se produce un tumulto de aguas en el cielo; él hace subir las nubes del extremo de la tierra, trae los relámpagos con la lluvia y saca el viento de sus depósitos. Todo hombre se embrutece, le falta conocimiento... (Jeremías 10:12-14a).*

Sin duda pensaréis que tengo la fe del carbonero<sup>1</sup>, que mi juicio sobre el conocimiento humano es injusto y falso. *¿Qué haces —me dirás— con todos los beneficios que los científicos ateos han aportado a la humanidad: medicinas, inventos, etc...?*

Habría que saber si estos científicos eran o son verdaderamente ateos. No



trato de negar absolutamente el progreso en ciertas áreas (bienestar material, comodidades y demás). Sin embargo, vemos que el hombre no es más feliz por ello. En última instancia, ¿qué bien han aportado los inventos a la humanidad? Mas bien han excitado las pasiones que satisfacerlas. Los niños no son más obedientes, las familias no están más unidas, los trabajadores no son más fieles y los maestros no son mejores. La colaboración entre trabajadores y patronos no es más armoniosa.

No, no soy enemigo del progreso ni de la ciencia. Pero, junto con muchos otros, denuncio la locura del progreso sin Dios. Este progreso, del que tantos hombres se regocijan, suena como el toque de difuntos de la civilización y conduce al mundo a la destrucción. ¿Acaso el gran Einstein, antes de su muerte, no advirtió solemnemente al mundo del terrible peligro que lo amenazaba?

---

1 ► Se alude con esta expresión a la fe de las personas que creen firmemente en sus ideas y no necesitan explicaciones o pruebas difíciles de entender para demostrar que sus creencias son ciertas.

*La fe solo es real cuando hay obediencia,  
nunca sin ella, y la fe solo se convierte en fe en  
el acto de obediencia.*

Dietrich Bonhoeffer

## Obedecer es amar al prójimo

La única salvación para el hombre se encuentra en el regreso a Dios y en la obediencia total a su santa voluntad revelada en su Palabra. Este regreso a Dios presupone evidentemente su existencia, *porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a quienes lo buscan* (Hebreos 11:6). Esta obediencia a su voluntad solo puede manifestarse si se admite también una revelación divina.

¿Existe Dios? ¿Tenemos una revelación de Dios? Estas dos cuestiones han sido objeto de análisis en alguno de nuestros libros, en los cuales hemos podido ver que, si bien la mayoría de los hombres admiten fácilmente la existencia de una causa primera, sin embargo viven prácticamente sin Dios en el mundo. Asimismo, encontramos que, mientras muchos todavía muestran una creencia, pocos poseen verdadera fe en la palabra de Dios<sup>1</sup>.

Cada uno se ha creado un Dios a su medida, a la medida de su mente, que se cree buena, generosa, compasiva, mientras que, si miramos bien, nadie es realmente bueno, generoso ni compasivo. Muy cerca de nosotros están los pobres a los que no ayudamos, los sin techo a los que no acogemos, las injusticias contra las que no nos levantamos, mentiras que no denunciamos. Todo va mal, el estado del mundo empeora, y seguimos repitiendo: *No es culpa nuestra, no somos responsables de ello.*

Defendemos nuestros derechos, hacemos prosperar nuestros negocios, aumentamos nuestros bienes y quisiéramos que Dios nos perdonara esta pequeña falta, nuestro pequeño pecado, que simplemente consiste en no amar al prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:39). Pequeña falta, pecadillo a nuestros ojos, infinitamente menor que el crimen, el robo y el adulterio, mientras que Jesucristo declaró que el amor al prójimo es el segundo mandamiento de la Ley y el cumplimiento práctico y visible del primero:

*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón con toda tu alma y con toda tu mente* (Mateo 22:37).

Así que, a los ojos de Dios, lo que consideramos una ligera imperfección es en realidad la falta más grave, la que marca al hombre como un gran pecador, el primero de los culpables.

Así que, vosotros mismos lo véis, con toda su creencia, los hombres muy a menudo no conocen las Escrituras ni el poder de Dios. No se someten. En el apogeo de la llamada civilización cristiana no tienen la fe que salva del mal y de uno mismo. Monstruos de egoísmo, encerrados en sí mismos, seres negativos, no tienen la fe que arroja a los creyentes, según la Escritura, en brazos *del otro*, lo que les convertiría en seres positivos y haría de sus vidas *una fuente de agua que fluya para vida eterna* (Juan 4:14).

---

1 ► Ver el libro *¿Creencia o fe?* del mismo autor.

## Relacionarse con Dios

Entre los que creen en el Dios de la Revelación, *el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (Efesios 1:3), por emplear una expresión apostólica, el Dios personal, santo, poderoso y justo, el Dios de verdad, de luz, de amor y de gracia, muchos, tristemente, solo tienen un conocimiento intelectual de Dios.

El Dios de la Biblia ha satisfecho su inteligencia, se adhirieron intelectualmente a las verdades del cristianismo. Tienen fórmulas exactas sobre Dios, sobre el mundo, sobre el origen del hombre y sobre su destino, pero Dios no está realmente en su vida. Está fuera de ellos. Le adoran, pero de lejos. Si la circuncisión fuera la señal de la creencia en el verdadero Dios, se harían circuncidar. Siendo el bautismo la señal del cristianismo, fueron bautizados, o se hicieron bautizar, porque admiten que el verdadero Dios es el Dios de Jesucristo.

Así, lo admiran, defienden su causa y sus obras, se convierten en sus defensores y tal vez incluso en sus predicadores. Conocen sus palabras. ¿Quién no conoce las Bienaventuranzas? ¿Quién no ha recitado jamás el Padrenuestro, la maravillosa oración enseñada por el Maestro? ¿Quien no se acuerda de las parábolas inmortales del buen samaritano, de la oveja perdida o del hijo pródigo? Sí, reconocemos, como los alguaciles del Templo, que *nadie ha hablado jamás como este hombre* (Juan 7:46), pero en el fondo, no lo conocemos a él mismo, no tenemos una relación real e íntima con él.

La vida de multitud de personas que llevan el nombre de cristianos prueba lo que acabo de decir. Haced a estas personas estas preguntas:

- ¿Qué es Dios para ti?
- ¿Qué ha hecho por ti?
- Queremos hechos. Tus teorías sobre Dios pueden ser justas pero, ¿qué ayuda recibes de Él?
- ¿Qué prueba puedes darme de su existencia?

*¿Cuántos dirían?: ¡La prueba es mi propia vida! Dios cambió mi corazón, me enseñó a amarlo como un Padre en el corazón de una madre. Vivo de su amor, experimento cada día los efectos de su gracia y me lleno de sus beneficios. Por él aprendí a amar, a soportar y a perdonar.*

Dios busca en esta hora personas cuya vida pruebe la realidad de su ser y de su carácter al mundo que quiere ver para creer. ¿Serás tú una de ellas? Para eso es necesario conocerlo, y conocerlo es ante todo estar en relación con él. Es este conocimiento lo que Jesús llama *vida eterna* (Juan 17:3).

Esta relación con Dios no nos deja intactos, nos transforma y afecta todos los ámbitos de nuestra vida. Es un conocimiento del corazón que nos lleva a la obediencia, una obediencia que es amor, porque el amor busca siempre agradar al amado. No es el conocimiento lo que falta hoy en los pueblos cristianizados, es la obediencia a aquel cuyo nombre aún dicen llevar.

## **La cruz, símbolo de salvación o de condenación**

Desde lo alto del cielo, en un mundo sobre el que desciende el crepúsculo, cuando Dios contempla occidente, todavía puede ver catedrales, iglesias, capillas, múltiples locales evangélicos que reclaman el nombre de Jesucristo. Si desde nuestros pueblos erizados de campanarios dominados por una cruz, la mirada de Dios se dirige a las cumbres de ciertas montañas, aún distingue allí una cruz solitaria. En algunos países, la cruz también se encuentra en los cruces de las calles.

Pero no está realmente ahí. Brilla en los escaparates de las joyerías, adorna los pechos de las mujeres elegantes, o decora a nuestros soldados. Cruces de hierro, de madera, de marfil, de plata o de oro, Dios ve la cruz por todas partes, excepto donde debería estar verdaderamente: en nuestras vidas, en nuestros corazones. Porque la verdadera cruz no es un adorno que llevamos puesto, sino un instrumento que nos crucifica y nos silencia para morir. Y, para ayudar verdaderamente a los hermanos y vivir para los demás, la cruz en nuestra vida no debe ser un adorno, sino un medio para *crucificar la carne con sus pasiones y deseos* (Gálatas 5:24).

¿Qué significa entonces esa cruz que domina nuestras ciudades y nuestros pueblos, esos campos de cruces en nuestros cementerios, esa cruz de las soledades alpinas? Es el símbolo del cristianismo. El símbolo que puede salvar al mundo, pero también el signo de la condenación de nuestra civilización. Es el emblema del conocimiento del evangelio, el signo que las tierras paganas no conocen todavía; es el recuerdo de que Jesucristo fue crucificado para la redención del mundo.

Gracias a la sombra de esta cruz, ¿no se salvarán las llamadas naciones cristianas? ¿No protege la cruz nuestra tierra? Jesucristo crucificado murió para que los que le conocen no pequen más; para que nadie pueda mirar esa cruz y pecar más, para que todos entiendan que el pecado de los hombres puso a Jesús, el único Justo, en la cruz.

¿Crees que contemplando la cruz, muchos todavía recuerdan esto? ¿No pensamos, por el contrario, incluso entre los creyentes, que Jesucristo murió para que pudiéramos pecar? ¿Acaso la amante de un hombre casado no tiene colgada una cruz sobre su lecho? Sería fácil probar, con ejemplos, que en este mundo reina la más completa amoralidad bajo el disfraz de la religión y que la cruz para muchos no es más que un amuleto.

*El primer efecto de no creer en Dios es que uno pierde el sentido común y no ve las cosas cómo son en realidad.*

G. K. Chesterton



## Algunas preguntas importantes

Amigos, os hablo a vosotros que tenéis conocimiento, a vosotros que profesáis creer en el Dios de Jesucristo, a vosotros bautizados o que habéis hecho bautizar a vuestros hijos. Escuchad lo que el apóstol Pablo dijo una vez de los cretenses:

*Dicen conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, pues son odiosos y rebeldes, incapaces de hacer alguna buena obra (Tito 1:16).*

¿Es este juicio demasiado severo para nuestra raza y nuestra generación? ¿Tiene Cristo comunión con nosotros? ¿Se manifiesta su presencia en nuestras vidas? ¿Creéis que aprobaría vuestra forma de vivir? Si vas a la iglesia, ¿por qué vas? ¿Por el cura, el pastor, el organista, las vidrieras, el incienso o simplemente porque sigues la religión de tus padres?

Un sacerdote una vez llamó a algunas personas *cristianos de cuatro ruedas*. Los vio venir a la iglesia por primera vez en un cochecito de bebé para su bautismo; una segunda vez en un coche nupcial para su boda y finalmente una última vez en el coche fúnebre de la funeraria.

*Jesús le dijo: —Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí.*

Evangelio de Juan 14:6

## Del cenáculo hasta nuestros días

En el *aposento alto* (cenáculo), donde Jesús se reunió con sus discípulos la noche que fue entregado, no había vitrales, ni órgano o incienso, sino una presencia inefable, la del propio Señor, de Cristo que habla, bendice, consuela, dirige, alimenta las almas; del Maestro que reprende y exhorta mientras lava los pies de los discípulos.

¿No oís todavía hoy el eco de sus palabras inefables?

*Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros (Juan 13:34-35).*

*Si me amáis, cumplid mis mandamientos (Juan 14:15).*

*Permaneced en mí y yo en vosotros... El que permanece en mí y yo en él, lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer (Juan 15:4-5).*

*Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y se os concederá (Juan 15:7).*

*El que me ama obedecerá mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada con él (Juan 14:23).*

*No se angustie vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí (Juan 14:1).*

*La paz os dejo, mi paz os doy; yo os la doy no como el mundo la da. No se angustie vuestro corazón ni tengáis miedo (Juan 14:27).*

*Os he dicho estas cosas para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad: yo he vencido al mundo (Juan 16:33).*

Volvamos al *aposento alto* después de la ascensión de Jesús y veremos a los discípulos allí reunidos. Comparten un solo corazón y una sola alma. Creen en el resucitado, y como el objeto de su afecto es celestial, en la tierra lo tienen todo en común entre ellos. El Espíritu Santo les da valor y predicán el evangelio con poder. Nada les detiene. Toman las palabras que su Maestro les ha enseñado literalmente y ponen en práctica sus lecciones. Esta es su fuerza y el secreto de su éxito (Hechos 1:4).

Pero dirás: *Hoy es imposible seguir la enseñanza de Cristo al pie de la letra. El sermón de la montaña es una maravilla, pero es irrealizable. Sí, si no quieres sufrir por Cristo. Pero en la actualidad, todavía es posible ofrecer la mejilla izquierda a quien acaba de golpearte en la derecha, es posible dejar tu abrigo a quien acaba de tomar nuestra túnica, es posible caminar dos millas con aquel que nos obliga a caminar una. (Mateo 5:40-41).*

*El que dice: Yo lo conozco —escribe el apóstol Juan—, pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él... El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Juan 2:3, 6).*

## Una solemne advertencia

¿Eres cristiano? No se nace siéndolo. Uno se convierte en cristiano por un nuevo nacimiento. No se es por tradición, sino por revelación.

¿Cómo se convertía uno en discípulo de Cristo en los tiempos apostólicos?

- Oía el evangelio.
- Este mensaje conducía al arrepentimiento y a la confesión de los pecados.
- Recibía a Cristo como salvador personal, y su persona, palabras y obra se convertían en el objeto de su fe.
- Los que habían creído eran bautizados, dando testimonio público de que renunciaban a su vida pasada.

Era así como el Señor añadía a la Iglesia los que habían de ser salvos y que, de aquí en adelante, *se mantenían fieles a las enseñanzas de los apóstoles y en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones* (Hechos 2:42).

Si somos discípulos sigamos a Cristo y no sustituyamos su enseñanza, sencilla y clara, por formas y tradiciones humanas. Obedezcamos sus órdenes que son para todos los tiempos, para no estar entre los que saben, pero no obedecen, entre los que Jesús nunca ha reconocido ni reconocerá como suyos. ¿No nos advirtió solemnemente: *No todo el que me dice: «¡Señor, Señor!» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mateo 7:21)?

Al final del tiempo de su paciencia, Dios contempla con dolor a una multitud de hombres y mujeres que, invocando el nombre de Jesús, no obedecen sin embargo a su Palabra y permanecen ajenos a la verdadera vida cristiana.

En un momento en que las potencias materialistas están difundiendo su ideología en todos los países y en todas las capas de la sociedad, en un momento en que los pueblos musulmanes están despertando, ¿qué harán los cristianos? ¿Serán capaces de manifestar en sus actos y en sus palabras, tanto a los ateos como a los judíos y musulmanes, el verdadero rostro de Cristo?

¿O negando nuevamente la enseñanza del Maestro, organizarán una nueva cruzada, defendiendo sus intereses y su vida con las armas? Que humillantes son

estas palabras de Gandhi, el líder espiritual de la India, para el mundo cristiano: *Los estudios que hice en Europa y especialmente en Inglaterra, me permitieron ver demasiado de cerca a los cristianos, y vi que habían traicionado a Jesucristo. Por eso no me convertí al cristianismo.*

Que los gobiernos de las naciones asuman sus responsabilidades, ¡sí! Que los ciudadanos se sometan a las autoridades establecidas por Dios, ¡sí! Pero no digáis más, al tomar las armas, que estamos defendiendo la causa de Cristo y de su Iglesia, cuya vocación es servir y morir para que los demás lleguen al conocimiento de la verdad y alcancen la vida eterna.

*Envaina tu espada* —dijo Jesús a su discípulo la víspera de su muerte—, *porque todos los que tomen espada, a espada perecerán* (Mateo 26:52).

No es la defensa o la custodia de una tumba vacía lo que Jesús confía a los cristianos. Lo que él les manda no es que den muerte a sus enemigos, sino que den vida verdadera a todos los hombres cuyo corazón es todavía un sepulcro.

## Una persona que es la vida

¿Cuándo comprenderemos que Jesucristo no vino a traer al mundo una religión más que un día pudiéramos oponer al judaísmo o al islamismo; una nueva religión en nombre de la cual incluso haríamos guerras, creyendo poder imponer o defender con la espada doctrinas que quedan en letra muerta si no son puestas en práctica por quienes las enseñan?

Jesucristo vino a traer nueva vida al mundo, que todas las personas necesitan, ya sean judíos, musulmanes, católicos, ortodoxos o protestantes.

Si el cristianismo es solo un conjunto de dogmas y fórmulas sin consecuencias prácticas en nuestra vida, su valor puede seguir siendo superior al de otras religiones, pero queda impotente e incluso se convierte en *el opio del pueblo*.

Aceptemos individualmente y sin demora a Jesucristo como Salvador y Señor de nuestra vida y pongamos en práctica su enseñanza. Seremos entonces como aquel hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. La lluvia puede caer, los torrentes desbordarse y los vientos soplar y golpear esta casa. Pero no se derrumbará, porque fue edificada sobre la roca de la obediencia y no sobre la arena del conocimiento sin vida (Mateo 7:24-27).

No anunciamos una doctrina al mundo, sino una persona, Cristo, cuya doctrina es vida.

**Unidos en Cristo**

Primera edición: enero 2023



# **Unidos en Cristo**



*Hermanos, os ruego por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os pongáis todos de acuerdo, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en un mismo pensar y un mismo parecer.*

1 Corintios 1:10

## Unidos en Cristo

Si hay una expresión que me gusta en las Escrituras es esta fórmula: *En Cristo Jesús*. Es tan querida por el apóstol Pablo que la usa más de 160 veces en sus epístolas, mientras que la encontramos más de veinte veces bajo la pluma del apóstol Juan.

Cuando lo pienso, enseguida me digo que quien está verdaderamente en Cristo ya conoce, por el Espíritu Santo, esta profunda unidad con el Padre y el Hijo (1 Juan 1:3). La aceptación de Jesús como Salvador personal nos lleva a reconocerlo como Señor de nuestra vida y el caminar diario con este Maestro *manso y humilde de corazón* (Mateo 11:30) lo convierte en nuestro único amado.

Más allá de las divisiones que separan las denominaciones cristianas, los creyentes están unidos en un testimonio que no apunta a la uniformidad, sino que, según la diversidad de los dones del Espíritu, manifiesta al mundo algo del amor de Dios, único, eternamente bendito (Romanos 9:5). La unidad no se hace, sino que se conserva y demuestra por una fe purificada, por una esperanza santificada y por un amor renovado. No se trata de hacer concesiones recíprocas y arreglos humanos que llevan a los bautizados a un consenso externo y engañoso que no refleja el pensamiento de Cristo (1 Corintios 2:16).

Vivimos en un tiempo en el que buscamos no sólo redescubrir la unidad que la Iglesia ha perdido a causa de nuestras infidelidades, sino promover un acercamiento de todas las creencias, lo que se traduce en un sincretismo desenfrenado y en la negación del anuncio del apóstol Pedro ante el Sanedrín. Hablando de Jesús dijo:

*Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos* (Hechos 4:12).

En nombre de un nuevo humanismo, que nada tiene que ver con el cristianismo, se nos presenta otro evangelio, otro espíritu, otro Jesús completamente ajeno a Cristo, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de la virgen María. Pretendiendo pertenecer a Cristo porque hemos sido bautizados y al mismo tiempo negando su muerte expiatoria, el valor de su sangre, su divinidad esencial, su resurrección corporal, su glorificación para establecer su reino y juzgar a vivos y muertos, es caminar como *enemigos de la cruz de Cristo* (Filipenses 3:18-19).

Ni el bautismo, ni la Cena del Señor, ni el libre ejercicio del ministerio pueden reemplazar la simple obediencia a la voluntad de Dios, claramente revelada en su Palabra (Mateo 7:21-23).

Lo que claramente se está configurando en el mundo ya no es la manifestación de la unidad de una Iglesia verdaderamente santa, universal y apostólica, sino una corriente muy fuerte hacia un globalismo autoritario y apóstata. Para orar juntos según Cristo, y en Cristo, y estar seguros de la respuesta, primero debemos estar de acuerdo en lo esencial (Mateo 18:19).

Ha llegado el momento de que todos discernamos en qué tiempos estamos. Mientras más y más teólogos niegan la existencia del diablo, la tierra entera, transmutando valores, parece prepararse para adorarlo. Jesús nos dio un criterio infalible por el cual podemos discernir todo lo que es satánico. Dos signos caracterizan lo que viene del diablo: la mentira y la muerte (Juan 8:44). Ya es hora de despertarnos del sueño y de no admitirlo todo en nombre de una caridad que ya no tiene nada de cristiana. Que en estos días, que son los últimos (Hebreos 1:2), podamos volver a escuchar la voz de Dios a través de estos textos que estuvieron en el origen de la conversión de Agustín de Hipona:

*... porque ahora nuestra salvación está más cerca de nosotros que cuando creímos. La noche ha pasado y el día ha llegado. Por tanto desechemos las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Andemos honestamente, como a plena luz del día; no andemos en banquetes y borracheras, ni en lujurias y libertinaje, ni en contiendas y envidia. Al contrario, vestíos del Señor Jesucristo y no hagáis caso a los deseos de la carne (Romanos 13:11b-14).*



**Las lecciones de María**  
Primera edición: junio 2023

# **Las lecciones de María**







## **Prólogo**

Las **Lecciones de María, madre de Jesús**, fueron presentadas por primera vez, en forma de estudio bíblico, en la **Convención Cristiana de Morgues** (Suiza), en 1955. Al año siguiente también fueron expuestas en Niza, a lo largo de tres conferencias, a un público totalmente diferente.

El interés suscitado por estos mensajes nos ha llevado a publicar en este libro lo esencial de las meditaciones sobre aquella a la que el Cristo moribundo dio por madre al discípulo amado.

En unos tiempos en los que nuestra juventud se apasiona más y más por las celebridades que, demasiado a menudo, encuentran su gloria en lo que debería ser su vergüenza, nos ha parecido útil recordar a nuestros lectores el verdadero rostro de la que, sin cesar, nos conduce a alguien mayor que ella: aquel que, tanto en la alegría como en el sufrimiento, fue su razón de vivir, creer, esperar y amar, Jesucristo, su Salvador, nuestro único Señor.

*Gaston Racine*  
Niza, junio 1957

*Cualquier modelo de sacerdocio que pretenda llevarnos a Dios es una usurpación de lo que Cristo ya hizo.*

José de Segovia

## **Introducción**

No es nuestra intención, durante estas páginas, apartar vuestros ojos de la bendita persona de Jesucristo, nuestro único Salvador, para fijarlos en María, la bienaventurada madre de nuestro Señor. Hacerlo sería una afrenta a la más humilde de todas las mujeres y negar su memoria. Al apoyarnos en la vida de María nuestro propósito es, por el contrario, encontrar una oportunidad para centrarnos en Jesús, para comprender mejor la voluntad de Dios con respecto a cada uno de nosotros.

Quienes piensen que la controversia no será ajena a nuestro estudio y que buscaremos, sobre todo, rebatir los dogmas de la Iglesia Romana para demostrar la validez de las creencias protestantes sobre María, se sentirán defraudados. Más bien queremos considerar, de manera serena, sin prejuicios, pero con absoluta honestidad y sinceridad, qué nos dicen los Evangelios sobre María, y qué lecciones podemos sacar de su vida para nuestro mayor beneficio.

Cada vida lleva en sí un mensaje y creemos que el de la madre de nuestro Señor es de incomparable enseñanza y riqueza. Sin embargo, deseando apasionadamente la edificación de todas las almas, no buscaremos sesgar ni ocultar las dificultades que podamos encontrar en nuestro camino. Recordaremos siempre, y sobre todo, que las exigencias de la verdad priman sobre todas las demás, y por ello buscaremos en estas páginas alejarnos lo más posible de un cierto clima de pretendida tolerancia que conduce a la confusión.

Evitaremos esta tendencia a un vago sincretismo que, con el pretexto de allanar las dificultades y permitir la reconciliación, traiciona lo que, en última instancia, sigue siendo la esencia de la verdad y de la fe. Por eso sabemos de antemano que molestaremos a ciertos católicos por nacimiento y tradición, aquellos para quienes María parece ser todo, cuando en realidad su ejemplo influye tan poco en sus vidas. También sorprenderemos a los protestantes de origen, aquellos que creen ante todo que tienen que defender la doctrina de sus padres, cuando en realidad, imitan tan poco su fe.

Por otra parte, creemos firmemente que las almas unidas a Cristo y verdaderamente apegadas a la Biblia —cualquiera que sea su denominación— encontrarán en este estudio alimento para su corazón y ocasión para una profunda meditación. Por tanto no buscaremos el retrato de María en Roma o en Ginebra,

sino que lo buscaremos donde el Espíritu Santo nos lo pintó, es decir, en las Sagradas Escrituras, la única autoridad en materia de fe.

No seremos nosotros quienes le demos a María su lugar, pero veremos el que Dios le asigna en su Palabra, lugar que ella aceptó ocupar y que nunca abandonó. Así que, todo personaje que se nos presente o se nos manifieste bajo el nombre de María sin tener los caracteres de María de Nazaret, deberá ser rechazado como impostura o como aparición del demonio. Porque antes de presentar a su falso Cristo, el demonio quisiera imponer al mundo a su falsa María, para hacer caer en la idolatría a multitud de almas.

No es simplemente hablando en contra de los nuevos o viejos dogmas como permaneceremos en la verdad. Tampoco guardando silencio sobre María o aparentando ignorarla, es como combatiremos el error. Sin embargo creemos que existe en los medios resultantes de la Reforma una laguna sobre el tema de María. En nuestros estudios bíblicos hablamos con facilidad de Abraham, de Isaac y de Jacob. La historia de los patriarcas y los profetas de Israel son objeto de nuestras meditaciones. Sacamos todo tipo de lecciones de sus vidas. Miramos la de los apóstoles, de María Magdalena, incluso de Judas. Pero, ¿cuándo hablamos de María, la madre de Jesús? En Navidad, con algunos trémolos en la voz, o de paso cuando predicamos sobre las bodas de Caná, o incluso, accidentalmente, al hablar de la cruz.

¿No corre este silencio el riesgo de ser tomado por desprecio? Por eso queremos, con estas líneas, dar a conocer humildemente lo que María es para nosotros y las lecciones que sacamos de su vida. ¿Os escandaliza si afirmamos que en Jesucristo vivimos con María, la madre de nuestro Señor? ¿Os tranquiliza u os sorprende aún más si os decimos que —sin convocar a los muertos— estamos a menudo en compañía de Abraham, José, Moisés, Samuel, David, Elías y tantos otros? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de María, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, nuestro Dios y Padre, no es Dios de muertos, sino de vivos, ya que para él todos viven. El cristiano sabe así que está rodeado por una nube de testigos, varios de cuyos nombres aparecen en el capítulo once de la epístola a los Hebreos. Rodeado de ellos el fiel, dondequiera que esté, nunca está aislado, y encuentra inspiración en su ejemplo porque, aunque muertos, aún nos hablan.

María también está cerca de nosotros. Ella es la madre de nuestro Señor y la recordamos para imitar su fe, pues el resultado de su conducta fue traer al mundo al Hijo de Dios, nuestro Salvador y nuestro Maestro, única salvación para la humanidad. El cristiano, por tanto, no es un espiritista. No convoca a los espíritus de los muertos, ni pide su ayuda, sino que habita en comunión con los vivos del más allá, con todos los santos que están en Cristo en el reposo, mientras que aquí abajo, él también está en Cristo, pero en la lucha.

## La anunciación

Durante siglos la voz de los profetas había permanecido en silencio. Después de haber cortado, quebrantado y devorado todo, la bestia anunciada por Daniel descansaba. A su alrededor las naciones no sometidas guardaban silencio. Por un tiempo las espadas callaron y el universo pareció dormir bajo la sombra de las águilas romanas.

En esta insólita tranquilidad, esclavizado por Roma, el mundo, degradado y desesperado por las falsas religiones, preguntando en vano a los filósofos el secreto de la vida y de la virtud, sin embargo moría. Y en Palestina el mismo judaísmo moría, infiel a su destino. Pero sí, vasallos del Imperio Romano, los judíos en masa habían traicionado su vocación, entre el pueblo elegido algunos verdaderos israelitas imploraban a grandes gritos la misericordia de Dios y la venida del verdadero libertador. Entre ellos, humildes mujeres de verdadera piedad creyeron, oraron y esperaron. El tiempo se cumplía. Jesús iba a venir.

Un día, en el templo de Jerusalén, mientras cumplía con sus deberes sacerdotales ante Dios, el sacerdote Zacarías vio de repente a un ángel del Señor de pie al lado derecho del altar del incienso. Era la hora en que el sacerdote elegido por sorteo ofrecía el incienso en el santuario, mientras la asamblea del pueblo permanecía fuera en oración. Abrumado y lleno de miedo Zacarías supo de labios del ángel que su oración había sido respondida. Cuando ya no esperaba una respuesta de Dios, el cielo rompió su silencio y este anciano sin hijos fue advertido de que sería padre, que su esposa Elisabet le daría un hijo que se llamaría Juan. A pesar de la incredulidad del sacerdote y de la avanzada edad de Elisabet, el heraldo del Mesías estaba a punto de nacer. Nada podía detener el desarrollo del plan de Dios.

Y mientras la palabra del ángel se cumplía para Elisabet, en el sexto mes de su embarazo, Gabriel, el ángel que está delante de Dios, siempre dispuesto a cumplir sus mandatos, fue enviado de nuevo a la tierra. El evangelio de Lucas nos narra la visita de la siguiente forma:

*Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, para visitar a una muchacha virgen llamada María, que estaba prometida en matrimonio con José, un hombre descendiente del rey David. El ángel, acercándose a ella, le dijo: —¡Saludos, colmada de gracia! El Señor está contigo. Bendita tú entre las mujeres. Cuando ella*

*escuchó sus palabras se quedó perpleja, preguntándose qué significaba aquel saludo. Entonces el ángel le dijo: —María, no tengas miedo, porque Dios te ha concedido su gracia. Vas a quedar embarazada y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su Reino no tendrá fin. Entonces María preguntó al ángel: —¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre. Le respondió el ángel: —El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que va a nacer de ti será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet, a la que llamaban estéril, va a tener un hijo en su ancianidad, y ya está de seis meses. Para Dios no hay nada imposible. Entonces María dijo: —Yo soy la sierva del Señor. Hágase en mí lo que has dicho. Y el ángel se fue de su presencia (Lucas 1:26-38).*

Examinemos con más detalle esa parte de la Escritura donde, por primera vez en el Evangelio, descubrimos a María<sup>1</sup>.

*Al sexto mes...*

Hay un tiempo para todo. Las intervenciones de Dios bajo el cielo tienen lugar a la hora, el día, el mes y el año que él ha determinado. Es él el que da la vida y la muerte. Es él quien supervisa la misteriosa formación del niño en el seno materno y es él quien lo hace nacer en su día. Dios tiene su hora. Su día D, su hora H se acercan. Las promesas divinas relativas al Mesías y contenidas en la Ley, los Salmos y los Profetas, finalmente se cumplirán. El cielo se abrirá. Misterio de piedad de infinitas dimensiones, abismo de amor, revelación de justicia, sobrea-bundancia de gracia, el Dios Altísimo se encarnará, se unirá personalmente a su obra. La tierra dará su fruto, la humanidad verá germinar el Salvador, el Santo, el Hijo de Dios.

*... el ángel Gabriel fue enviado por Dios...*

Sí, Dios reina sobre todos los césares, como una vez se sentó en su trono durante el diluvio. Al no estar dominado por ningún acontecimiento, él hace que todos sirvan a sus propósitos inmutables. Y para cumplir sus órdenes, en juicio o en misericordia, Dios *hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llama de fuego* (Hebreos 1:7). Según la Escritura, Dios tiene consigo espíritus superiores encargados de un ministerio a favor de los que han de heredar la salvación. De esta forma Gabriel, el heraldo divino, conocido por Daniel y Zacarías, el ángel de las buenas noticias *fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, para visitar a una muchacha virgen llamada María, que estaba prometida en matrimonio con José, un hombre descendiente del rey David* (v. 26-27).

Hay algo que impresiona en esta acumulación de nombres: Dios, Gabriel, Galilea, Nazaret, David, José, María. El Creador, los ángeles y los hombres se asocian para el cumplimiento de la maravillosa obra de la redención. El cielo se une a la tierra. Las cosas visibles e invisibles de repente se comunican.

*... a una ciudad de Galilea...*

Dios y sus servidores celestes conocen todas las regiones del mundo. En Galilea, país de oscuridad, se levantará súbitamente una gran luz, porque el cielo ha escogido esta tierra donde reinaba la sombra de la muerte para hacer brillar allí la vida.

*... llamada Nazaret...*

No es al templo de Jerusalén donde Dios envía a su ángel, sino a una pequeña y poco importante ciudad. Empieza una nueva era. Dios busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad; por eso habla a los hombres fuera de los lugares santos. Dios conoce el nombre de cada ciudad. Así como en los días de Abraham Dios sabía lo que pasaba en Sodoma y Gomorra, también sabía, en los días de Augusto, lo bueno que podía salir de Nazaret, «la flor despreciada de Galilea». Asimismo hoy *los ojos del Señor están en todo lugar, para mirar a los malos y a los buenos* (Proverbios 15:3). No ignora nada del estado de nuestras ciudades.

*... para visitar a una muchacha virgen... prometida en matrimonio con... un hombre descendiente del rey David...*

Dios cuida de los jóvenes y se interesa por su futuro. Autor del matrimonio, él sabe a quién está destinada una joven, porque de él toma su nombre toda familia en el cielo y en la tierra. Nuestro origen, nuestra raza, nuestros antepasados, nuestro temperamento, nuestra herencia, todo está ante él.

*... que estaba prometida en matrimonio con José...*

Dios conoce no sólo a los pueblos, sino a los individuos, su estado civil, su situación, su ocupación. Él sabe si somos ricos o pobres, obreros o patrones, manuales o intelectuales. Ante él no hay acepción de personas y el Señor se complace en visitar a la novia de un carpintero, honor que jamás conocerá la hija sin virtud de una Herodías.

*... una muchacha virgen llamada María...*

Dios conoce nuestros nombres, nuestra edad, nuestro hogar. Él sabe si una joven todavía es virgen, si una novia ha permanecido casta para el día de la boda, o si ha cedido a las tentaciones de la carne. María, este es el nombre de aquella de la que habló el profeta Isaías: *... la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel* (Isaías 7:14b). Este texto establece de una manera clara la omnisciencia del Señor, de la que el salmista habló en estos términos:

*Señor tú me has examinado y conocido. Tu has conocido mi sentarme y mi levantarme. Has entendido de lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos... Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; ¡alto es, no lo puedo comprender!* (Salmo 139:1-3, 6).

*El ángel, acercándose a ella, le dijo...*

Los enviados celestiales no se anuncian. Tampoco necesitan pedir nuestra dirección. Dios conoce nuestro hogar, la distribución de nuestra casa. Él sabe en cualquier momento dónde nos puede encontrar: en la cocina, en el sótano o en nuestra habitación. Allá donde estemos Dios nos puede sorprender en cualquier momento, lo que hizo decir a David, en el salmo ya citado: *¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra* (Salmo 139:7-10). En el libro de los Hechos de los Apóstoles, vemos al Señor mismo dando a los hombres la dirección precisa de aquellos con quienes debían encontrarse. En Damasco, el Señor le dijo a Ananías: *Levántate, ve a la calle llamada Derecha y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, que es natural de Tarso, él está orando* (Hechos 9:11).

A Cornelio, a través de una visión, el ángel de Dios le dijo: *Envía, pues, ahora hombres a Jope y haz venir a Simón, al que también se le conoce como Pedro. Se hospeda en casa de un tal Simón, un curtidor que tiene su casa junto al mar. Este te dirá lo que te conviene hacer* (Hechos 10:5-6).

Así que, *los caminos del ser humano están ante los ojos del Señor, y él examina todas sus veredas* (Proverbios 5:21). Nuestros hechos y pensamientos están ante él.

*¡Saludos...!*

¡Qué educación, qué cortesía la de los ángeles! En misión en la tierra, estos excelentes seres saludan a los hombres. E incluso, nos dice la epístola de Judas, mientras los hombres desprecian la autoridad e injurian los poderes superiores, el arcángel Miguel, cuando disputaba con el diablo el cuerpo de Moisés, no se atrevió a emitir contra él juicio de maldición, sino que dijo: *Que el Señor te reprenda* (Judas 9b). Siervos de Dios, consiervos de los santos, los ángeles saben que los hombres están predestinados a ser un día como la imagen del Hijo de Dios. Si los ángeles saludan a los hombres y tienen cuidado de no insultar a Satanás, ¡cuánto más debemos nosotros saludar a nuestros hermanos, considerándolos superiores a nosotros mismos!

*... colmada de gracia!*



El versículo treinta no deja dudas sobre el significado exacto de estas palabras. María es perdonada, es objeto de la gracia, del favor divino. Ciertamente María fue objeto de la gracia divina, porque esta joven virgen era parte de la humanidad pecadora que, separada de Dios, sufre las consecuencias del pecado. Sí, ser visitado por Dios es una muestra de su gracia. Pero, ¿por qué se da esta gracia a María en lugar de a otra hija de Eva? El ángel añade:

*El Señor está contigo. Bendita tú entre las mujeres.*

Esta frase es importante y nos revela el verdadero estado del alma de María. ¿A quién prometió el Señor su presencia? La Escritura nos lo revela: *Porque así ha dicho el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu* (Isaías 57:15a). No puede haber duda sobre la piedad de María —que atrajo sobre ella la mirada de su Creador— ya que *el ojo del Señor está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia* (Salmo 33:18). Es fácil decir: ¡El Señor está conmigo! Pero que extraordinario oírlo de boca de un mensajero del cielo: *¡El Señor está contigo!* No es un sentimiento más o menos vago de su presencia, sino una realidad gloriosa. Sin embargo, tal mensaje solo puede confundir al alma verdaderamente piadosa.

*Cuando ella escuchó sus palabras se quedó perpleja, preguntándose qué significaba aquel saludo.*

Quien vive en contacto con Dios conoce este temor, este temblor, esta perplejidad. Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Job, Isaías, Ezequiel, Daniel y más tarde Pedro, Santiago y Juan experimentaron este temor divino. Ante su Dios, María sólo conoce su miseria y su indignidad. Eso es todo lo que sabe de ella, como dirá en el Magníficat. Solo el Señor conoce y aprecia la piedad de María. Pero el ángel añade:

*Entonces el ángel le dijo: —María, no tengas miedo...*

Por primera vez, el visitante celestial pronunció su nombre. María ahora sabe que no hay error. No hay duda posible, el ángel no se equivocó de dirección, realmente se trataba de ella. Cosa maravillosa, bien digna de disipar sus temores, su nombre es conocido en los cielos, como lo fueron el de Abraham, a quien Dios distinguió de entre los paganos para hacerlo padre de todos los creyentes; el de David, a quien Dios tomó de entre los rebaños para hacerle un rey conforme a su corazón en Israel; el de Noé, el de Job y de tantos otros, como lo son hoy los nombres de todos los pecadores, cuyo arrepentimiento y fe alegran a los ángeles de Dios. ¿Es conocido tu nombre en el cielo?

*... porque Dios te ha concedido su gracia.*

Si María halló gracia ante Dios fue porque no era amiga del mundo; como

Noé en tiempos del diluvio, como Job en su época, María era justa, íntegra, temerosa de Dios y apartada del mal. Si Dios dispersa a los orgullosos, si resiste a los soberbios, da gracia a los humildes (Santiago 4:6). Como nos revela el Magníficat, la fe de María era viva y personal. Sumisa a la ley de su Dios, esta joven judía iba a desposarse con un hijo de David. No buscando cosas elevadas, sino asociándose con cosas humildes, se convertiría en la esposa de un carpintero. Prometida, permaneció pura y casta. Misericordiosa, pensando en los hambrientos, en los pequeños de la tierra, María se alimentaba de la Palabra de Dios y vivía en la oración. Su cántico no es más que una sucesión de citas bíblicas que brotan de su corazón como el agua de un manantial claro.

*Vas a quedar embarazada y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús.*

María está aprendiendo lo que significa encontrar el favor de Dios. El significado del saludo que la inquietaba, de pronto se ilumina de forma deslumbrante. María se convertirá en la madre del gran libertador anunciado por los profetas, y cuyo nombre será Jesús, el único nombre dado entre los hombres, por quien podemos ser salvados (Hechos 4:12). Y el ángel describe lo que será este hijo:

*Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob eternamente y su Reino no tendrá fin.*

Estas palabras no son extrañas a María. Las conoce, son textos de la Escritura de la que ella se ha alimentado. Pero en los labios del ángel estas palabras se encienden con una nueva luz. María entiende que, para cumplir sus grandes promesas, Dios la usará a ella. Esta es la gracia que le ha sido dada, «la mayor gracia» que la distingue entre todas las mujeres. Todas las declaraciones del ángel acerca del Mesías esperado, María las puede controlar sin dificultad. Su corazón, lleno de la Escritura, responde como un eco a cada texto citado. Su fe, que creía en la letra de la Palabra, ahora debe creer que la Escritura se cumplirá en ella y a través de ella. Entonces ella es la mujer cuya posteridad iba a aplastar la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15). Ella es, por tanto, la virgen sin nombre de Isaías, que dará a luz a Emanuel (Isaías 7:14).

*Entonces María preguntó al ángel: —¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre.*

¡María creyó! No duda de las palabras del ángel, pero necesita una explicación. Se ha querido ver en esta pregunta la prueba manifiesta de su deseo de permanecer perpetuamente virgen. María, por tanto, habría hecho voto de no conocer a un hombre, es decir, de no consumir su matrimonio, porque, dicen, sería absurdo que una joven que pretendiera pertenecer a un día a su marido,

le preguntara cómo podía tener un hijo. Pero ¿por qué querer forzar los textos y hacerles decir lo que no enseñan con claridad? María entiende que las palabras del ángel deben tener un cumplimiento inmediato. En el momento de la anunciación, comprometida con José, María aún no vivía con él. Virgen, ella se encuentra verdaderamente en la condición anunciada por Isaías, la única que puede ser considerada madre del Salvador. Porque la concepción y venida al mundo de Emanuel debía ser una señal, es decir, un milagro del Señor. Estaba claro que la virgen anunciada por el profeta no debía concebir como el resto de las mujeres. Sin embargo, la escritura no había revelado el misterio de tal concepción. ¿Cómo ser madre sin la intervención de un hombre? Esta, al parecer, es la pregunta que preocupa a María y a la que el ángel responderá:

*—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que va a nacer de ti será llamado Hijo de Dios.*

Ante los asombrados ojos de María se levanta una esquina del velo. Comprende que la promesa que le fue hecha será cumplida en ella por una creación ajena al orden de la naturaleza. Su hijo no nacerá como nosotros, de la mezcla de sangre, ni de un instinto carnal, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. En su ser, ofrecido como un sacrificio vivo y santo, Dios iba, por la operación de su Espíritu, a formar un cuerpo para su Hijo. Aquí estamos en terreno sagrado, donde es más sabio callar y adorar que querer dar explicaciones. Explicaciones que sólo mancillarían la pureza de la encarnación, del gran misterio de la piedad: *Dios manifestado en carne* (1 Timoteo 3:16). Concebido del Espíritu Santo, nacido de la virgen María, Jesús será sin pecado, pero participará de nuestra naturaleza que, después de la caída, sufrió las consecuencias del pecado. Así, tendrá hambre y sed, conocerá el cansancio, el sufrimiento y la muerte. Será un hombre entre nosotros, pero será santo. *Por causa del pecado —dijo Pablo— envió [Dios] a su Hijo en condición semejante a la de los pecadores...* (Romanos 8:3b).

Quizá sea útil trazar aquí un paralelo entre María y Eva, la primera doncella, la primera virgen. Creada por Dios para ayudar al hombre, la primera mujer fue tomada del hombre. Situada en un lugar de deleite y encanto, Dios desposa a Eva con el primer rey de la creación, para ser un día una sola carne con él. Durante su compromiso, Eva fue visitada por la serpiente (Génesis 3). Si Gabriel tomó una forma humana para aparecerse a María, el diablo toma la forma de un animal. Uno vino de lo alto, el otro de abajo. Sin ningún saludo el seductor se dirige a la mujer y mientras se encuentra ante quien goza del favor de Dios, ante la inmaculada llena de gracia, ante la reina de la creación, mediadora con Adán de todo tipo de gracia sobre todas las cosas, la serpiente hace creer a Eva que Dios la priva de la gracia.

Sembrando la duda en la mente de Eva, despierta en su corazón la inquietud que provoca la codicia. Y mientras Satanás calumnia al Dios vivo, Eva ya no controla las palabras de la serpiente, cree lo que se opone a lo que conoce de la Palabra de Dios. Su voluntad cede, Eva consume el acto que la destruirá y hundirá a todos los que desciendan de ella en la miseria y el pecado. Para traer el pecado al mundo, Satanás encendió la codicia de la primera mujer. Por haberse dejado envolver por la sombra del diablo Eva concibió de Satanás, dando a luz el pecado que lleva a la muerte. Arrastró a su marido a la desobediencia y el fruto de su vientre fue Caín, el asesino, el hombre que quita la vida, que introduce la muerte en este mundo. De ahora en adelante, fuera del Edén, los descendientes de la primera pareja pecadora nacerán en una creación sujeta a la vanidad, en un ámbito dominado por la rebelión, el desorden, el sufrimiento, las penas, el luto, la muerte y la corrupción. Es en un mundo así en el que nacerá María, la esposa de José, hijo de David, cuyo árbol genealógico contiene los nombres de cuatro pecadoras: Tamar la incestuosa (Génesis 6), Rahab la ramera (Josué 2 y 6), Rut la extranjera (Rut) y Betsabé la adúltera (2 Samuel 11).

Nacida de la carne, la naturaleza de María no era diferente de la de las otras mujeres. Sin embargo, el pecado no está principalmente en la naturaleza física que Dios nos ha dado, sino en nuestro libre albedrío que resiste a Dios y corrompe todo nuestro ser. Entonces, sin la intervención de Dios, todos estamos perdidos. La piadosa María lo sabe mejor que cualquiera. Por eso busca al Señor con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente. Nacida, como ella misma reconoce, en la debilidad de una naturaleza caída, María esperó en Dios, confió en su misericordia y vivió en su temor, creyendo en sus promesas. Y ese cuerpo que su voluntad podría haber usado para satisfacer sus deseos, lo conservó puro por la gracia de Dios en vista de su matrimonio con un hombre temeroso del Señor.

Así, durante el tiempo de su compromiso, María fue visitada. Como un lirio entre las espinas que crecen fuera del paraíso, Dios distinguió en Nazaret una flor que se llamaba María. Esa flor daría un fruto, mientras que Eva robó un fruto. Y el fruto de María no causaría la muerte, sino que impartiría vida. María se lo ofrecería a José para que comiera y una multitud después de él disfrutaría de su sabor. Mejor que Eva, María podría llevar el nombre de madre de todos los vivientes, porque Eva es madre de los que mueren, mientras que en cierto sentido María es madre de todos los que viven, como Abraham es padre de todos los que creen.

.....

Después de revelar a María el secreto de Dios sobre la concepción del Hijo prometido, el ángel le da una señal que ella no pide:

*También tu parienta Elisabet, a la que llamaban estéril, va a tener un hijo en su ancianidad, y ya está de seis meses.*

Así se complace Dios en fortalecer la fe de los que le creen. La fecundidad de Elisabet, la que llamaban estéril, le recordará a María, una vez sola, que no fue juguete de un sueño. Sí, su parienta conocerá en su vejez la alegría de ser madre, porque, añade el ángel:

*Para Dios no hay nada imposible.*

Estas últimas palabras cayeron en el corazón de María como lluvia sobre la hierba verde. Dios, siempre el mismo en su amor y poder, renovó para Zacarías y su esposa lo que antes había hecho para Abraham y Sara. No hay nada imposible para Dios. Al igual que Job, María ahora sabe que Dios todo lo puede y que nada se interpone en el camino de sus pensamientos. La fe ha penetrado en su conocimiento de la razón. Todo se vuelve más claro y armonioso. Como Jeremías entiende que para Dios nada es imposible. La certeza de la Palabra invade su corazón y trae a sus labios la respuesta que todo el cielo esperaba: *muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz, porque tu voz es dulce y hermosa tu figura* —repite el amado en el libro de los Cantares (2:14b). ¿Qué hará María? ¿Cuál será su respuesta?

*Entonces María dijo: —Yo soy la sierva del Señor. Hágase en mí lo que has dicho. Y el ángel se fue de su presencia.*

En estas palabras María revela su alma. Ni aplastada ni exaltada por su misión sobrehumana, simplemente se inclina y adora. De todo corazón se somete a la voluntad de su Dios, creyendo que lo que él ha prometido es poderoso para hacerlo. Ya no se pertenece a sí misma. Sobre la sierva del Señor, jardín amurallado, manantial cerrado, fuente sellada, los cielos se inclinan. El ángel se apartó de María, pero en su jardín entró el Amado. El Verbo se había encarnado. Pronto nacerá, crecerá, enseñará y, luego, morirá por nosotros.

Ya en la anunciación, que nos permite descubrir la pureza, la humildad y la sumisión de María, la sierva del Señor está ahí para hacernos ver que hay alguien más grande que ella: el Hijo de Dios que, por misericordia, se hace carne para salvar nuestras almas.

---

1 ► El orden de las frases varía según la traducción a cada idioma. Por esta causa la construcción de las frases en español difiere del francés original. Por dicho motivo, y para no alterar la secuencia del texto del libro, la mención a las citas bíblicas no está en el mismo orden en que aparece en el Evangelio de Lucas (RV2020). Sin embargo el sentido final permanece inalterable.

*María creyó las palabras del ángel y por la fe concibió y fue escogida para que, por su medio, naciera entre los hombres nuestro Salvador.*

Agustín de Hipona

## La visita a Elisabet

El primer capítulo nos permitió conocer más íntimamente a María, la madre bendita de nuestro Señor. Qué lecciones de pureza, humildad, confianza, fe, obediencia, abnegación y amor absoluto hemos encontrado ya en aquella que el Espíritu Santo proclama por boca de Elisabet: *bendita tú entre las mujeres* (Lucas 2:42a). ¿Cómo no pensar en la mujer virtuosa de Proverbios, o en el lirio entre espinos del Cantar de los Cantares?

Una joven de Nazaret recibe la visita de un ángel. Este entró en su casa, habló con ella y luego la dejó. María no solo vio a un ser celestial, sino que en su humilde hogar escuchó su mensaje y aceptó la nueva vida que él le ofrecía.

Muchas personas hoy en día quisieran ver un ángel y se sentirían muy honradas si un mensajero del cielo viniera a verlas. ¡Pobres de ellos! Olvidan quizás que las almas que conocen las primicias de una vida celestial en este mundo, son aquellas que buscan sobre todo las cosas de lo alto para hacerlas objeto de sus afectos. Dios se acerca en gracia a los que humildemente acuden a él y responden a sus infinitas misericordias, ofreciendo sus cuerpos *como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios* (Romanos 12:1b). El alma que se niega a conformarse a las costumbres de este mundo y que encuentra sus posibilidades, no en los medios y métodos del mundo, sino en los recursos que ofrece la vida del Espíritu, siempre puede esperar conocer toques especiales de la gracia divina.

Las intervenciones sobrenaturales están reservadas para aquellos de quienes el enviado celestial puede decir: *El Señor está contigo*. Allí donde haya un corazón verdaderamente deseoso de agradar a Dios, el Señor está listo para manifestar su presencia. Para aquellos que verdaderamente le pertenecen y le sirven, siempre es posible ser visitados o rescatados por un ángel de Dios. Sin embargo, debe recordarse que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz y que los espíritus malignos, que aún reinan en los lugares celestiales, buscan engañar incluso a los elegidos. De hecho, vimos en nuestro capítulo anterior que Eva, la primera esposa, la primera virgen inmaculada y llena de gracia, fue visitada en el momento de su noviazgo por un ser sobrenatural.

Seducida por la astucia de la serpiente, Eva cometió el error de escuchar las palabras que ofendían a su Creador. ¿No estaba insinuando Satanás que Dios estaba privando a su criatura de algo? ¿No le sugirió que bastaba liberarse del

mandato divino para ser como los dioses, sabiendo el bien y el mal? Las afirmaciones de la serpiente se oponían a las palabras que Adán había recibido de Dios, observación que debería haber bastado para apartar a su mujer del seductor y desenmascarar su diabólico plan. Sin embargo Eva escuchó esta voz ajena que, en todo momento, buscaba socavar la autoridad de la Palabra de Dios, poner al hombre por delante, darle protagonismo para hacerle olvidar a Dios. El ángel caído, la Serpiente Antigua, quería hacer caer al hombre a tierra. Eva se dejó cubrir por la sombra de Satanás. Despertada a la codicia, esta codicia iba a concebir y dar a luz el pecado en la carne que, a su vez, daría a luz esta vana manera de vivir, a este viejo hombre incapaz de agradar a Dios, y que no muere en nosotros mas que en la muerte de Cristo en la cruz.

María, a diferencia de Eva, examinó en su corazón lo que le dijo el ángel Gabriel. Nada de lo que le dijo estaba en oposición a su conocimiento de las Escrituras. El ángel no le reveló ninguna verdad nueva. Se limitó a recordarle los textos de la Palabra de Dios anunciando la venida del Mesías. Que una virgen concebiría, María lo podía saber leyendo al profeta Isaías. ¿Acaso no estaba esperando a este libertador que iba a nacer? Este Hijo del Altísimo que sería grande y se sentaría en el trono de David su padre, este rey cuyo reinado no tendría fin, ¿no era él el objeto de su esperanza? Todas estas verdades eran conocidas por María. Formaban parte de las promesas de Dios contenidas en la Palabra que, como el salmista, la joven atesoró en su corazón para no pecar contra Dios. Sin embargo, lo nuevo y sobrecogedor para María, lo que le provocó esta profunda turbación, fue saber por boca del ángel que todas estas maravillas se referían a ella personalmente y se iban a realizar en ella; que la Palabra en la que creía iba a quedar impresa, a encarnarse en su carne mortal, a hacerse realidad en su vida, en su cuerpo, en su sensibilidad.

Antes de seguir adelante y considerar la enseñanza que podemos obtener del encuentro de María y Elisabet, y luego del Magnificat<sup>1</sup>, detengámonos unos instantes más para comprender mejor los sentimientos que agitaron el corazón de María después de la visita del ángel. Reconsideremos con ella, en nuestro corazón, todas las cosas que el mensajero celestial acaba de anunciarle.

Hay silencios en la Sagrada Escritura que hablan con tanta elocuencia como la palabra escrita. Esta enseñanza escondida se revela a quien medita y deja que Dios prolongue por su Espíritu las líneas de su Palabra en su corazón. Todo apego a la palabra debe ir acompañado y seguido de una iluminación del Espíritu. María acaba de comprender que ella es la elegida por Dios. La Palabra se hace para ella viva y operante, más penetrante que una espada de dos filos. Su fe en la Escritura va a ser recompensada. Lo que dice la Palabra sobre el invisible es realidad. Hasta este momento María creía sin ver. Ahora verá el cumplimiento de



lo anunciado por el Señor. María accede a servir a los benevolentes designios de Dios para la salvación del mundo. Pero esta aceptación no la deja inalterada. El hijo que espera se hará presente en ella. ¿Qué dirá José, que pensará el mundo, cuando el cuerpo de María traicione su secreto?

Temiendo a Dios, apartándose del mal, observando la ley, María conservó su cuerpo en castidad. Prometida con José, un hombre justo y piadoso, María, como toda joven, tenía proyectos, elaboraba planes para su vida, y de repente el cielo le reveló los planes de Dios para ella. Dios la necesitaba. María debía pertenecerle a él antes de pertenecerse a sí misma o a José. Sucede lo mismo con todos aquellos a quienes Dios llama a él. El alma que hoy quisiera ser visitada por un ángel, debe saber que hay un precio a pagar, y que tal aparición no se nos concede para satisfacer nuestra curiosidad o darnos importancia. Cualquiera que sea su manifestación, la gracia de Dios nunca nos visita para cumplir nuestros deseos egoístas, sino siempre para glorificarle a él, para hacernos útiles a los demás y para obrar nuestra santificación personal. Cuando la llamada de Dios resuena, debe encontrarnos dispuestos a perderlo todo: proyectos agradables, deseos personales, reputación, estima de nuestros amigos, confianza de nuestros seres queridos. A menudo hacemos planes para nuestro futuro pidiéndole a Dios que ilumine nuestros caminos y bendiga nuestros esfuerzos. Pero, ¿estamos seguros de estar en los caminos del Señor? ¿Le hemos dejado revelarnos su voluntad para nosotros? María estaba comprometida con José y eso estaba muy bien pero, en el consejo de Dios, María fue escogida para traer al Salvador al mundo.

Saulo de Tarso persiguió a los cristianos y pensó que servía a Dios, hasta el día en que supo que Dios lo había apartado desde el vientre de su madre, para llevar el nombre de Jesús ante las naciones, ante los reyes y ante los hijos de Israel. ¿Qué pasa con nosotros? Mucho sufrimiento acompañará siempre a aquellos a quienes Dios así escoge y a quienes concede tan gran favor. Tal llamamiento está más allá de la comprensión humana. Por eso María bien podía preguntarle al ángel: *¿Cómo será posible eso? Yo nunca he tenido relaciones conyugales con ningún hombre.* Más tarde Nicodemo hizo a Jesús una pregunta similar sobre el nuevo nacimiento: *¿Cómo puede hacerse eso?* (Juan 3:9).

Así como la encarnación, el nuevo nacimiento no puede ser obra de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre. Es la obra de Dios obrada por su Espíritu. El niño nacido de María sería, pues, santo, mientras que todos los nacidos de mujer son pecadores. Así mismo solo lo que nace del Espíritu es espíritu. Sí, María creyó que no había nada imposible para Dios. Desde Abraham toda la historia de su pueblo está presente para confirmar que el Dios de Israel es el Dios de los milagros, y que nada puede oponerse a sus pensamientos.

La imposibilidad nunca está al lado de Dios, a su lado siempre hay un camino

abierto. La imposibilidad y los obstáculos están del lado del hombre. Si María mira a Dios todo irá bien, pero si se mira a ella misma o a los hombres, dudará y retrocederá. Se juzgará indigna del honor que Dios le concede. La visita del ángel no le hizo olvidar su insuficiencia y su humilde condición. Su pobreza, su modesta condición, su juventud, su inexperiencia ante la vida y tantas otras consideraciones razonables podían detenerla. ¿Será su compromiso con José un gran obstáculo? Efectivamente, ¿qué dirá el prometido de María? La angustia bien puede apoderarse de su corazón, porque la visita del ángel le trajo no sólo una promesa de vida, sino también una sentencia de muerte.

Casta y pura, María, sin embargo, tiene los pies sobre la tierra. El ángel le dijo: *Vas a quedar embarazada*. María sabe que no siempre podrá guardar su secreto. Si no habla será cuestionada. ¿Quién creerá entonces que está embarazada del Espíritu Santo? María no desconoce la ley: la novia que se encuentre encinta por obra de otro será apedreada. Si no se la cree, si se le aplica la ley, María morirá en vergüenza y deshonor. María conocía a José. Este era un hombre justo y temeroso de Dios. Si estuviera convencido de la culpabilidad de María, no la perdonaría. Así que, su aceptación la llevaba a la muerte. Su reputación quedaría empañada para siempre. Aquella que se mantuvo pura con miras al matrimonio será llamada madre soltera, será la sospechosa. ¿De qué sirve entonces la piedad? ¿Quién querrá creerla? Si María lo considera desde un punto de vista humano está perdida. Una fe inmensa debe apoderarse de su corazón para que pueda renunciar a la reputación que le dan su virtud, su humildad, su gracia, su fidelidad. Debe aceptar perder la estima de sus hermanos y la confianza de sus amigos. Todas estas ventajas en la carne deben ser estimadas por la hija de David como basura, para ganar a Cristo y ser hallada en él, no con su *propia justicia, que se basa en la ley, sino la que se adquiere por medio de la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe* (Filipenses 3:9).

María creyó, y se aferró a las palabras de su Dios, más que a los deseos de su propio corazón. Aceptó el riesgo de la fe. En ella el sacrificio ya había sido consumado. Por aquel al que ella amaba, María estaba dispuesta a morir. Entonces la obra de Dios comienza en la virgen. En el abrazo de un amor inefable, María concibe del Espíritu Santo y su ser, que ella ha mantenido puro, se convierte en el vaso del que Dios se sirve para formar en él el cuerpo de su Hijo, el Santo de Dios. Él estará en ella y, a la hora señalada, María dará a luz al Salvador, al Hijo de Dios. Para que la obra de Dios se realizara en María era necesario que ella diera su consentimiento. Es así con toda alma que Dios llama a la vida eterna. Para que Cristo sea recibido y formado en nosotros, para que recibamos la vida eterna, es necesaria una decisión nuestra, una aceptación, una respuesta clara y precisa al llamamiento de Dios.

---

## La visitación

---

*En aquellos días María se puso en camino y se dirigió apresuradamente a una ciudad de la región montañosa de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Y sucedió que cuando Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó a gran voz: —Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Tan pronto como llegó la voz de tu saludo a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, porque has creído que el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho! (Lucas 1:39-45).*

Tan pronto como María hubo aceptado que la obra maravillosa de Dios se realizara en ella, emprendió el camino que la llevaría a aquella a quien Dios había visitado en su vejez. María no se queda sola, sino que siente la necesidad de acudir sin demora a la única persona que realmente puede comprenderla, Elisabet, su parienta. Sucede lo mismo cada vez que un alma nace a una nueva vida. No puede quedarse retraída en sí misma, sino que busca una casa, un hogar espiritual donde ser acogida y comprendida, donde poder dar sus primeros pasos y realizar un primer servicio, lejos de los ojos del mundo.

*En aquellos días María se puso en camino y se dirigió apresuradamente a una ciudad de la región montañosa de Judá.*

Vemos a esta joven de Nazaret, con su secreto en el corazón, caminando apresuradamente hacia las montañas donde una pareja de ancianos espera el cumplimiento de una promesa. La incredulidad de Zacarías, que no creyó en las palabras del ángel, no impedirá su cumplimiento, pero Zacarías no podrá alabar a Dios en la espera. Permanecerá mudo hasta el nacimiento de su hijo. Todavía hoy la incredulidad de los fieles les impide alabar a Dios, pero no puede impedir la realización de sus designios. Nuestra falta de fe no puede desviar a Dios de sus planes, sino que nos priva de glorificarlo y de manifestar nuestro gozo en espera de la liberación.

*Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet.*

Dos mujeres se encuentran en la casa del enmudecido sacerdote. Una está en la aurora de la vida, la otra en el ocaso de su existencia. No es porque estén emparentadas según la carne por lo que Elisabet y María se encuentran, sino porque ambas han sido visitadas por Dios. El motivo de su encuentro es el gran acontecimiento que están esperando. Y porque María creyó en la promesa, Jesús, a quien ella espera, ya está presente en ella. Allí donde las almas redimidas por el Señor sienten la necesidad de encontrarse a sí mismas porque pertenecen a

Cristo, allí aparece también la Iglesia. En esta reunión de dos o tres que creen en la promesa y que esperan en su nombre, se hace sentir en el corazón la presencia invisible de Jesús.

*Y sucedió que cuando Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Elisabet, (fue) llena del Espíritu Santo.*

Basta el simple saludo de María para que Elisabet sienta la presencia del Señor en su intimidad. Habría mucho que decir sobre cómo Elisabet recibió a María. No la recibió como a una intrusa, como a una extraña sospechosa que primero debía ser examinada, ni siquiera como a un pariente según la carne. Esta mujer anciana y respetable acoge a la joven e insignificante María como la madre de su Señor, como la que lleva en sí la vida de Dios. Este es el vínculo que unía a Elisabet con María. Ni la edad, ni los gustos, ni las palabras, ni los pensamientos, ni los actos de María influyen en la acogida que le reserva su pariente. Llena del Espíritu Santo, Elisabet exclamó:

*—Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Tan pronto como llegó la voz de tu saludo a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.*

María es bendita a los ojos de Elisabet, no porque sea una mujer extraordinaria, sino porque el fruto de su cuerpo es bendito. Elisabet tenía discernimiento espiritual. El Espíritu Santo la llenó y la iluminó y así reconoció en María los signos de la presencia divina. No fue María quien sobresaltó al hijo de Elisabet. Fue Jesús en María, pues desde que ésta aceptó ver realizado en ella el beneplácito de Dios, comenzó la identificación con Cristo. Ya no es ella quien vive, sino él quien vive en ella.

Una acogida semejante a la que recibió María en casa de Zacarías, es la que las almas recién nacidas a la vida divina deberían recibir en nuestras comunidades por los que fueron acogidos antes que ellas. Esas almas deben encontrar entre nosotros personas llenas del Espíritu Santo y que hablen por el Espíritu. El contacto de María y Elisabet es el verdadero contacto cristiano, un contacto entrañable, un contacto de vida. Hoy se habla mucho sobre establecer relaciones entre cristianos. Así, buscamos crear vínculos entre personas que reclaman tener el mismo Señor a través de contactos teológicos donde cada uno expone el fruto de su investigación y de su ciencia religiosa, pero permanece firmemente apegado a sus posiciones. Están también los contactos eclesiales, donde a través del culto común se busca suscitar en los corazones las mismas emociones, los mismos sentimientos, los mismos gustos, pensando así en acercar a las almas verdaderamente piadosas. Están también los contactos creados con miras a la evangelización, encuentros donde los cristianos no sólo están llamados a escu-

char la misma liturgia o cantar los mismos cánticos, sino a confesar juntos —y por los hechos— su fe a los ojos de el mundo.

Todo esto es útil y necesario. Pero debemos recordar que no es porque tengamos los mismos puntos de vista sobre todas las cosas por lo que estamos unidos en Cristo. Del mismo modo, no es porque compartamos los mismos gustos sobre una forma de adoración o porque vibremos de la misma manera al escuchar las mismas palabras por lo que estamos unidos en Jesús. Finalmente, no es porque trabajemos juntos en el servicio del mismo Maestro por lo que estamos unidos en Dios, sino porque tenemos en nosotros la misma vida, la vida del Padre y del Hijo. Es esta vida la que hizo saltar a Juan el Bautista en el seno de su madre; esta vida que él, como precursor, iba a anunciar para que creciera en todos, mientras él disminuía. Nuestro vínculo con las almas, por tanto, no proviene de un contacto intelectual, sentimental o práctico, sino de Jesucristo, presente en nuestras vidas a través de su Palabra y de su Espíritu. Si todos santificamos a Cristo en nuestro corazón, no tendremos dificultad para entrar en contacto con nuestros hermanos, y nuestros encuentros se convertirán para nosotros en un privilegio divino, una ocasión de profunda edificación y un estímulo para nuestra fe.

*¡Dichosa tú, porque has creído que el Señor cumplirá las promesas que te ha hecho!*

Elisabet termina sus palabras de bienvenida con un testimonio de la fe de María. María es bienaventurada por su fe en la promesa de Dios y no por las gracias sobrenaturales que pudiera haber recibido antes de su nacimiento. Aquella que había visto el poder y la gracia de Dios manifestados en la esterilidad de su naturaleza y la misericordia del Señor brotada en su avanzada edad, estaba capacitada para fortalecer la fe de su joven parienta.

También, en la comunión con la que esperaba en Dios y le confirmaba por el Espíritu Santo que las grandes cosas prometidas por el ángel estaban a punto de realizarse, María ve su corazón desbordado y prorrumpe en alabanza. Todavía hoy la comunión de los santos, el encuentro de las almas en las que habita la esperanza de la gloria, hace brotar de lo más profundo de nuestro ser un canto de amor que exalta la fuente de toda felicidad, el Todopoderoso que ha hecho grandes cosas por nosotros.

---

### El Magnificat

---

*Entonces María respondió: —Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva. Desde ahora me llamarán dichosa por todas las generaciones; porque el*

*Poderoso me ha hecho grandes cosas. ¡Santo es su nombre y su misericordia permanece de generación en generación para los que le temen! Hizo proezas con su brazo. A los engreídos les desbarató el pensamiento de sus corazones. Derribó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió con las manos vacías. Socorrió a Israel, su siervo, y se acordó de su misericordia, de la cual habló con nuestros padres, con Abraham y con toda su descendencia para siempre (Lucas 1:46-55).*

No nos extenderemos mucho en las maravillosas palabras del Magnificat, en la respuesta de María a Elisabet. Toda alma en la que Dios ha comenzado su obra, toda persona a la que se le ha concedido gratuitamente, en relación con Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él, puede decir mediante su persona y su propia vida lo que proclama el cántico de María. Pero para que la criatura sea llevada a dar gloria a Dios y regocijarse en él, debe haber sido objeto de una intervención divina. Abandonado a sus propios recursos, el hombre no puede dar gloria a nadie más que a sí mismo. Solo la revelación de la grandeza de Dios, por un lado, y el conocimiento de nuestra propia miseria, por otro, pueden conducirnos a la adoración liberadora.

Para engrandecer al Señor, regocijarnos en Dios y llamarlo nuestro Salvador, no basta con creer simplemente en su existencia. Hay que conocer el corazón del Padre y amar a Dios por encima de todo. Debemos reconocer su soberanía absoluta y su derecho sobre nuestra vida. Debemos haber sondeado el abismo de nuestra decadencia y conocido el amor de Dios que nada condiciona, su bondad que se manifiesta no importa el estado en que nos encontremos, cualquiera que sea nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro. Solo el conocimiento de un Dios misericordioso es una fuente constante de alegría para el espíritu cristiano. El cántico de María es, por tanto, el cántico de los redimidos, de los que ahora pertenecen enteramente, en espíritu, alma y cuerpo a Dios eterno: Padre, Hijo y Espíritu Santo. María, habiendo entregado su cuerpo al Espíritu Santo, abandona su alma al reino del Señor, mientras que su espíritu ya no encuentra alegría sino en Dios su Salvador. Desde que el poder del Altísimo la cubrió con su sombra, María está absorta en Dios. El Dios que ella conoce no es una fuerza anónima, una idea vaga o un destino despiadado, sino el Dios personal y vivo que tiene corazón, ojos, brazo fuerte, todopoderoso. Y si María habla de sí misma por un momento, es para humillarse y reconocer su condición de inferioridad para hablar mejor de él, para hacer más tangible la gracia de la que es objeto. Sabe que Dios no rechaza su debilidad, que al contrario se dispone a manifestar su poder en su debilidad de tal manera que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, porque ha hallado plenamente suficiente la gracia de su Dios. Así, a lo largo de los siglos, todos podrán conocer la fuente de su alegría, el secreto de

su bienaventuranza que puede convertirse en la bienaventuranza de quien crea en el evangelio de la gloria de Dios bendito.

Olvidándose de sí misma, María se eleva a las alturas más puras y puede celebrar a Dios por todo lo que es, por todo lo que ha hecho, por lo que hace y lo que hará. María tiene algo que decir sobre la santidad del nombre de Dios, sobre su infinita misericordia hacia los que le temen. Puede hablar de la fuerza de su brazo, de la ayuda que da a los humildes, de los bienes con que sacia a los hambrientos y necesitados, mientras en su justicia despidió vacíos a los ricos y dispersa a los que guardan en su corazón pensamientos orgullosos. Finalmente, puede recordar la eficaz ayuda de la que Israel fue objeto por parte de Dios, y proclamar que las promesas hechas a los padres a través de Abraham y a su posteridad se cumplirán un día plenamente. En el Magnificat María, la sierva del Señor, que había esperado de antemano en Cristo, sirve enteramente *para alabanza de la gloria de su gracia* (Efesios 1:6).

Al final de este segundo capítulo, ¿comprendemos el sentido profundo de la auténtica y maravillosa historia de la virgen madre? Entre otras aplicaciones, la gran verdad que ilustra admirablemente la vida de María es esta: cuando Dios quiso manifestarse a los hombres y hacerse visible al mundo para traerle la salvación, tuvo que revestirse de un cuerpo de carne para acercarse a estos seres de carne. El Señor formó este cuerpo en María, que se entregó a él sin reservas. Por ella, Dios pudo encarnarse en Cristo y manifestarse a los hombres, *reconciliando consigo al mundo* (2 Corintios 5:19). Los ojos podían verlo, los oídos podían oírlo y las manos podían tocarlo. Hoy Dios quiere reinar en las personas, no solo en la parte invisible de sus seres. Quiere reinar sobre el ser humano completo, es decir, someter a su poder nuestro cuerpo —la parte visible y sensible de nuestro ser— para hacer de nuestros miembros *instrumentos de justicia* (Romanos 6:13).

María es un cuadro vivo que ilumina con un reflejo puro toda la enseñanza de Cristo y de los apóstoles sobre el milagro del nuevo nacimiento, sin el cual nadie puede ver el reino de Dios. De hecho todo nuevo nacimiento es un milagro tan grande como la concepción milagrosa, de modo que todos los que niegan el nacimiento virginal tampoco pueden creer en un nacimiento de lo alto para el hombre carnal. Jesús dejó bien claro que el hombre debe nacer de nuevo para entrar en su reino. Asimismo Pablo nos muestra cómo debe formarse Cristo en nosotros, cómo debe crecer y manifestar su vida en nuestra carne mortal. Cristo en nosotros es primero niño, luego adolescente y finalmente hombre adulto.

Lo que sucedió un día en María debe reflejarse espiritualmente en nuestra propia vida. María, llamada por Dios, no se rehusó a sí misma ni rehusó nada a su Dios y Salvador. Entregándose a él de todo corazón, vio a Dios Todopoderoso tomar posesión de todo su ser. Sucede lo mismo hoy cuando se manifiesta la

gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres. Quien acepta esta gracia y responde al amor de Dios guardando sus mandamientos verá cumplida la maravillosa promesa del Señor: *vendremos a él y haremos morada con él* (Juan 14:23). Por María, la salvación que es Jesús, entraría en el mundo. Pero antes tenía que ser formado en ella. *Concebirás*, es obra de Dios en María. *Darás a luz*, es obra de Dios a través de María, para el mundo.

Cuando se recibe la palabra de Dios, el Espíritu Santo fecunda esta semilla incorruptible en nuestro corazón, y da a luz a *Cristo en vosotros [nosotros], la esperanza de gloria* (Colosenses 1:27b). La carne mortal del cristiano se convierte entonces en el terreno para la manifestación de la vida de Jesús, del poder del Espíritu Santo en una vasija de barro. En adelante, el creyente está llamado a revestirse del nuevo hombre, que no es fruto de los esfuerzos de la carne — de una carne que tienda a mejorar—, sino una nueva creación *revestido de la nueva naturaleza, la naturaleza del hombre nuevo, que por el conocimiento se va renovando a imagen del que lo creó* (Colosenses 3:10). El nuevo hombre es manifestado por el Espíritu Santo en la carne que ha sido crucificada con sus pasiones y deseos.

Si anteriormente establecí un paralelo entre Eva y María, podemos, al terminar este capítulo, hacer una conexión entre María y nosotros, entre la virgen madre y el alma redimida. Dios, que quiso salvar a la humanidad enviando a su hijo en los tiempos de María, hoy todavía quiere que se proclame su salvación a las almas perdidas. Aquí, sobre la tierra, él tiene su tiempo, sus medios y sus mensajeros para anunciar la buena nueva. El alma que oye la Palabra del Señor, el alma que busca a Dios, el alma cuya conciencia es despertada por el conocimiento de la ley, el alma que quiere agradar a Dios y se esfuerza por hacerlo, es turbada al principio por el mensaje del evangelio, porque se lo toma como algo personal. De repente se da cuenta de que realmente se trata de él. Se le hace una pregunta específica a la que debe dar una respuesta personal y se le requiere un compromiso.

¿Qué efecto ha tenido la predicación del evangelio en nuestros corazones? ¿Hemos conocido la turbación, el temor que experimenta todo pecador en la presencia de un Dios santo? No hay salvación en nadie más que en Jesucristo, pero esta salvación gratuita es mucho más que solo buenas noticias o solo el perdón de nuestros pecados. La salvación de Dios es alguien que va a nacer en nosotros, a crecer, a ocupar todo el lugar en la medida en que nosotros disminuamos. Esta es la gracia que se nos ofrece: Dios viviendo en nosotros, tener un Salvador que nos procura la salvación.

Si la vida de Jesús no se manifiesta en nuestra carne mortal, todavía estamos sin Cristo y somos ajenos a la vida de Dios. La única vida cristiana es la de Cristo



en nosotros. No hay una vida cristiana para los católicos, otra para los ortodoxos y otras varias para las múltiples divisiones del protestantismo. Dios nos llama a participar de su propia naturaleza; nos invita a una unión íntima con él. Y está esperando nuestra respuesta.

No nos miremos a nosotros mismos, sino a aquel que nos ha mirado, llamándonos a su reino y a su gloria. Como María, entreguemos nuestro corazón a él y dejémoslo actuar: *Yo soy la sierva del Señor. Hágase en mí lo que has dicho.* María aceptó que Cristo fuera formado en ella, para que pudiera ser entregado al mundo. Así se salvó María y así participó en la salvación de los demás. Puede ser lo mismo para nosotros hoy. Dios nos salva para asociarnos a su obra de salvación. Así, los que honran a María no son siempre los que hablan de ella, sino los que imitan su ejemplo y su fe.

---

1 ► El nombre dado a este canto de María (Magnificat) viene del texto del Evangelio de Lucas traducido al latín, que en su primera frase dice: *Magnificat anima mea Dominum...* (Mi alma engrandece al Señor...).

*La fe madura no pide señales y milagros, sino que cree fuertemente.*

Charles Spurgeon

## La sierva del Señor

Dios no da su gloria a otro, ni su honra a los ídolos. Si necesita hombres, si los usa para llevar a cabo sus planes, es un favor que les hace. Así, en su gracia, Dios sabe en su momento elegir un hombre o una mujer, que serán para él vasos escogidos a través de los cuales dará a conocer las riquezas de su gloria en medio de los hombres.

La gloria eterna de María, como la de Israel, es Jesús, el Hijo amado del Padre. De hecho, la vida misma de María nos prohíbe detenernos en ella. Todas las lecciones que nos da nos llevan de nuevo a *Cristo [que] es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación* (Colosenses 1:15). No se puede pensar en María sin pensar en el Hijo de Dios. María existe por él, para él y en él. Del mismo modo, uno no debería poder pensar en un cristiano sin pensar en Cristo. Lo que nos interesa y nos es útil en la vida de un hombre o de una mujer es la medida de Cristo en ellos. Todo lo demás, origen, nacimiento, belleza, riqueza, posición, es secundario en un mundo donde todo es *vanidad y aflicción de espíritu* (Eclesiastés 1:14b).

Aquel en quien mora el amor de Dios no busca la gloria de los hombres, sino que busca la gloria que viene solo de Dios. No busca su voluntad, sino la voluntad de aquel que, por gracia, nos saca de las tinieblas y que, en cualquier momento, puede hacernos volver a ellas. Si nuestra consagración es real, la fidelidad al Señor permanece total, el apego y la devoción a Cristo permanecen completos, incluso cuando ya no se habla de nosotros. Los seres celosos de la gloria de Dios, en vez de buscar su propia gloria saben que son levantados para servir en el consejo de Dios.

Son conscientes de que su carrera puede terminar tan fácilmente a los treinta como a los setenta años. Lo esencial para ellos no es una larga vida, sino el cumplimiento humilde, fiel y gozoso del servicio recibido del Señor. Este fue el caso de Juan el Bautista que pudo decir, refiriéndose a Jesús: *Es necesario que él crezca, y que yo mengüe* (Juan 3:30). Esta frase era parte de su programa. No solo la predicó sino que la vivió. Tan pronto como hubo preparado el camino del Señor, tan pronto como Cristo salió de las sombras para comenzar su ministerio, Dios retiró a Juan el Bautista mediante una muerte violenta.

Del mismo rey David dice la Escritura que después de haber cumplido en su tiempo el propósito de Dios, durmió y se reunió con sus padres. No somos noso-

tros quienes elegimos la hora, el día, el lugar y las circunstancias que nos harán desaparecer del horizonte de los hombres. De esta manera, Dios prueba que la vida de sus siervos tiene sentido sólo en Cristo, sin otra razón de ser que Cristo. El apóstol Pablo, que entendió perfectamente esta verdad dijo: ... *Cristo será engrandecido en mi cuerpo, tanto si vivo como si muero. Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia* (Filipenses 1:20b-21). Más tarde dirá también: *Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, somos del Señor* (Romanos 14:7-8).

Lo que acabo de decir sobre los siervos de Dios en general se aplica también a María, la sierva del Señor. Los Evangelios nos muestran de manera impactante el verdadero lugar que Dios le dio a María, madre de Jesús. En la Sagrada Escritura, se habla sobre todo de María antes del nacimiento de Cristo, en la infancia y adolescencia de Jesús.

Desde que Jesús se hace hombre, y a lo largo de su ministerio, María aparece solo ocasionalmente. Y Jesús parece querer recordar sin cesar el papel exacto de su madre y su lugar en su vida, con las palabras que pronuncia en estas circunstancias. Veamos pues varias de esas circunstancias:

▷ En las bodas de Caná, cuando María le habla a su hijo de la preocupación de sus anfitriones por la falta de vino, Jesús le responde: *—Mujer, ¿qué tiene que ver esto con nosotros? Aún no ha llegado mi hora* (Juan 2:4). María debe comprender que tiene ante sí a su Señor, único juez de lo que él deberá hacer.

▷ Cuando alguien de en medio de la multitud sentada a su alrededor viene a decirle: *—Tu madre y tus hermanos están afuera y quieren verte* (Lucas 8:20). Entonces Jesús responde: ... *mirando a los que estaban sentados a su alrededor dijo: —Estos son mi madre y mis hermanos, porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Marcos 3:34). Por eso es María su madre, porque Dios la escogió, no rehusó la gracia que le fue dada, obedeció e hizo la voluntad de Dios.

▷ Entonces una mujer, levantando su voz en medio de la multitud, clamaba, mientras él hablaba: *—¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!* (Lucas 11:27b). Jesús inmediatamente dijo: *—Dichosos, más bien, quienes oyen la Palabra de Dios y la obedecen* (Lucas 11:28). Así que Jesús no permitió que la atención de la multitud se desviara de él a su madre, como tampoco permitió que su madre le dijera lo que tenía que hacer al comienzo de su ministerio. Sin embargo, Jesús no abandonó a María.

▷ Cuando, desde la cruz, ve a su madre con Juan al pie de su patíbulo, exclama: *—Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: —Ahí tienes a tu ma-*

dre. Desde aquel momento, el discípulo la acogió en su casa. (Juan 19:28-27). También allí, en esta hora suprema, Jesús le da a su madre su verdadero lugar. Jesús va al Padre, va a volver al lugar de donde vino. Su comienzo no estaba en el pesebre y su final no estaría en la cruz. En cuanto a María, su lugar está en la tierra en la compañía de los hombres, del discípulo a quien él amaba.

▷Y cuando, resucitado, Jesús se muestra a sus discípulos durante cuarenta días, ni los Evangelios ni los Hechos de los Apóstoles nos hablan de una visita especial de Jesús a su madre ni de un mensaje particular del resucitado a María. Aparecerá a María Magdalena, luego a las santas mujeres, incluida su madre. Tendrá un mensaje para Pedro que lo negó, pero nada especial para su madre, fiel entre los fieles. Después de la ascensión de Jesús, encontramos a María en la sala donde se reunían los apóstoles, esperando el día de Pentecostés. ¿Qué estaba haciendo? La sierva del Señor perseveraba en la oración con sus hermanos y hermanas. Nadie se dirige a ella. María, junto con sus hermanos, invoca al Señor. María ora con los vivos, entre los vivos y por los vivos. María no ora por los muertos y, sobre todo, nadie ora a ella. Aparte de las citas que acabo de hacer y algunas otras que mencionaré más adelante, ya no se menciona a María ni su nombre en el Nuevo Testamento. Ni Pablo, ni Santiago, ni Pedro, ni Juan, ni Judas la mencionan. Escucha en cambio sus declaraciones:

▷Pablo, hablando de la mediación dice: *Pues hay un solo Dios, y así mismo un solo mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús* (1 Timoteo 2:5).

▷Santiago, hablando de la religión dice: *La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y no contaminarse con la maldad del mundo* (Santiago 1:27).

▷Pedro, hablando de la redención dice: *Si invocáis por Padre a aquel que, sin hacer acepción de personas, juzga a cada uno según sus hechos, comportaos con temor de Dios todo el tiempo que viváis en este mundo. Bien sabéis que fuisteis rescatados de una vida sin sentido, la cual heredasteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. Ya estaba destinado desde antes de la creación del mundo, pero ha sido manifestado en estos últimos tiempos por amor a vosotros. Por medio de él creéis en Dios, quien lo resucitó de los muertos y lo ha glorificado, para que vuestra fe y esperanza estén puestas en Dios* (1 Pedro 1:17-21).

▷Juan, al hablar de la intercesión dice: *Hijitos estas cosas os escribo para*

*que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1 Juan 2:1-2).*

▷ Finalmente Judas, refiriéndose a la fe transmitida a los creyentes, dice: *Amados, yo tenía un gran deseo de escribiros acerca de la salvación que tenemos en común. Pero ahora me veo en la necesidad de escribiros para animaros a que os esforcéis a perseverar en la fe que una vez fue dada a los creyentes. Pues algunos hombres, sin temor ni respeto a Dios, se han infiltrado entre vosotros. Estos hombres, que desde hace mucho tiempo ya habían sido destinados a la condenación, convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios, el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo... Pero vosotros, amados, recordad las palabras que os dijeron los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Ellos os decían: En los últimos tiempos habrá burladores que vivirán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones, y viven según sus propios instintos y no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificaos sobre vuestra santísima fe, orad en el Espíritu Santo, manteneos en el amor de Dios, esperad la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A unos recibid con misericordia, discerniendo a quien recibís. A otros salvadlos por temor arrebatándolos del fuego; pero con mucho cuidado: desechad aun la ropa contaminada por el contacto con su cuerpo. A aquel, pues, que es poderoso para guardaros sin pecado y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén (Judas 3-4, 17-24).*

Todos estos textos fijan la doctrina cristiana y excluyen claramente la posibilidad de una evolución del dogma. También llama la atención que el mismo Juan, el discípulo que acogió a María en su casa, guarde silencio sobre la madre de nuestro Señor. Sé muy bien que algunos quieren ver a María en la mujer que nos presenta el capítulo doce del Apocalipsis, vestida del sol, con la luna bajo los pies y una corona de doce estrellas. Sin embargo, un estudio atento de este capítulo examinado a la luz de la analogía de la fe, nos probaría muy rápidamente que esta mujer no personifica ni a María ni a la Iglesia, sino al pueblo de Israel. Como hemos visto anteriormente, la Escritura nos habla de María antes del nacimiento de Jesús, durante su infancia y adolescencia. Después María se desvanece. Ella ya no vive sino escondida en Cristo, para mostrarlo a él. Es a él a quien ella pone por delante. María permanece a la sombra y sobre todo a la sombra de la cruz, que se cierne sobre toda la vida de su hijo. Esta es para nosotros, entre tantas otras, una de las grandes lecciones que nos da María. Y si seguimos trazando un paralelo

entre la madre del Señor y el alma salvada por la gracia de Dios —el alma que acepta la salvación por la fe, para luego llevarla a los demás— sacaremos aún muchas más lecciones útiles de la vida de María.

---

### La prometida de José

---

Ya he subrayado al comentar la anunciación, la visitación y el Magníficat, cómo Dios quiere reproducir espiritualmente en cada uno de nosotros la obra que hizo en María. Por lo tanto, queda para nuestra edificación considerar lo que le sucedió a María cuando regresó a casa después de pasar tres meses con Elisabet.

El alma que ha acogido y creído la Palabra del Señor, que ha conocido la alegría de la comunión y los arrebatos de la adoración, en la comunidad creada por Cristo, no puede permanecer siempre con aquellos a quienes la gracia ha visitado. Es necesario salir del «país de las montañas», descender de las cumbres puras para volver al hogar, a la casa de uno, donde comenzarán las dificultades, donde se probará la fe. Los lazos celestiales no rompen los lazos terrenales. La vida de Dios en nosotros solo los purifica y santifica.

La llamada de Dios a la santificación no lleva a las almas a separarse del mundo para vivir aisladas, sino a convertirse en posesión de Dios en el mundo, su tesoro particular. No es cuestión de que María no regrese a José o le oculte su condición. De la misma manera, el alma que ha recibido la vida de Dios no puede sustraerse a sus responsabilidades y no confesar el nombre de Jesús entre los suyos. ¿Qué hará José cuando sepa que María está embarazada? Escuchemos cómo describe Mateo estos hechos que, humanamente, podrían haber tenido consecuencias trágicas para María:

*El nacimiento de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba prometida en matrimonio con José, y antes que convivieran se halló que había concebido del Espíritu Santo. José, su marido, como era justo y no quería difamarla, determinó dejarla secretamente. Mientras pensaba él en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: —José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: Una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emanuel (que significa: «Dios con nosotros»). Cuando despertó José, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer (Mateo 1:18-24).*

Al observar el estado de su prometida, José tuvo, a primera vista, dos posibilidades ante él:

▷ Si creía en el testimonio de María y en su versión del misterio de su embarazo, podría tener consigo a su esposa y honrar en ella a la elegida del Señor.

▷ Por el contrario, si todavía tenía dudas acerca de una situación tan extraordinaria, siendo un hombre justo, no podía casarse con María, cayendo entonces la prometida embarazada bajo la ley que pronunciaba la pena de muerte para tal caso. (Deuteronomio, cap. 22, v. 23 y siguientes).

¿Qué pensó José para que se planteara una tercera solución, la que le llevó a querer romper en secreto con María, para no exponerla públicamente a la ignominia y menos todavía a los rigores de la ley? O el testimonio de María no fue suficiente para convencerlo y, ante la duda, prefiere abstenerse, siendo un buen hombre o, si ha creído a su novia, un temor respetuoso se apodera de su corazón. José no se siente capaz de vivir con esta persona en la que Dios está realizando un misterio tan grande. ¿Qué sucedería con María humildemente resignada a la voluntad de Dios? ¿Será abandonada la sierva del Señor en esta prueba? Cuando Dios empieza una obra en un corazón la sigue y la lleva a término. No permite que la incredulidad, la duda o el miedo destruyan su obra o impidan su desarrollo. Dios mismo interviene; un ángel del Señor se le aparece a José en sueños, disipa sus dudas o temores, revelándole personalmente la verdad sobre el niño y comunicándole lo que Dios espera de él.

Tan pronto como se despertó, sin dudarle, José obedece la orden de lo alto y lleva a su esposa a su lado, protegiéndola así de sospechas ofensivas. José, por tanto, comparte la esperanza de María. La salvación ha entrado en su casa. La virgen ya no está sola ahora, a la espera de las maravillas de Dios. Tal liberación es la imagen de todo lo que Dios puede hacer, aún hoy, por las almas de nuestras familias que no creen en nuestro testimonio. Ya no depende de nosotros luchar. Esperamos que el Señor, a su tiempo, revelará su propia gracia y llevará a la obediencia de la fe a los que en nuestros hogares no conocen la verdad.

*Pero no tuvo relaciones conyugales con ella hasta que dio a luz a su hijo primogénito, a quien puso por nombre Jesús (Mateo 1:25).*

En este texto, el evangelio quiere establecer como hecho histórico el origen divino de Jesucristo. Este es el verdadero interés que este pasaje tiene para nosotros. José encontró a María embarazada antes de que vivieran juntos, y fue sin que él hubiera tenido relaciones conyugales que ella dio a luz a Jesús. Así, si no podemos probar por las Escrituras la virginidad perpetua de María, no podemos dudar de que ella era virgen al nacer el Salvador. Esto es lo importante.



¿Qué pasó después entre José y María? Me parece una pérdida de tiempo discutir interminablemente si, después del nacimiento de Jesús, José conoció a su esposa y le dio otros hijos, los que el evangelio llama los hermanos del Señor. Si bien es cierto que el término hermano se usa a veces en la Biblia para designar un grado de parentesco cercano y no necesariamente a los hijos del mismo padre y de la misma madre, nadie puede certificar, sin embargo, que los hermanos de Jesús, de los que nos habla el Nuevo Testamento, eran sólo sus primos.

En Nazaret, donde se había criado Jesús, se decía de él: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros?* (Mateo 13:55-56a). ¿Y no nos dice el apóstol Juan que *ni siquiera sus hermanos creían en él* (Juan 7:5)? ¿Será por eso que, en el momento de morir, Jesús encomienda su madre a Juan y no a sus allegados que todavía son incrédulos?

Podríamos apoyarlo fácilmente apoyándonos en estas palabras del salmo mesiánico: *Extraño he sido para mis hermanos y desconocido para los hijos de mi madre* (Salmo 69:8). Para mí, repito, sea cual sea la opinión que se tenga sobre los hermanos o las hermanas de Jesús, no veo qué puede añadir o quitar a la virtud de María el hecho de haber permanecido virgen o haber tenido hijos después del nacimiento de Cristo. Sin embargo, si nada impide formalmente que José tuviera relaciones conyugales con su esposa después del nacimiento de Jesús, (y así parece indicarlo el texto bíblico)<sup>1</sup>; también se podría comprender muy bien que el esposo de María se planteara en su corazón respetar a aquella cuyo cuerpo había sido el teatro misterioso de tal operación del Espíritu Santo. En cualquier caso, José y María siguen siendo para los novios de todos los tiempos, modelo de fe, amor y pureza.

---

## El nacimiento de Cristo

---

La lectura del segundo capítulo de los evangelios de Lucas y Mateo, nos informa perfectamente sobre las circunstancias que vivió María antes, durante y después del nacimiento de su hijo.

*Aconteció en aquellos días que Augusto César promulgó un edicto disponiendo que todos los habitantes del Imperio romano fueran empadronados. Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. Todos iba a empadronarse a sus respectivas ciudades de origen. También José, que era de la familia de David, subió de la ciudad de Nazaret, en la región de Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para ser empadronado con María, su esposa, que estaba embarazada (Lucas 2:1-5).*

Las cosas maravillosas que esperamos de Dios no siempre resultan como esperamos. María y José viven en Nazaret de Galilea y, sin embargo, según las Escrituras, es en Belén de Judea donde debe nacer el Mesías:

*Pero tú, Belén Efrata, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad (Miqueas 5:2).*

Si María conocía este texto de Miqueas, podría estar preocupada. ¿Debe ella, para cumplir esta profecía, ir sola a Belén a dar a luz en esta ciudad o quedarse en Nazaret, que para ella simplificaría tanto las cosas? No depende de nosotros cumplir las profecías. Solo nos corresponde ser fieles allí donde Dios nos visita y saber esperar de él, en sumisión, la realización de sus designios. A pesar de las apariencias, Dios gobierna el mundo y reina sobre todos los césares. Además, es por un edicto de Augusto, ordenando un censo de toda la tierra, por lo que José y María se encontrarán el día y la hora del parto, en el lugar anunciado por los profetas.

La voluntad de Dios siempre se cumple por su poder y siempre está de acuerdo con la Escritura. Dios no nos pide que hagamos hoy, de manera carnal o porque tenemos tiempo, lo que él espera que hagamos mañana con el poder que él comunicará. Pero mañana, cuando él quiera, nos exigirá una obediencia total a su voluntad claramente revelada. Ninguna circunstancia, ningún trabajo, ningún cansancio debe detenernos. Sujeto a las autoridades y a pesar del estado de María, José irá como todos a su propio pueblo, a fin de empadronarse con la mujer que se comprometió con él.

*Y sucedió que estando allí se cumplió el tiempo de que ella diera a luz. Y tuvo a su primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.*

Así que, henos aquí en Belén. Pero de nuevo las cosas no van a salir como quisiéramos, o como nuestra piadosa imaginación pudiera prever el cumplimiento de algún acontecimiento divino. Todo se hace para desconcertarnos o escandalizarnos. Ni el escenario del nacimiento de Cristo, ni los actores que evolucionan en torno a Jesús parecen corresponder a la dignidad que corresponde al Hijo de Dios. No es en el mesón donde nacerá el Salvador, sino en una cueva oscura que sirve de establo para los animales. Es en un pesebre donde María acostará a su niño y es allí donde los pobres pastores vendrán a buscarlo. En la tierra la presencia de Jesús en nosotros no abre necesariamente todas las puertas. Al contrario, en ciertos lugares no habrá lugar para nosotros aquí abajo, *el mundo no nos conoce, porque no lo ha conocido a él (1 Juan 3:1b)*. Sin embargo sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que son llamados conforme a su propósito (Romanos 8:28). Dios quiere enseñar a los que

ha elegido para cumplir su voluntad que su salvación gratuita debe anunciarse primero a los pobres y a los ignorantes.

---

### Los pastores de Belén

---

*En la misma región había pastores que pasaban la noche en el campo vigilando a sus rebaños. De pronto, se les presentó un ángel del Señor y el resplandor de su gloria los envolvió completamente y quedaron sobrecogidos de temor. Pero el ángel les dijo: —No temáis, porque vengo a traeros una buena noticia, que será causa de gran alegría para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales que alababan a Dios y decían: —¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz entre los hombres que gozan de su buena voluntad! (Lucas 2:8-14).*

Si el mundo no nos recibe, Dios nos capacitará para recibir a los que el mundo desprecia, pero a los que él ama y quiere salvar. Hoy se gastan millones para abrir la puerta de un «mesón» que no es para nosotros, y para financiar una publicidad llamativa destinada a que las multitudes acepten a Jesucristo. En el pasado, José y María aceptaron la oscuridad de un establo para depositar allí el tesoro de su corazón. Entonces se abrió el cielo y, sin intervención alguna de José y María, se hizo un maravilloso anuncio, digno del Hijo de Dios, por un ángel rodeado de un coro celestial. ¡No faltaba nada en el anuncio! El hecho, la fecha, el lugar, todo estaba indicado. Finalmente se les reveló la señal que les llevaría a creer en esta buena noticia y a reconocer al niño del pesebre como el Salvador.

*Sucedió que cuando los ángeles se volvieron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: —Vayamos, pues, hasta Belén y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha dado a conocer. Fueron apresuradamente y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron todo lo que el ángel les había dicho acerca del niño. Todos los que lo oyeron se maravillaron de lo que los pastores les decían, pero María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, pues todo había sucedido tal y como se les había dicho (Lucas 2:15-20).*

Atraídos irresistiblemente por el anuncio celestial, los despreciados, los pastores se apresuran a ir a Belén y encuentran que todo se ajusta a lo que les había sido anunciado. Entonces volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo

que habían visto y oído. Que el que lee entienda, y con María guarde todas estas cosas y las medite en su corazón, encontrando su inspiración en las cosas hechas en el cielo para evangelizar la tierra. Si tenemos la vida de Jesús, si se manifiesta en nuestra carne mortal, nuestro testimonio comenzará entre los pobres, entre los humildes de este mundo. Solo que no dejemos al Salvador desnudo en el pesebre. Como María, envolvámoslo en nuestro amor. Así que, si todavía no podemos mostrar a Cristo en otro lugar que no sea en un establo, experimentaremos que si Jesús es todo para nuestro corazón, aquellos que Dios nos enviará por su poder divino, no verán más el simple establo sino solo la persona del niño divino. En el establo de Belén lo que vieron los pastores fue a un niño pequeño. Pero también contaron todo lo que se les dijo sobre este acontecimiento. Así también hoy, si Cristo nace realmente en nosotros, los humildes de este mundo sabrán ver «al niño pequeño», aunque no tengamos grandes medios para mostrarlo, ni hermosas capillas donde presentarlo.

---

### Los magos de Oriente

---

*Cuando Jesús nació en Belén de Judea, en los días del rey Herodes, llegaron del oriente a Jerusalén unos magos que preguntaban: —¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, pues su estrella hemos visto en el oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Por eso convocó a todos los principales sacerdotes y escribas del pueblo y les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le respondieron: —En Belén de Judea, según escribió el profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guidor, que apacentará a mi pueblo Israel. Entonces Herodes llamó en secreto a los magos para cerciorarse del tiempo exacto en que había aparecido la estrella, y los envió a Belén diciéndoles: —Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño y cuando lo halléis hacédmelo saber para que yo también vaya a adorarlo. Ellos después de oír al rey se fueron. Y la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que al llegar se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de gran alegría y cuando entraron en la casa vieron al niño con María, su madre, se postraron y lo adoraron. Luego abrieron sus tesoros y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Pero como fueron avisados por revelación en sueños de que no volvieran a Jerusalén para informar a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino (Mateo 2:1-12).*

Si la buena noticia ha de ser anunciada a los pobres y a los ignorantes, recordemos que Dios ama también a los ricos y a los sabios. También para ellos llegará

la hora en que, como los magos de Oriente, podrán ver al «niño pequeño» con María su madre y postrarse ante él para rendirle homenaje, poniendo sus tesoros a sus pies. Para encontrar a Cristo su camino será más largo que el de los pastores, y sus dificultades mayores. Su búsqueda del Salvador no estará exenta de problemas. Pero, habiendo partido un día en la dirección correcta, y a pesar de los obstáculos, siempre encontrarán la estrella que los guiará en su noche hacia el mejor tesoro y la mayor alegría. Ellos también recibirán una advertencia divina para que no vuelvan con ciertas personas que serían una trampa para ellos, y sabrán por dónde quiere Dios que caminen para volver a sus ocupaciones.

---

### La huida a Egipto

---

*Después de que partieron, un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: —Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Permanece allí hasta que yo te diga, porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. Entonces él se despertó, tomó de noche al niño y a su madre y se fue a Egipto. Estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi Hijo. Herodes, al verse burlado por los magos, se enojó mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo indicado por los magos. Entonces se cumplió lo declarado por el profeta Jeremías: Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, lloro y gemido: Raquel llora a sus hijos y no quiso ser consolada, porque perecieron (Mateo 2:13-18).*

Hoy, como en los días de Herodes, Dios no se deja vencer por los planes criminales de nuestros adversarios. Él conoce los pensamientos y las intenciones de los corazones y sabe advertir a sus hijos. ¿Qué hará el joven cristiano frente a la oposición, la amenaza y la ira de Satanás? Se dejará guiar por aquel que, desde el cielo, vela por la vida de cada niño pequeño. Irá a donde Dios lo lleve. Por causa de Jesús, José y María tuvieron que ir a Egipto. Por la vida de Cristo en nosotros, Dios todavía puede alejarnos, pero es él también quien, a su tiempo, nos hará volver del exilio. El odio, la persecución, el sufrimiento, todo esto está en el programa del cristiano, y debe suceder para que se cumpla la Escritura.

---

### El regreso a Israel

---

*Pero muerto Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José, en Egipto, y le dijo: —Levántate, toma al niño y a su madre y vete a tierra*

*de Israel, porque han muerto los que procuraban matar al niño. Entonces él se levantó, tomó al niño y a su madre y se fue a tierra de Israel. Pero cuando oyó que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo temor de ir allá. Y avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea y se estableció en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno (Mateo 2:19-23).*

Los hombres pasan, los tiempos cambian, solo Jesús permanece. Tras la muerte de Herodes un ángel interviene de nuevo para llamar a José, al niño y su madre, de regreso a Israel. Pero no a la ciudad de David su padre, sino a Nazaret, la ciudad menospreciada de la que no parecía salir ningún profeta. Educado en esa ciudad, Jesús será llamado nazareno. Allí donde se manifiesta la vida de Jesús todo es guiado por la voluntad divina. El hombre no elige el lugar donde dar testimonio. Fiel, obedece la voluntad revelada de Dios, y no tarda en ver como se cumple la Escritura en su vida.

---

### **El niño perdido y encontrado**

---

*Los padres de Jesús acudían todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús cumplió los doce años, fueron a la fiesta como tenían por costumbre. Concluida la celebración, los padres regresaron, pero Jesús se quedó en Jerusalén sin que ellos lo supieran. José y María, pensando que caminaba entre las personas que formaban la caravana, hicieron una jornada de camino mientras lo buscaban entre los parientes y conocidos, pero no le encontraron. Entonces volvieron a Jerusalén para buscarle. Al cabo de tres días le encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían se asombraban por su inteligencia y sus respuestas. Sus padres se quedaron atónitos al verle y María le dijo: —Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Él les respondió: —¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre? Pero ellos no entendieron su respuesta. Jesús volvió con sus padres a Nazaret y permaneció sujeto a ellos. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante la gente (Lucas 2:41-52).*

Jesús tenía doce años cuando María tuvo que aprender una importante lección, y con ella debemos recordar a menudo su enseñanza en nuestro corazón. Siempre es un gran peligro para nosotros realizar actos religiosos por costumbre.

Cuando se convierten en tradiciones para nosotros, sin darnos cuenta perdemos rápidamente el contacto con Jesús. Absortos en mil ocupaciones, incluso piadosas, no nos damos cuenta de que Jesús ya no está con nosotros. Sin embargo lo creemos allí, formando parte del viaje. Y así podemos caminar un día entero sin sufrir por su ausencia. Pero llega la noche y cuando de repente nos preocupamos por Jesús, él permanece ilocalizable. Los compañeros de viaje, los parientes y los conocidos no nos ayudan a encontrar a aquel que hemos descuidado y perdido... ¿Dónde buscarlo? ¿Dónde encontrarlo?

Jesús nos ha acostumbrado tanto a su fidelidad que llegamos a creer que siempre debe estar ahí y que podemos caminar con quien queramos, charlar con quien nos parezca bien, no tener contacto con él por un día entero, sin dudar ni por un momento que lo encontraremos por la tarde, cuando hayamos terminado nuestros asuntos... Dios quiere enseñarnos que la presencia de Jesús es una gracia que debemos apreciar más que cualquier otra cosa, y que no es obvio que él se quede con nosotros cuando nuestros pensamientos no están con él.

Por un día en que hemos descuidado al Señor, la marcha se detiene... Tres días de pena y angustia... Sin embargo Jesús no estaba en peligro. Había quedado en Jerusalén y estaba sentado en el templo, en medio de los doctores de la Ley, escuchando y preguntando. Para recuperar el contacto con Jesús es siempre necesario volver al punto de partida. Fue en el templo de Dios donde se quedó el Salvador y solo allí lo encontraremos, si sabemos volvernos a nosotros mismos. Jesús está en los asuntos de su Padre, mientras que nosotros lo hemos olvidado para ocuparnos de nuestros propios asuntos.

No acusemos al Señor de haber obrado mal con nosotros, sino volvámonos a nosotros mismos. Entonces comprenderemos que si tuvimos que buscarlo durante tres días, si estuvimos en el dolor y la angustia, fue porque una mañana nos fuimos sin él y que tras todo un día fuera de nosotros mismos nos hemos alejado de él. Solo perdemos a Jesús cuando nos alejamos de él. Y lo que nos aleja de él son los asuntos y las preocupaciones del mundo. Cristo se encuentra con su Padre. Busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia y si como María y José no entendemos todas las palabras y pensamientos del Señor, le veremos descender con nosotros a Nazaret, entrar en nuestros asuntos y preocupaciones para manifestar cada vez más su vida, su sabiduría y su gracia ante Dios y los hombres.

Después de haber comprendido plenamente esta enseñanza que María guardaba en su corazón, debemos volver a una lección que ella había aprendido en este mismo templo de Jerusalén, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, en la hora en que, por primera vez, condujo a su hijo allí.

---

## La profecía de Simeón y su cumplimiento

---

*Al llegar el octavo día, circuncidaron al niño y le llamaron Jesús, nombre que le había sido puesto por el ángel antes que fuera concebido. Y cuando se cumplieron los días para que, según la ley de Moisés, ellos fueran purificados, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo ante el Señor, cumpliendo así lo que está escrito en la ley del Señor: Todo primer hijo varón será consagrado al Señor, y para ofrecer al mismo tiempo el sacrificio prescrito por la ley del Señor: una pareja de tórtolas o dos pichones. Por entonces había en Jerusalén un hombre justo y piadoso llamado Simeón que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba sobre él y le había revelado que no vería la muerte antes de contemplar al Ungido del Señor. Impulsado por el Espíritu, Simeón fue al templo cuando los padres del niño Jesús llevaban a su hijo para hacer con él lo que establecía la ley. Y tomando al niño en sus brazos, alabó a Dios diciendo: Ahora, Señor, puedes dejar partir a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque mis ojos han visto ya tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos: luz que se manifiesta a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. El padre de Jesús y la madre estaban asombrados de todo lo que de él se decía (Lucas 2 21-33).*

En este primer viaje a Jerusalén, María no subió al templo «según la costumbre de la fiesta», sino para presentar a su hijo al Señor y cumplir con él lo que prescribía la ley de Moisés. Con su hijo en brazos, completamente pendiente de él, María oyó y vio cosas maravillosas. Un anciano piadoso, advertido por la voluntad divina de que no moriría hasta haber visto al Cristo del Señor, acudió al templo movido por el Espíritu en el momento en que los padres de Jesús se sometían a las exigencias de la Palabra. De boca de Simeón, María, que acababa de presentar al Señor la ofrenda de los pobres, había recibido la confirmación de que su tesoro era verdaderamente la salvación de Dios, la luz para iluminar a las naciones y la gloria del pueblo de Israel. María y José estaban admirados de las cosas que se decían del niño. Qué bueno es también hoy, cuando en nuestra debilidad hacemos la voluntad del Señor, escuchar a personas piadosas, como Simeón y Ana, dar testimonio de la vida de Dios que poseemos, y de las maravillosas posibilidades que esta vida nos da a nosotros y a los demás.

Pero es entonces cuando Dios, al mismo tiempo que nos da su bendición, nos prepara para escuchar cosas que nuestro corazón carnal no podría haber soportado sin su gracia previa:

*Simeón los bendijo y anunció a María, la madre del niño: —Este niño será motivo de caída y encubramiento de muchos en Israel, y signo de*



*contradicción pues pondrá de manifiesto los pensamientos más íntimos de muchos corazones, y a ti te traspasará el alma como una espada (Lucas 2:34-35).*

María debía saber que la vida de su hijo se convertiría en un signo que provocaría contradicción entre los hombres y que ella misma experimentaría el sufrimiento. Una espada traspasaría su propia alma, cuando la oposición de los hombres llegara a clavar al Salvador en la cruz, esa cruz donde se revelan los pensamientos de los corazones, donde el crucificado suscita la fe o la incredulidad, el amor o el odio de muchos. Fue una vida de sufrimiento la prometida a María en el mismo momento en que recibió la bendición del anciano Simeón. La madre del varón de dolores será también la madre dolorosa. El sufrimiento, la espada están en su futuro. Un filo es para Jesús, el otro para María y para todos los que, con ella, se salvan por las heridas del crucificado.

Cristo nos llama a compartir sus sufrimientos para que seamos hechos conformes a él en su muerte, para serlo también en su gloriosa resurrección. Dios llama a aquellos a quienes bendice con todas las bendiciones espirituales a los lugares celestiales en Cristo para seguirlo en la renuncia de todo, para seguirlo hasta la muerte y muerte en la cruz. Es precisamente hacia la cruz adonde María caminará. Es allí donde la encontraremos de pie y en silencio, dejando hablar a su Hijo, que es quien decide su destino.

Su suprema enseñanza para todas las generaciones, que la llamarán bienaventurada, María la había dado en Caná, en siete sencillas y luminosas palabras: *—Haced todo lo que él os diga (Juan 2:5)*. Estas son las palabras que liberan a los hombres de sus dificultades. Les traen lo que les falta: el mejor vino, el gozo perfecto que proviene de la obediencia a los mandamientos del Hijo de Dios. María dio a luz a su hijo, no para que hablásemos de ella, sino siempre de él, no para que la mirásemos a ella, sino siempre a él, no para que la amásemos a ella, sino siempre a él, el que de su plenitud nos da gracia sobre gracia.

---

1 ► Ver Mateo 1:25: *Pero [José] no tuvo relaciones conyugales con ella hasta que dio a luz a su hijo primogénito, a quien puso por nombre Jesús.* Este texto da a entender que, después del nacimiento de Jesús, José y María llevaron una vida matrimonial normal.

*No brilles para que las personas te vean, brilla  
para que las personas vean a Cristo.*

C. S. Lewis

## Conclusión

¡Aquí está María!

¡María a la sombra de la cruz!

María verdaderamente humana, orando en medio de sus hermanos, y con sus hermanos, al único mediador entre Dios y los hombres:

*El único que se sienta a la diestra de Dios e intercede por nosotros.*

*El único inmortal.*

*El único que destruyó la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por el evangelio.*

*Él pronto vendrá, nuestro glorioso Salvador y Señor Jesucristo.*

Nos pide a todos que, como María, la sierva del Señor, sepamos mostrarlo a él al mundo que lo ignora. Entonces cuando se manifieste aquel que es nuestra vida, nos manifestará con él en gloria.

Es él, Jesús, quien en su día presentará a María glorificada con todos los que, como ella, lo han mirado y amado solo a él, todos aquellos a los que no se avergüenza de llamar, todavía hoy, sus hermanos.

**¡Jesús viene! ¿Estás preparado?**  
Primera edición: diciembre 2023

**¡Jesús viene!  
¿Estás preparado?**



*Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin  
—dice el Señor— el que es y que era y que ha de  
venir, el Todopoderoso.*

(Apocalipsis 1:8)

## **Prólogo**

Fue a finales de los años 30 del siglo pasado cuando Gaston Racine escribió el texto de los dos primeros capítulos de este libro, al que añadió en 1958 y 1964 cuatro más. Este libro que ahora tienes en tus manos es la traducción del francés original de la tercera edición de dicho libro, aparecida en 1971.

El tema desarrollado en todo el texto hace mención a la segunda venida de Cristo y está refrendado por diversos e importantes pasajes de la Escritura para aquellos que todavía creen en el regreso del Señor, y lo que Jesús desea encontrar en las almas que caminan hacia él, cautivadas por la esperanza gloriosa de su regreso.

Demasiado a menudo olvidamos que el Señor regresará cuando menos lo esperemos, tal y como él mismo dijo. No debemos bajar la guardia, ya que no sabemos que nos depara el futuro inmediato, o a medio-largo plazo. Lo que sí sabemos es que Dios cumple siempre sus promesas, y la de su regreso se cumplirá fielmente, de la misma manera que se cumplió la de su primera venida a este mundo.

A él sea toda la gloria.

Barcelona, diciembre de 2023

*La esperanza cristiana no es sólo espiritual,  
también material. No debemos espiritualizar los  
banquetes del Cordero.*

José de Segovia



## **El regreso de Cristo**

Jesús viene. Que se sepa o se ignore, se crea o se niegue, el regreso de Jesucristo se acerca. Esta afirmación no es gratuita, toda la Palabra de Dios da testimonio de ello. Se funda en las mismas declaraciones del Señor y en las advertencias de los profetas y los apóstoles. *Ciertamente vengo pronto*, dice Jesús desde la gloria. Y el Espíritu y la Iglesia responden: *¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!* (Apocalipsis 22:20). Tan cierto como que después de la noche viene el día y al invierno sigue la primavera, el Hijo del Hombre aparecerá en gloria sobre las nubes del cielo.

En las tinieblas del mundo —verdadero lucero de la mañana, anunciador de un nuevo día— Cristo hará resplandecer su rostro glorioso sobre todos los que creen, le aman y esperan en él. A una señal dada, a la voz del arcángel, al toque de la trompeta de Dios, el Señor mismo descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces los creyentes que vivan en la tierra en aquella hora serán transformados en un abrir y cerrar de ojos, y serán arrebatados juntamente con los resucitados en las nubes para recibir al Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:13-18).

La gloriosa aparición de Cristo, precedida del arrebatamiento de los elegidos al cielo, es una verdad claramente anunciada en las Escrituras. Estos dos acontecimientos marcan las dos grandes fases del regreso de Cristo, que no se aparecerá a los ojos del mundo sin tener a su lado a los suyos, su Iglesia, a la que tanto amó y por la que dio su vida (Efesios 5:25-27; 2 Tesalonicenses 1:10). Mensaje demasiado olvidado, por no decir incomprendido, por todo lo que hoy se proclama como iglesia en la tierra, el arrebatamiento de los redimidos es la gran verdad bíblica que hace palpitar de gozo el alma de todos los santos, porque Dios los llama a reinar con Cristo en el reino de justicia y paz que solo Jesús establecerá en el mundo a su regreso en gloria.

Es el consuelo soberano, la esperanza inefable con la que el Salvador animó ya a sus discípulos, a quienes dejó aquí abajo entristecidos por su partida (Juan 14:1-3). Es el mensaje que los apóstoles transmitieron a la Iglesia primitiva y que mantuvo poderosamente en ella el espíritu de espera, de vigilancia y de oración, tan necesarios para la vida cristiana.

No se trata, pues, de una divagación teológica de unos pocos visionarios, ni de un particularismo religioso de unos pocos sectarios. Se trata de una verdad

que debe ser proclamada, sobre todo porque todo apunta a su próximo cumplimiento. Pero ya vemos la sonrisa irónica de los escépticos y escuchamos el sarcasmo de los burladores que hoy hacen de la nada su Dios y de la negación su razón de ser. ¿Acaso sus desesperados argumentos pondrán dudas en el corazón de los creyentes? Al contrario, su actitud y sus palabras nos confirman en la certeza de que hemos llegado a los últimos días descritos por la Palabra de Dios como tiempos difíciles en los que *vendrán charlatanes, que vivirán de acuerdo a sus propios malos deseos y dirán: ¿Dónde está la promesa de su regreso? Porque desde el día en que los padres murieron, todo sigue igual que al principio de la creación.* (2 Pedro 3:3-4).

Así que, aquellos que pronuncian tales palabras prueban la verdad y actualidad de las Escrituras. También vemos las reacciones de muchos que se creen los representantes oficiales del cristianismo y de Jesucristo. Desde hace mucho tiempo, han sustituido la sencilla enseñanza de Cristo que afirman seguir, el claro testimonio de los apóstoles de los que dicen descender o continuar la obra, por sus propios pensamientos y el fruto de una erudición que ellos consideran superior a la de Jesús y algunos galileos incultos.

¡Qué importa! Si hemos de elegir entre las declaraciones de los hombres *insensatos que, sin haber recibido ninguna visión, siguen su propia inspiración* (Ezequiel 13:3), y la autoridad de Cristo y de su Palabra viva, sin dudarlo nos ponemos del lado de Cristo y la Biblia. ¿Por qué seremos hallados mentirosos, falsos pastores, pastores de la nada, diciéndole al pueblo: ¡Paz, paz!, cuando no hay paz, y haciendo creer a las almas que la palabra dicha se cumplirá, cuando en realidad el Señor no ha hablado? (Ezequiel 13:6-7, 10).

Mientras cada uno aquí abajo cree en su propia verdad y cree poder llevarla a los demás, el cristiano digno de ese nombre no encuentra la verdad en sí mismo. Su mensaje no es suyo, sino de Cristo, que es el único camino, verdad y vida (Juan 14:6). Lo que predica el verdadero creyente es la enseñanza de Cristo y sus apóstoles. Y los cristianos fieles escuchan esta enseñanza y la viven (1 Juan 4:2). Pero Cristo dice: *vendré de nuevo y os llevaré conmigo* (Juan 14:3), y añade: *¡Vengo pronto! Traigo mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según lo que haya hecho* (Apocalipsis 22:12). Ante estas palabras ciertas y verdaderas, benditas promesas para unos, terribles amenazas para otros, el cristiano se siente apremiado a advertir solemne e incansablemente a cada alma.

---

### La angustia del mundo

---

¡El mundo está esperando! Jamás una expectativa tan universal, intensa y ansiosa, se apoderó de siglo alguno. Nunca el pensamiento del futuro estuvo

tan presente en todas las mentes, incluso en las más vulgares, incluso en las más simples.

*Esperamos paz, y no hubo nada bueno; esperábamos día de curación, y hubo turbación (Jeremías 8:15).*

Así que, para escapar, si es posible, de esta ola de angustia que se apodera de las almas, de este miedo tenaz que se cuele en los corazones, el mundo, no teniendo con qué alegrarse, busca aturdirse. Cerrar los ojos, taparse los oídos, incluso emborracharse, son ciertamente formas de perder la conciencia de un peligro. Pero todo esto no elimina el peligro que corre la multitud de insensatos. Porque mientras yacen sobre su inmundicia, diciendo en sus corazones *el Señor ni hará bien ni hará mal* (Sofonías 1:12) la cólera de Dios está lista para caer sobre ellos.

Se acerca ese día terrible del que hablan los profetas, un día de angustia, devastación y destrucción, de tinieblas y oscuridad (Joel 2:2). Sin embargo:

*¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente, no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza; por tanto, caerán entre los que caigan; cuando los castigue, caerán, dice el Señor (Jeremías 6:15).*

Ya viene, se apresura en llegar, la ira de Dios y del Cordero, tal como anuncian todas las Escrituras. Terrible e implacable, caerá sobre todos los impíos que recibirán entonces la justa retribución por sus palabras y sus obras. Pero que nadie se engañe, en ese día alcanzará también a todos los hipócritas, los tímidos y los mentirosos que hicieron de la religión un manto que cubriera sus iniquidades. En esa hora, todos los que creyeron que durante su vida podían mantener una apariencia de piedad, mientras negaban su poder, sabrán lo que significa ser vomitados de la boca del Señor (Apocalipsis 3:16).

*No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará (Gálatas 6:7).*

Es hora de tomar a Dios en serio. Por eso, todos juntos, pongamos en práctica la Escritura que nos dice:

*Congregaos y medita, nación sin pudor, antes que tenga efecto el decreto y el día pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el furor de la ira del Señor; antes que el día de la ira del Señor venga sobre vosotros (Sofonías 2:1-2).*

*¡Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano! Deje el impío su camino y el perverso sus pensamientos, y vuélvase al Señor, el cual tendrá de él misericordia, porque nuestro Dios sabe perdonar con generosidad (Isaías 55:6-7).*

---

## La espera de los creyentes

---

El cristiano está a la espera. Su alma *espera en el Señor más que los centinelas la mañana, más que los vigilantes la mañana* (Salmo 130:6). Si el lema actual del mundo es: *¡Aturdirse en la espera!*, el del creyente sigue siendo: *¡Servir esperando a Cristo!* No, el creyente no busca aturdirse, porque en Cristo puede gozarse siempre. Sus ojos ven, sus oídos oyen. Y porque conoce con certeza el futuro del mundo y el del cristiano, frente a las multitudes perdidas, con el corazón atenazado por el amor de Cristo, ruega a todas las personas: *Reconciliaos con Dios* (2 Corintios 5:20).

Sabe bien que muchos permanecerán sordos a su ruego, pero también sabe que quien escuche y crea se salvará de la muerte eterna. Si predica el regreso de Cristo, es porque cree en los gloriosos resultados de su primera venida a la tierra. Sabe que Cristo vino para buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas 19:10). Sabe que murió en la cruz del Calvario para expiar las faltas y los pecados de la humanidad culpable. Sabe que resucitó al tercer día para justificación de todos aquellos que creen en él (Romanos 4:25).

Sabe, junto con todos los creyentes, que habiendo subido al cielo de donde descendió, les prepara un lugar e intercede por ellos (Juan 14:2, Romanos 8:34). Sabe que, en el tiempo que Dios determine, aparecerá por segunda vez para salvación de los que en él esperan (Hebreos 9:28). Finalmente atestigua con los apóstoles que es a él, Cristo, a quien Dios ha constituido juez de vivos y muertos (Hechos 10:42).

Al contrario de los incrédulos, que exigen a la vida todo lo que pueden y no encuentran más que el vacío de los seres y de las cosas, a la espera de un vacío aún mayor, un agujero abierto, el pozo que se tragará sus miserables restos, el creyente ama la vida. Esta le da la oportunidad de conocer a Cristo, de gozar de él, fuente de agua viva, de servirle con alegría, antes de entrar en una plenitud aún mayor, el día en que se le abrirá el cielo y será revestido de un cuerpo glorioso.

---

## Una verdad despreciada

---

Pero, ¿por qué, en un mundo que se ha vuelto tan indiferente a las cosas de Dios, el anuncio del regreso de Cristo suscita tanta incredulidad, duda, escarnio, incluso odio? Algunos no creen en ella, porque sólo ven en Cristo a un gran hombre, un genio que murió hace dos mil años, víctima de una ideología que aún le sobrevive, pero que muy pocos practican. Negando la resurrección, consideran la de Cristo como una pura leyenda inventada por los apóstoles. Para ellos, siendo Jesús nada más que un poco de polvo mezclado con la tierra, no pueden sentirse impresionados con nuestra afirmación.

Pero, ¿y si están equivocados? ¿Y si toda su sabiduría fuera en realidad solo locura? ¿Y si todos sus razonamientos, su lógica lúcida fueran solo fruto de una naturaleza orgullosa y corrompida? ¿Y si en el fondo no fueran más que ciegos objetos de sus propias concupiscencias? ¿Y si se equivocan? Otros, y entre ellos un gran número de cristianos mundanos, no opinan, dudan del cumplimiento de esta verdad, o rechazan y odian esta doctrina. ¿A qué podemos atribuir este estado de cosas?

Primero debemos reconocer que la mayoría de las personas viven en una total ignorancia de las verdades bíblicas. El cristianismo de muchos bautizados es en realidad sólo una fina capa de barniz que cubre un alma y unos hábitos que han permanecido paganos. Si en algunos países hay carencia de Biblias, no puede decirse lo mismo de los nuestros. Pero la Biblia no se lee. Aparte del clero y a pesar de la renovación bíblica, la mayoría de los católicos sólo conocen fragmentos de ella. Los protestantes que, sin embargo, poseen el libro sagrado en todas sus casas, lo abren muy poco o nada. Piensan que han leído bastante en el catecismo<sup>1</sup> y durante su breve instrucción religiosa. Para ellos, lo que escuchan en la iglesia, si todavía van, es más que suficiente. ¿Y cómo se sentirían atraídos por la Biblia, cuando algunos de sus propios líderes espirituales no dudan en decir y escribir que si el tono general de este libro es sin duda el de la fe y la piedad, no obstante está lleno de fallos, aberraciones y contradicciones?

Sin embargo, si se despertara de nuevo el interés por la Biblia, el lector atento descubriría, entre muchas otras verdades maravillosas, que la segunda venida de Cristo se menciona más de trescientas veces en los doscientos sesenta capítulos del Nuevo Testamento, lo que representa la cuarta parte de los versículos desde Mateo hasta Apocalipsis. Entonces, abriendo el Antiguo Testamento, podría distinguir que la gran mayoría de las predicciones sobre Cristo se refieren a su segunda venida.

Sin embargo, el desconocimiento de las Sagradas Escrituras no es la única razón; la mayor hostilidad contra la doctrina del regreso de Cristo se encuentra sobre todo entre aquellos que, al anunciar a Jesús, el Salvador del mundo, piensan que, en más de un punto, Cristo se equivocó. Ciertamente, reconocen en Jesús de Nazaret al maestro de la moralidad, pero le niegan toda autoridad en los campos histórico y científico.

Reteniendo de Cristo sólo lo que agrada a su razón, a su conciencia y a su corazón, no temen mutilarlo sin escrúpulos diciendo: *Dejamos en los anales del pasado al Mesías que debe volver pronto sobre las nubes, al judío que cree en las posesiones demoníacas y en el demonio importado de la lejana Persia, para ponernos en comunicación con el Rey de los humildes, el hijo primigénito del Padre, hermano de los hombres, cuya doctrina fundamental fue la sal de la*

*tierra hace diecinueve siglos, y que debe volver a serlo, o el mundo se perderá. Incluso establecemos una diferencia entre el evangelio y los errores que a veces oscurecieron su principio en la mente de su fundador. Declaramos ser cristianos sin suscribirnos a todas las ideas judías o helénicas de Jesucristo.*

Si tales hombres no manifestaran tan claramente su posición frente a Cristo, les haríamos esta pregunta: *¿Confesáis a Jesucristo venido en carne, sí o no? ¿Lo reconocéis como el único y eterno Hijo de Dios, el Verbo hecho carne? Entonces agregaríamos: Si es que sí, ¡entonces sed consecuentes y admitid que su Palabra es infalible, creedla, vividla y predicadla fielmente! De lo contrario, arrojad vuestra máscara, lobos rapaces cubiertos con pieles de cordero, falsos maestros y profetas, animados por el espíritu del Anticristo, que seducen los corazones. ¡Pero no llevéis máscara!*

La tolerancia es tan grande hoy en algunas iglesias que basta ser graduado en teología para poder socavar libremente los fundamentos del cristianismo dentro de la misma Iglesia o, para ser más exactos, de la que todavía lleva este nombre. ¿Acaso un sistema así no traiciona a Cristo más de lo que lo representa? Vagáis sin conocer las Escrituras ni el poder de Dios. Vuestras luces os ciegan. Vuestra razón os engaña. ¿Por qué alardear de vuestra sinceridad y tan generosamente dar una patente de ignorancia a todos aquellos que humildemente creen que todavía pueden apoyarse en su Biblia y contar con la ayuda del Espíritu Santo para entenderla?

Acordaos en qué términos califica el más grande de los apóstoles a los que predicaban otro Jesús que el que ellos predicaron, o un evangelio diferente del que anunciaron:

*Porque estos falsos apóstoles son obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y esto no es sorprendente, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Así que, no es extraño si sus ministros se disfrazan de ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras (2 Corintios 11:13-15).*

Por no haber abierto su corazón al amor de la verdad para ser salvos, Dios les envía un poder engañoso que les hace creer en la mentira de un neocristianismo universal, llevándolos a la apostasía (2 Tesalonicenses 2:3-12).

---

### **La responsabilidad del entorno evangélico**

---

Los detractores de la doctrina del regreso de Cristo no se reclutan sólo entre las filas del liberalismo. La ortodoxia tiene muchos de ellos. ¿Por qué, entonces, no esperamos a Cristo, nosotros que hacemos nuestra la Biblia, que conocemos

las Escrituras y que profesamos creer en la venida del Señor? ¿Por qué vivimos aquí abajo como si la venida del Señor estuviera muy lejana? Si no sabemos el día ni la hora, si nadie puede fijar una fecha, ¿es esa una razón para pensar, hablar y actuar como si Jesús no viniera hoy? Por el contrario, el total desconocimiento en que nos encontramos sobre el momento preciso de su regreso, debe animarnos a velar diariamente. Guardémonos de decir con el discípulo infiel: *Mi señor se retrasa en venir* (Mateo 24:48). Jesús, que no podía errar ni engañarnos, dijo: ... *vendré de nuevo...* (Juan 14:3). ¿Por qué sorprendernos negando las órdenes de aquel a quien sin embargo llamamos Maestro y Señor? ¡Estemos alerta para que cuando él venga, nos encuentre fieles!

Si las multitudes de hoy no saben casi nada sobre el regreso de Cristo, o no creen en esta verdad, es porque no ven los maravillosos efectos que tal perspectiva debería producir en la vida de los cristianos y de las comunidades cristianas evangélicas. ¿Cómo podemos tomar en serio las afirmaciones de personas que afirman que el regreso de Cristo es inminente, mientras continúan viviendo en la tierra como hermanos divididos, mientras proclaman que compartirán la misma morada de gloria? Si su convicción fuera real y sincera, ¿no es hora de que tomen en serio las palabras de su Maestro y las pongan en práctica?

¡Debemos reconocerlo! Si los hijos de Dios ardieran en amor por su Salvador, si su creencia en su regreso se transformara en una expectativa práctica, se produciría un verdadero avivamiento. Como ocurría en las iglesias primitivas, lejos de paralizar la actividad evangélica, esta expectativa real no haría más que animarla y alentarla de la manera más eficaz. Un nuevo amor por las almas perdidas llenaría los corazones, restaurando el evangelismo al lugar sin el cual toda iglesia muere. Las barreras entre los verdaderos creyentes caerían. Muchas etiquetas religiosas desaparecerían. Finalmente, los hermanos desunidos se reconciliarían para mostrar al mundo el amor de Cristo. Caminarían juntos por el camino de la santificación, más ocupados en los intereses de su Señor que en sus propios asuntos, dispuestos a dar cuenta a su Maestro de la administración de los dones, talentos y posesiones que les había confiado para testimonio de él en este mundo.

Pero, ¿por qué no ocurre ese avivamiento hoy? ¿Cristo ya no es atractivo para nuestros corazones? ¿Se ha vuelto tan rara la fe verdadera en su nombre en la tierra? En el torbellino de la vida presente, ¿está nuestra mente tan ocupada con las cosas de la tierra que prácticamente olvidamos el regreso del Señor? En contacto con este mundo y sus placeres, ¿se ha enfriado nuestro amor por Cristo hasta el punto de que su venida nos parece inoportuna, perturbando nuestros planes para el futuro, los planes de corazones demasiado apegados a las cosas de abajo?

¿Hemos hecho de la gran salvación de Dios una almohada de pereza para dormir durante la cosecha como un hijo que causa vergüenza?

*El que recoge en verano es persona sensata, pero el que duerme en tiempo de la cosecha produce bochorno (Proverbios 10:5).*

¿Está tan acentuada nuestra conformidad con los hábitos de este mundo que ya no podemos pensar en el regreso de Cristo sin malestar y sin miedo? Si es así, ¿no tenemos más de mil razones para pedir a Dios que algo cambie en nuestras vidas sin demora? En las últimas horas del tiempo de la paciencia y de la gracia de Dios, como un toque de clarín, resuena en los oídos de todos el aviso de Cristo: *... estad preparados...* (Mateo 24:44). Este anuncio nos hace una pregunta personal y directa: *¿Estoy listo para su regreso?*

Porque su regreso también significa ajustar cuentas. Leamos las parábolas de Cristo sobre su venida y sabremos lo que nos espera. Si vivimos en armonía con las enseñanzas de la Palabra de Dios, si caminamos en la luz, como Dios está en la luz, el regreso del Señor será para nosotros una esperanza bienaventurada, una fuente inagotable de consuelo, un poderoso motivo de santificación y estímulo saludable para servir a Cristo mientras le esperamos (1 Juan 1:7; Tito 2:11-13; 1 Juan 3:3; 1 Tesalonicenses 1:10).

---

### **¿Podemos saber cuándo se cumplirá la promesa?**

---

Si bien no se nos revela el tiempo exacto del regreso de Cristo, Dios no nos ha dejado sin detalles acerca del tiempo de la segunda venida de su Hijo. A través de la Biblia, el creyente conoce los signos más particularmente indicadores de ésta, que se manifiestan cada vez más a nivel político, social, moral y religioso. Cualquiera que lea las Escrituras quedará impresionado por la asombrosa precisión de estas predicciones. Sabiendo por la Palabra que Cristo regresará a la tierra con los suyos (1 Tesalonicenses 4:14), toda alma piadosa llega a la conclusión de que el arrebatamiento de los creyentes no puede tardar mucho. Esta convicción se ve reforzada por el hecho de que, mientras muchas señales anuncian el regreso glorioso del Señor, en la Biblia no se predice ningún evento especial que tenga que ocurrir antes de que Jesús regrese a buscar a los suyos. Esto es tan cierto que los mismos apóstoles se les permitió pensar que este arrebatamiento podría ocurrir durante su vida.

Por otra parte, miembro del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12) y participante de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4), el hijo de Dios es alguien que vive en la tierra dominado y dirigido por la cabeza de este cuerpo, el mismo Cristo que está en los cielos. Busca caminar aquí abajo de una manera digna de su Señor, conforme a la voluntad de Dios, siendo sus deseos y aspiraciones celestiales y correspondientes a su nueva naturaleza. Viviendo así en este mundo, se da cuenta, cada día más, que llega la hora en que ya no habrá lugar para él aquí abajo.



Ante una marea creciente de impiedad, iniquidad y apostasía, se da cuenta de que si hoy todavía es tolerado, mañana no lo será, a menos que se alinee y haga como los demás, siguiendo la corriente de este mundo. El mismo hecho de que busca remontar esta corriente, su forma de vivir separada de la corrupción del mundo que se insinúa por todas partes, sus palabras de advertencia, lo ponen en oposición al mundo y sus principios. Se convierte así, incluso en silencio, en un vivo reproche para muchos y en la condenación de sus vidas.

Un poco más de tiempo y —desaparecidos los últimos escrúpulos, desaparecidos los últimos prejuicios—, en días en que asistimos muy rápidamente a la devaluación de los valores, la cuenta de los verdaderos cristianos se saldará en nombre de una nueva moral universal. El futuro terrenal del cristiano es muy oscuro. Lo sabe, lo siente. Cada vez más, siente lo extraño que es en la tierra, incomprendido incluso por sus amigos cercanos y sus hermanos. El mal es tan sutil, se vuelve tan general, que ya no sabemos distinguir entre lo santo y lo profano, entre el bien y el mal, hasta que mañana llamemos abiertamente a lo malo bueno y a lo bueno malo (Isaías 5:20).

Miramos a los hombres y ya no a Cristo, y como los hombres se permiten hacer muchas cosas, pensamos que podemos hacer como ellos. Hacer como los demás parece convertirse cada vez más en el ideal de muchos. Y si a veces la conciencia de algunos despierta, se calma con esta consigna: *No podemos hacer otra cosa, debemos vivir de acuerdo con nuestros tiempos.*

Ahora bien, el cristiano que vive en íntima comunión con Cristo sabe que se puede hacer de otra manera, incluso afirma que se debe hacer de otra manera, que para él es cada vez más imposible no hacer otra cosa. Acostumbrarse al pecado, a las negaciones perpetuas, a una vida de compromisos, se vuelve imposible para quien todavía tiene la vida de Dios. Al igual que su maestro, no se evade del mundo. Vive constantemente cerca de todas las almas, inclinado sobre todas las miserias, preocupado por todos los problemas, pero totalmente apartado de toda corrupción y de toda violencia. Vive en el mundo, pero enseñado por la gracia y no por los principios de la época; vive sobria, justa y piadosamente mientras aguarda la bienaventurada esperanza (Tito 2:11-14). Y porque esta esperanza está viva en él, porque es concreta y precisa, no teme la ira de los hombres que no se preocupan por la ira de Dios.

Ser considerado digno de escapar de la ira venidera es lo que le importa al cristiano. Así, como Enoc, camina con Dios en medio de una generación corrupta y perversa. Ante la creciente impiedad, advierte incansablemente a las almas. Sufre por la presencia del pecado y anhela la liberación. Su corazón está ligado a Cristo; espera con él. Desea su venida porque ama a su Señor. Lo anhela porque su corazón late por él. Ansía su regreso, no por cobardía para escapar y huir de la

adversidad, sino porque anhela el día en que Cristo sea plenamente glorificado en él y en este mundo.

*Maranatha* —el Señor viene— era la consigna con la que los cristianos de los tiempos apostólicos se exhortaban a la espera vigilante. Sí, volverá para llevarse a los suyos e introducirlos en las amorosas moradas de la casa del Padre (Juan 14:2-3). El mundo debe esperar la desaparición total y repentina de los verdaderos cristianos. Se les buscará, pero no se les encontrará. Incluso antes de que hayan sido exterminados en nombre de una religión apóstata, habrán desaparecido, llevados por el Señor a Dios a su trono. Lo que se interponía en el camino de la corrupción total, habrá desaparecido y el hombre de pecado, el Anticristo, podrá aparecer. Este inicuo vendrá por el poder de Satanás, obrando toda clase de milagros, señales y prodigios mentirosos, y usando toda la seducción de la injusticia, para engañar de los que se pierden, por cuanto no han abierto su corazón al amor de la verdad para ser salvados (2 Tesalonicenses 2:8-10).

En ese tiempo los terribles juicios apocalípticos descenderán sobre el mundo impío hasta el día en que el Señor Jesús, saliendo del salón de bodas, descenderá del cielo rodeado de todos sus redimidos y destruirá con el aliento de su boca al Anticristo y sus adoradores, poniendo así fin a las iniquidades de los hombres (Apocalipsis 19). Entonces todo ojo verá a Jesús, y todos los pueblos de la tierra se lamentarán por él (Apocalipsis 1:7). Rey de gloria, Señor de señores, establecerá en poder su reino de justicia y paz en una tierra purificada por sus terribles juicios (Apocalipsis 20:4-6).

Todo esto está revelado en la Biblia. Léela con atención y, si tu mente no está prejuiciada por ideas preconcebidas, verás claramente que el regreso del Señor no se ha producido ya, como pretenden algunos, el día de Pentecostés o en otros momentos determinados de la historia del mundo, o que tiene lugar cada vez que una persona se convierte, muere o participa de la Santa Cena. El evangelio enseña un regreso glorioso y visible de la persona de Cristo y aporta argumentos positivos contra la idea de su venida en espíritu, ya sea en Pentecostés, en la conversión o en la muerte. Que Dios nos guarde de añadir o quitar de las buenas nuevas de salvación.

---

1 ► El catecismo es un libro de instrucción elemental que contiene la doctrina cristiana, escrito con frecuencia en forma de preguntas y respuestas. No solo el catolicismo tiene su propio catecismo, sino también algunas confesiones protestantes, como instrucción primaria de los nuevos convertidos. El principal catecismo reformado, aún en uso en muchas iglesias protestantes, es el Catecismo de Heidelberg, publicado en 1563. El origen de este catecismo fue afirmar los principios de la fe reformada según los verdaderos principios bíblicos.

## **¿Le esperamos realmente?**

Si muchas almas viven sin Dios en el mundo e ignoran el regreso de su Hijo otras, por el contrario, profesan conocer a Dios y creer en la venida del Señor. Es a esta última clase de personas a la que nos sentimos impulsados a llevar este mensaje. Al descargarnos de esta misión, suplicamos al Señor que escudriñe incesantemente nuestro propio corazón con su palabra viva y eficaz, más penetrante que una espada de dos filos, no sea que después de predicar a los demás no nos dejemos reprobarnos nosotros mismos (1 Corintios 9:27).

Los cristianos, que conocemos las verdades sobre la venida del Señor, que cantamos los cánticos de su regreso, ¿le estamos esperando realmente? Jesús mismo enseñó que regresaría cuando sus discípulos no pensarán en ello. Incluso el siervo fiel y prudente será pillado desprevenido, pero se le encontrará cumpliendo con su deber (Lucas 12:36-37). Ya que sabemos estas cosas, ¿vivimos el momento presente como si Cristo regresara hoy? ¿Está toda nuestra vida abierta a Dios? Si supiéramos con seguridad que Cristo viene esta noche, ¿necesitaríamos cambiar algo en nuestra vida o en nuestros planes diarios, renunciar a algunas citas o a algún negocio lucrativo pero deshonesto...? Si es así, entonces no es del todo cierto que le estamos esperando. La inminencia del regreso de Cristo no debe limitar nuestra actividad. El mandato formal del Señor permanece: *Haced negocio..., hasta que yo vuelva* (Lucas 19:13).

Pero hay negocios y negocios. Si la venida del Señor es para nosotros solo una verdad teórica, sin poder práctico sobre nuestra vida, puede que nos aguarde una terrible sorpresa. El que realmente espera a Cristo ya vive con y para él, haciendo todas las cosas de corazón, como para el Señor. Guiado por su Espíritu, busca hacer diariamente las cosas que le agradan. Conociendo el poder de la piedad, abandona por completo las cosas que se hacen en secreto y se reviste de la nueva vida que es en Cristo Jesús el Señor, viviendo tal como quisiera ser hallado por él en su venida.

Si hoy nuestra vida no está en orden con Dios, ¿podemos seguir pensando que el Señor pondrá el sello de su aprobación sobre una existencia que lo deshonra? ¿No fue Enoc arrebatado por Dios después de recibir el testimonio de haberle agradado? (Hebreos 11:5). ¿Acaso no sabemos que la obra de todos será manifestada y probada por el fuego? Si esta obra permanece recibirá recompensa, dice la Palabra, pero si se consume, se perderá su recompensa; sin embargo, será

salvo, pero como quien escapa del fuego (1 Corintios 3:12-15). ¿Permaneceremos insensibles a tal advertencia?

Profesando creer en las verdades del cristianismo, siempre hemos dado por sentado nuestro arrebatamiento a la gloria. Esto es tan evidente para algunos cristianos que se han vuelto bastante indiferentes a vivir aquí abajo como vivió Cristo. Su arrebatamiento en la venida del Señor les parece tan natural, tan indiscutible, que cualquier pensamiento o palabra capaz de minar su fácil confianza son inmediatamente acusados por ellos de falsa doctrina o peligroso error. De este modo las verdades de la Palabra, que todavía podrían arrojar alguna duda saludable en sus corazones, ya no perturban su conciencia adormecida. Puesto que son salvos, puesto que se creen ovejas del Señor, de quien Cristo dijo que nadie las arrebataría de su mano, fácilmente se persuaden de que las palabras del mismo Cristo dirigidas a los creyentes tibios de Laodicea no les conciernen. ¿Cómo podríamos ser vomitados de su boca —dicen—, siendo de Cristo? Pero, ¿quién les dijo que verdaderamente le pertenecen? ¿Da el Espíritu Santo, diariamente, testimonio a sus corazones, a su espíritu de que son hijos de Dios?

---

### Advertencias solemnes

---

Nosotros, que hemos hecho de la seguridad de la salvación una certeza matemática, que creemos salvarnos como dos por dos son cuatro, recordemos algunos textos aptos para hacernos reflexionar:

*No todo el que me dice: "¡Señor, Señor!", entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros?". Entonces les declararé: "Nunca os conocí. ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!" (Mateo 7:21-23).*

*Pero sois vosotros los que cometéis el agravio y defraudáis, y lo hacéis contra los hermanos. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engaños: ni los lujuriosos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:8-10).*

*Las obras de la carne son fáciles de reconocer, y son: adulterio, inmoralidad sexual, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas. En cuanto a esto, os*

*advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21).*

Y Jesús añade:

*—Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Después de que el dueño de la casa se haya levantado y cerrado la puerta, empezarán a llamar desde fuera diciendo: “Señor, Señor, ábrenos”. Mas él os responderá: “No sé de dónde sois”. Entonces comenzarán a decir: “Contigo hemos comido y bebido y en nuestras plazas has enseñado”. Pero replicará: “Os digo que no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos los que practicáis la injusticia” (Lucas 13:24-27).*

Nadie se puede burlar de Dios. No podemos tomar del cristianismo lo que nos agrada mientras ignoramos o rechazamos deliberadamente los valores absolutos de la vida cristiana. La Escritura nos muestra que el terrible destino de todos los cobardes, los homicidas, los incrédulos, los abominables, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y de todos los mentirosos, será el lago de fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21:8).

Estos pasajes y muchos otros prueban, inequívocamente, que a la venida de Cristo se llevará a cabo una gran selección. Para que este día no nos sorprenda y nos encontremos en una situación similar a la de las vírgenes insensatas, después de haber creído estar entre las prudentes, ¿tomaremos en serio la Palabra y examinaremos realmente si estamos en la fe?

---

### Un examen necesario

---

No es la gente del mundo la que dice: *¡Señor, Señor!* El mundo no ora. No son los teólogos liberales y racionalistas los que usan el nombre de Jesús para hacer milagros y expulsar demonios, ya que no creen en los milagros, como tampoco en el diablo y los demonios. ¿Quiénes son entonces estas personas que a menudo dicen: *¡Señor, Señor!*, que usan el nombre de Jesús, que escuchan su enseñanza y que participan de la Santa Cena?

Algunos círculos evangélicos creen poder encontrarlos en cualquier otro lugar que no sea su propia comunidad, dentro lo que llaman *la confesión cristiana sin vida*, mal fatal del que creen estar totalmente a salvo. Pero, ¿es realmente esta profesión cristiana sin vida la que dice: *¡Señor, Señor!*, la que cultiva encuentros de oración donde se invoca este nombre, la que se reúne a menudo para celebrar la Santa Cena? ¿No es más bien entre los círculos evangélicos donde podemos encontrar muchos de aquellos de quienes habla el Señor? ¿No es en su seno donde encontramos almas que conocen la doctrina del Señor e invocan su nombre,

pero sin cumplir su voluntad y sin manifestar que Cristo es el Señor de su vida?

Más aún, ¿no es también en estas comunidades en las que permanece todavía una cierta fe en el milagro y que, domingo tras domingo, se participa de la Santa Cena? ¿Por qué nos obstinamos en apartar la espada de nuestros corazones por más tiempo? ¿Por qué rechazar obstinadamente el colirio que Jesús nos ofrece para ungir nuestros ojos, para que no sigamos siendo ciegos y guías de ciegos? ¿Por qué decir: *la carta a Laodicea no nos concierne*, antes de haber permitido que Cristo nos hiciera estas preguntas personales y específicas: ¿Eres frío? ¿Eres caliente? ¿Eres tibio? Ahora estamos ante él. Lo sabe todo sobre nosotros y conoce nuestro corazón. Mientras su mirada lee hasta lo más profundo de nuestra alma, nos repite estas tres palabras: *¿Eres frío conmigo?*

Si lealmente, reconociendo nuestra miseria, nuestra falta de celo, podemos responder como Pedro, consciente de haber negado a su Maestro: —*Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero* (Juan 21:17). Entonces el Señor nos dirá con la misma mirada de amor intenso que desborda el corazón: *Puesto que no eres frío, ¿tienes entonces un ardiente amor por mí?* Y de repente, revelándonos a través de su cruz la medida de su amor por nosotros, nos hará captar la medida de nuestro amor por él, la forma en que hasta ahora hemos respondido a su amor. Pondrá ante nuestros ojos la vida de unos cuantos siervos ardientes: de un Pedro restaurado, de un Saulo de Tarso convertido y de muchos cristianos de todos los tiempos, cuyo corazón se consumía con una llama viva de amor por su amado Señor y que podían repetir con el apóstol Pablo: *Porque para mí el vivir es Cristo...* (Filipenses 1:21).

Si ante Cristo y esta nube de testigos no podemos más que desmoronarnos y confesar con lágrimas: *¡No, Señor, no ardo de amor por ti! Hasta ahora he dicho que te conozco, pero no te he amado de verdad*», entonces Cristo, siempre ante nosotros, sólo puede inevitablemente decirnos: *“Si no sois ni fríos ni calientes, ¿seréis tibios?”* (Apocalipsis 3:13-20). ¡Tibio!... Ni frío, ni caliente, tibio. Esta terrible palabra con sus consecuencias, ¿no es sin embargo la que quizás mejor caracteriza nuestro estado espiritual?

¿Por qué persistir en negar la evidencia y correr, cantando himnos, hacia el terrible juicio que alcanzará a los tibios? Porque lo que cuenta, en esta cuestión, no es creerse salvo, sino ver si de verdad no somos tibios. ¿No puedo engañarme acerca de mi propio estado? ¿No está la Palabra de Dios, precisamente para preservarme de toda ilusión y darme una seguridad que no es una certeza engañosa?

---

### La seguridad de la salvación

---

Sabemos que un verdadero creyente no puede perder su salvación; pero también sabemos que el demonio se esfuerza por poner a las almas en una posición

falsa, por ganarlas a una fe que no es la fe verdadera y llevarlas a creerse convertidas cuando no lo son en absoluto. Por eso es necesario tener claridad sobre esta cuestión capital de la que depende nuestro comportamiento aquí abajo y nuestro destino eterno. El testimonio de Dios es simple. Quiere que todo aquel que cree en el nombre del Hijo de Dios sepa que tiene vida eterna (1 Juan 5:13).

Su deseo es que todos podamos decir como el apóstol Pablo:

*Ahora pues, justificados por la fe tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1).*

*Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8:1, 38-39).*

Claramente, toda la Escritura nos muestra que la seguridad de la salvación no descansa en nosotros mismos. Ni el celo, ni el fervor, ni la piedad, ni la ciencia, ni las obras, ni el grado de santificación que un hombre crea haber alcanzado pueden procurarle la seguridad de su salvación. Las valoraciones humanas tienen un valor muy relativo y solo pueden conducir, en este dominio, a la presunción o a la desesperación.

La seguridad de la salvación tiene su base fuera de nosotros mismos. Se basa en la obra realizada por otro, en la obra perfecta de Cristo en la cruz del Calvario. Allí, habiendo cargado con nuestras culpas, el Hijo único de Dios dio su vida por la salvación de los pecadores. La redención de los culpables fue totalmente cumplida en la cruz. Los derechos de un Dios justo y santo fueron plenamente satisfechos, de modo que quien cree en Jesucristo y confía en los méritos de su obra sabe con plena certeza que es salvo para siempre (Juan 10:27-28).

La salvación que Dios da a los pecadores es una salvación por gracia. No proviene de nosotros ni de nuestras obras (Efesios 2:8). Sin embargo para que este don gratuito de Dios ofrecido a todos (Tito 2:11) sea nuestro, para que los resultados gloriosos de la obra perfecta de Cristo se apliquen a nosotros, es necesario que, por fe viva, aceptemos y nos apropiemos de este don maravilloso, de esta gran salvación. Ahora bien, esta vida eterna que se nos presenta no es un objeto o una doctrina sino una persona, Cristo mismo, que quiere entrar y vivir para siempre en nuestros corazones. Sólo entonces llegamos a ser hijos de Dios (Juan 1:12), ovejas de Jesús que nadie puede arrebatar de su mano, ni de la mano de su Padre.

Pero hay fe y fe. Santiago dice en su epístola que una fe sin obras está muerta (Santiago 2:14-26). Esta fe muerta no puede salvar. La fe salvadora no puede ser

una mera adhesión intelectual a las verdades del cristianismo. En consecuencia, bien podríamos encontrarnos en la situación de un hombre que, educado desde la niñez en las verdades cristianas, las ha asimilado, posee un credo ortodoxo sobre la justificación por la fe, la resurrección de los muertos y el juicio eterno y sin embargo no tiene a Cristo, el Cristo vivo, en su corazón. ¿Cómo sabremos si nuestra fe es salvadora? ¿Cómo podemos estar seguros de que la vida eterna está en nosotros?

---

### El carácter de la verdadera fe

---

La fe que salva produce obras, como la ley de toda vida es dar fruto. Jesús dijo: *... por sus frutos los conoceréis* (Mateo 7:20). ¿De qué fruto se trataba? Incuestionablemente del fruto del Espíritu, que Pablo describe como *... amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza* (Gálatas 5:22-23), ese conjunto de todas las gracias que da al creyente una personalidad atrayente en la que el mundo reconoce a Cristo

Según la declaración del apóstol Pedro, el que tiene a Dios por Padre, ha recibido de su poder divino

*... todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia. Por medio de estas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas para que, después de escapar de la corrupción que hay en el mundo por causa de los malos deseos, lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina* (2 Pedro 1:3-4).

El creyente tiene entonces comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo. Sus deseos, sus aspiraciones, su alegría perfecta se encuentran en él.

A partir de entonces, se esfuerza por añadir a la *fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor* (2 Pedro 1:5-7). Así, quien se ha hecho hijo de Dios, manifiesta su relación con su Padre caminando en la luz, como Dios mismo está en la luz (1 Juan 1:5-7). De esta forma nos encontramos no sólo en comunión con Dios, sino también con todos aquellos con quienes Dios está en comunión y que son nuestros hermanos.

*Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos...* (1 Juan 3:14).

La Palabra de Dios es clara. Si Dios no quiere que los creyentes tengan dudas y miedo, tampoco quiere que los hombres se engañen peligrosamente acerca de la realidad de su fe. Toda la primera epístola de Juan da testimonio de esta doble



preocupación. ¿Cómo podemos pretender tener comunión con Dios mientras caminamos en la oscuridad? O somos mentirosos o no practicamos la verdad. ¿Cómo podemos decir que le conocemos si no guardamos sus mandamientos? De nuevo mentimos y la verdad no está en nosotros; y el destino de los mentirosos es el lago de fuego (Apocalipsis 21:8). ¿Cómo podemos proclamar que amamos a Dios mientras nuestro corazón está lleno de odio contra nuestro hermano? De nuevo mentimos, y esta mentira nos conduce al lago de fuego. Si no amamos a nuestro hermano, a quien vemos, ¿cómo podemos amar a Dios al que no vemos? (1 Juan 4:20). ¿Cómo podemos pretender caminar en el Espíritu mientras vivimos en la carne haciendo las obras de la naturaleza humana? (Gálatas 5:16). ¿Acaso no seremos hallados falsos testigos de Dios y nuestro fin no será el mismo que el de todos los cobardes e incrédulos que poblarán el lago de fuego?

Por otra parte, si andamos en luz, como Dios está en luz, guardando sus mandamientos, amando a nuestros hermanos, haciendo justicia, el Espíritu Santo que mora en nosotros nos libra de todo temor, dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. El Espíritu Santo no puede dar este testimonio más que a aquellos que son guiados por él. Estos son los hijos de Dios (Romanos 8:14-16). ¿Significa esto que los creyentes están libres de toda falta, que ya han alcanzado la perfección? ¡Lejos de ello! Porque si es verdad que tienden, que avanzan hacia la perfección (Filipenses 3:12-14), saben bien que todavía tropiezan en muchos aspectos (Santiago 3:2). Si dijeran que no habían pecado, ¿de qué serviría la sangre de Cristo que limpia de todo pecado a los que andan en la luz? (1 Juan 1:7).

---

### La vida en luz

---

Caminar en la luz hace que el alma aprecie la sangre de Cristo. Porque caminar en la luz es vivir y avanzar en la plena manifestación de todo lo que Dios es, en la claridad de este Dios santo, justo y puro que Cristo nos ha revelado aquí abajo. Este caminar a la luz del Dios santo nos revela la profundidad de nuestra miseria, la corrupción, las mentiras y la soberbia de nuestros incurables corazones. Sin la acción de la preciosa sangre de Cristo, a la que el creyente puede mirar continuamente, este caminar en la luz le llevaría a la desesperación. ¡Pero gracias sean dadas a Dios! Cuanto más se revela la naturaleza maligna del creyente, más se encuentra de acuerdo con Dios, quien ha traído sobre él un veredicto de condenación y muerte. Un verdadero hijo de Dios, por lo tanto, todavía puede tener pensamientos de orgullo, celos, enemistad e impureza en su corazón. Pero, teniendo una nueva naturaleza, ya no siendo deudor de la carne para vivir según la carne (Romanos 8:12), lleva sobre tales pensamientos el juicio del Dios santo, teniendo siempre en su cuerpo la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en él (2 Corintios 4:10).

Caminar en la luz es caminar por un camino donde todo pecado manifestado ya no es tolerado, sino juzgado constantemente, posibilitando así la comunión ininterrumpida con Dios y la manifestación del fruto del Espíritu, la vida en abundancia, la libertad real que Jesús prometió. Sin embargo, un verdadero creyente puede relajarse en su marcha hacia adelante que es la vida cristiana. Vive en un mundo hostil, donde reinan todo tipo de deseos que apelan constantemente a su vieja naturaleza, que su fe considera muerta, pero que no acepta morir. Si las acciones groseras del cuerpo parecen estar definitivamente muertas, la lujuria se volverá más sutil. Por pequeñísimas cosas toleradas en nuestra vida, por el abuso de las cosas legítimas, poco a poco irá afianzándose en nuestro corazón, y, en el momento en que nuestros ojos hayan perdido de vista al Señor, la caída se hará inevitable.

¿Qué pasa entonces? Habiendo roto el pecado la comunión con Dios, siendo afligido el Espíritu Santo y no pudiendo ya dar su testimonio vivo en nosotros, un profundo sufrimiento se asienta en nuestros corazones. El alma que ha disfrutado verdaderamente de la comunión con Dios ya no puede vivir sin ella. Lejos de él, es tan infeliz que le será totalmente imposible permanecer mucho tiempo en el oscuro camino del pecado (Salmo 32). Esta alma será rescatada de su error por el cuidado del buen Pastor que la salvó, y encontrará en la humillación, la confesión y el abandono de su culpa, el perdón del Dios santo y el gozo de la salvación (Salmo 51. 1 Juan 1:9). Entonces aprenderá que su única salvaguarda es mantener los ojos fijos en Jesús (Hebreos 12:1-2), porque, como dijo alguien: *¡No puedes mirar a los ojos de Jesús y pecar!* Por tanto, si un cristiano puede pecar, holgazanear, caer en el sueño espiritual y en la tibieza, lo cual es inconcebible si es un verdadero hijo de Dios, es porque vive y permanece en tal estado (1 Juan 3:4).

Si con demasiada frecuencia, ¡ay!, le sucede al cristiano tener pensamientos de orgullo, celos, animosidad o avaricia, lo que es imposible para el hombre verdaderamente regenerado, es que sigue siendo un ser orgulloso, celoso, colérico, que se deleita en enemistades y querellas, injusto, inmodesto, avaro. Antes podría ser así, pero si realmente conoció a Cristo, ha sido lavado, santificado, justificado en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios (1 Corintios 6:9-11). En Cristo es ahora «una nueva criatura: las cosas viejas pasaron, y ahora todo es hecho nuevo» (2 Corintios 5:17). No perdemos nuestra salvación, pero Cristo está en nosotros o no está.

*No os engañéis*, cuán solemnes son estas palabras que la Escritura dirige a todos aquellos que, llamándose cristianos, creen que pueden tolerar en su vida, no tanto los pecados considerados graves, sino la mentira y todas sus hermanas: la calumnia, la murmuración, la exageración. Un espíritu de contienda, envidia,

enemistad, celos, avaricia, o cosas similares a estas (Gálatas 5:19-21). ¡Así que, podrían estar viviendo engañados! Y para que no sea así, para que todos estén advertidos, la Palabra declara sin rodeos que a tales personas les será negada la herencia del reino de Dios. Y no es el recuerdo vehemente de sus prácticas, de sus formas y de su celo religioso lo que podrá abrirles la puerta ya cerrada. «*Nunca os conocí*» (Mateo 7:23), les dirá Jesús. No eran suyos, pues los suyos, él los conoce (Juan 10:14). ¡Nunca fueron de los suyos! No se trata, pues, de creyentes que habrían perdido la salvación, sino de personas que se creían cristianas sin haber pasado nunca por el nuevo nacimiento, por la conversión, que no es una simple fórmula teológica, sino la manifestación exterior de una vida transformada interiormente.

Recordemos siempre que *el justo por la fe vivirá* (Romanos 1:17) y que la seguridad de la salvación no nos llega en un estado de éxtasis, ni siquiera en una experiencia pasada, sino en una marcha hacia adelante, en esta carrera hacia la meta, en esa búsqueda que tiene por objeto el premio del llamamiento celestial de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3:14) Tener vida eterna no es recordar el día de tu conversión, sino conocer a Dios hoy y vivir en constante relación con Él en Jesucristo (Juan 17:3).

*Y que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.*

(1 Tesalonicenses 5:23)

## **Esperanza y fe**

Cuando una persona necesita redescubrir los fundamentos de la fe cristiana, es llevada a mirar al pasado, a sondear los Evangelios y todo lo que las Escrituras le enseñan acerca de Cristo: su nacimiento, sus actos, sus palabras, su amor, sus sufrimientos, su muerte y su resurrección. Por el contrario, si los cimientos de su fe son sólidos y no cuestiona lo que cree que es un dato revelado, su preocupación esencial como cristiano lo orientará hacia la vida presente. Nacido del Espíritu, el amor de Dios está en su corazón e influye en todo su comportamiento cotidiano hacia el prójimo. Caminando por fe, el Espíritu Santo le hace consciente de las obras terrenas a las que lo llama su vocación celestial. Para cumplirlas, su ayuda le viene de la continua intercesión de Cristo glorificado, sentado a la diestra de Dios. Pero, mientras trabaja hoy por la felicidad del hombre, el discípulo de Cristo no puede ignorar los acontecimientos previstos para el mañana. Aquí tiene su lugar la esperanza de la fe, que le lleva a fijar la mirada en el futuro, en este Jesús que ha venido y que volverá.

---

### **Definición de esperanza**

---

En su sentido general, la esperanza es la expectativa de un bien deseado. En el lenguaje de la Biblia, este término se usa para designar el deseo y la espera de los bienes que Dios nos ha prometido (Salmo 119:74). La esperanza ocupa un lugar importante en las Sagradas Escrituras. Es común al Antiguo y al Nuevo Pacto. Sin embargo, en el Antiguo Testamento, aparte de la venida de un libertador, la esperanza no se elevó mucho más que la expectativa de los bienes temporales, mientras que en el Nuevo Testamento estos se desvanecen para dejar lugar a los bienes espirituales imperecederos, la fuente de todos los demás bienes (Lucas 12:31). La esperanza del Nuevo Testamento se refiere con mayor frecuencia al regreso de Cristo (Tito 2:13), y todo lo que su venida traerá a los creyentes y a toda la creación (Romanos 8:20-23). La esperanza es un elemento tan esencial en la vida cristiana que este término se sustituye a veces por el de fe, para designar todas las verdades del cristianismo, porque la esperanza incluye todo lo que concierne a nuestra salvación, la realización total del plan de Dios para nosotros (1 Pedro 3:15; Hebreos 10:23).

Si las esperanzas de este mundo son efímeras e inciertas, porque muchas veces están mal fundadas, la esperanza cristiana es una gloriosa seguridad que

se funda en las promesas divinas y que, por tanto, equivale a la certeza de la fe. La esperanza que se vuelve hacia el futuro no podría ser certeza si no se fundara en la fe que mira al pasado y al presente, es decir, que se apoya por un lado en la cruz del Calvario y en la tumba vacía, hechos históricos, y sobre el hecho presente de la soberanía invisible de Jesucristo sentado a la diestra de Dios. La fe hace ciertas las cosas que se esperan y es evidencia al alma de lo que no se ve (Hebreos 11:1). La esperanza constituye con la fe y el amor las bases esenciales de la vida del cristiano, las tres cosas que permanecen en un mundo donde todo es vanidad, (1 Corintios 13:13).

Hermana de la fe y del amor, la esperanza no puede separarse de ellas. No puede aislarse porque sin fe la esperanza no tiene fundamento, y sin amor carece de resplandor. Del mismo modo aquí abajo, la fe y el amor no pueden eliminar la esperanza, que es la alegría de la fe o, según Calvino, la perseverancia de la fe y el poder del amor. La esperanza es un casco que adorna y protege nuestra cabeza (1 Tesalonicenses 5:8). Sigue siendo un ancla de nuestra alma, segura y sólida, que penetra hasta el interior del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor (Hebreos 6:18-20). Es la puerta que nos saca de nuestras más profundas dificultades (Oseas 2:15).

---

### **La naturaleza de la esperanza**

---

Por su principio, por su objeto y por su motivo, la esperanza es una virtud sobrenatural, una poderosa fuerza espiritual. Es un don de Dios (1 Tesalonicenses 2:16). Fue puesta en el corazón del hombre tan pronto como perdió, a causa del pecado, la posesión de lo que Dios le había confiado. Desde la caída el Dios Santo y Justo se manifiesta a Adán y Eva como el Dios de la esperanza (Romanos 15:13), dando una promesa de misericordia a la pareja pecadora. La humanidad no sería esclavizada para siempre por Satanás porque la descendencia de la mujer, Cristo, nacido de la Virgen María, quebrantaría su poder (Génesis 3:15). Todo el Antiguo Testamento está orientado a la realización de esta esperanza. En esta expectativa vivieron los patriarcas, Moisés, jueces, reyes y profetas. Cuando por fin apareció Cristo fue para los que creían en él el centro de su esperanza (Lucas 24:21).

Todo el Nuevo Testamento nos prepara para el regreso de Cristo y el cumplimiento literal de todo lo predicho por los profetas. Así, el objeto de la esperanza de la fe es ante todo una persona, Cristo, que es vida eterna. La esperanza cristiana, por tanto, no es una concepción vaga de la otra vida, acompañada de la convicción filosófica de que estamos destinados a una existencia posterior. Tampoco es la aspiración innata de toda criatura de sacudir el yugo de la servidumbre para alcanzar la libertad. Es la certeza fundada en las promesas divinas

de que estamos llamados a la vida eterna, que para esto todo está cumplido, y que desde aquí abajo, por su Espíritu, Dios nos da la garantía de nuestra herencia (Efesios 1:11-14). La esperanza, por tanto, no se opone a la seguridad plena y pacífica, sino a la posesión actual y completa de la salvación (Romanos 8:24-25). Lejos de ir acompañada de miedo y sufrimiento, como siempre ocurre con la incertidumbre, la esperanza trae alegría, porque está motivada por los atributos de Dios. Se basa en el poder, la bondad y la fidelidad de un Dios que no puede mentir (Tito 1:1-2).

Por tanto, la esperanza corona la fe, que sigue siendo la única condición de la salvación. Sin fe no puede haber esperanza (Romanos 4:13-22). Jesucristo vino y lo hizo todo para hacer posible la obra de nuestra salvación. Pero si la fuente de la salvación está en la gracia de Dios, el hombre debe recibir por una fe viva el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Entonces el Espíritu Santo nos aplica los resultados de la muerte y resurrección de Jesucristo. Esta obra del Espíritu Santo tiene su comienzo visible en la conversión del pecador y continúa diariamente en la muerte al yo y en una vida de fe siempre renovada en aquel que perfeccionará su obra en nosotros en su venida (Filipenses 1:6).

---

### El carácter de la esperanza

---

En comparación con la Ley de Moisés, que no guió nada a la perfección, la venida de Jesucristo trajo a este mundo una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios (Hebreos 7:19). Es una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5:5). El apóstol Pablo deseaba que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, diera a los cristianos de Éfeso espíritu de sabiduría y de revelación en su conocimiento, e iluminara los ojos de sus corazones, para que supieran cuál era la esperanza que acompañaba a su llamamiento (Efesios 1:17-19). A los colosenses, el mismo apóstol señala que el misterio glorioso escondido en todos los tiempos y en todos los siglos, pero revelado ahora a sus santos, es *Cristo en vosotros, la esperanza de gloria* (Colosenses 1:27b). A los tesalonicenses Pablo les dirá que *Dios nuestro Padre... nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia* (2 Tesalonicenses 2:16b). A Tito, el apóstol le hablará del *feliz cumplimiento de nuestra esperanza y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo* (Tito 2:13).

El apóstol Pedro escribió en su primera epístola: *que [Dios] según su gran misericordia y por la resurrección de Jesucristo de los muertos, nos hizo renacer a una esperanza viva* (1 Pedro 1:3b). Por eso quiere que sus lectores tengan plena esperanza en la gracia que les será brindada cuando Jesucristo aparezca.

---

## El objeto de la esperanza

---

Si la presencia de Dios en la bienaventuranza eterna es evidentemente el objeto supremo de nuestra esperanza, surge una pregunta. ¿Cómo vamos a entrar en esta bienaventuranza? ¿Será a través de la muerte? Imposible, ya que la muerte no forma parte de la esperanza cristiana. Las Escrituras nunca nos hacen ver la muerte como una esperanza feliz. Incluso derrotada, la muerte sigue siendo la paga del pecado. ¿Será entonces por la resurrección? Ciertamente, la resurrección se nos presenta varias veces en los Hechos de los Apóstoles, como la esperanza misma de Israel, esperanza por la cual Pablo fue sometido a juicio (Hechos 23:6, 24:15, 26:6-8, 28:20). Pero la resurrección siempre presupone la muerte. Y es aquí donde llegamos al meollo de todo lo que desarrollamos en este libro. La esperanza específicamente cristiana, la esperanza bienaventurada, la esperanza viva, es el regreso de Jesucristo, tal como se nos presenta en las Escrituras y especialmente en el Nuevo Testamento.

*No todos moriremos —exclama Pablo, escribiendo a los Corintios— pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la trompeta final... (1 Corintios 15:51-52).*

A los Tesalonicenses, el apóstol describe este acontecimiento aún más detalladamente y afirma que los vivos, dejados atrás para la venida del Señor, serán todos arrebatados con los muertos en Cristo, resucitarán e irán juntos sobre las nubes al encuentro con el Señor en el aire (1 Tesalonicenses 4:3-18). Entonces, la resurrección de entre los muertos, la primera resurrección es uno de los hechos que acompañarán la venida de Jesús sobre las nubes del cielo para llevarse su Iglesia. Entonces se cumplirá la Palabra que Jesús dijo en la tumba de Lázaro:

*Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente (Juan 11:25-26).*

¡No todos moriremos! La esperanza de la fe no es la muerte, sino la venida de Jesús como Salvador quien, «transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3:21). Jesús regresa primero por los suyos, a quienes toma consigo, para regresar con ellos a establecer su reino en poder y gloria.

No vamos a considerar todos los acontecimientos que forman la escatología bíblica. Simplemente estamos diciendo que creemos en el cumplimiento literal de todo lo escrito sobre este tema, y esto por la buena razón de que las profecías que anunciaban la primera venida del Señor tuvieron un cumplimiento literal (Lucas 24:44). ¿Con qué derecho podemos pretender que los hechos sobre el regreso de Cristo puedan ser objeto de una interpretación particular? Esto sería



oponerse abiertamente a la enseñanza apostólica (2 Pedro 1:20). Creemos, por tanto, en la distinta vocación del pueblo de Israel en el tiempo, con vistas al cumplimiento de los propósitos benévolos de Dios para el mundo entero.

Si esto no fuera así, toda una parte de la Biblia perdería su relevancia y su autoridad real quedaría comprometida. Por otra parte, al querer aplicar a toda costa a la Iglesia lo que concierne directamente al pueblo judío, pueblo testigo de la bondad y de la severidad de Dios, caemos en la confusión y fomentamos el antisemitismo intelectual entre los cristianos. Si la Iglesia quiere tener un mensaje claro que llevar al mundo, una esperanza viva que presentar a los cristianos, es urgente que los teólogos y todos los que predicán en el nombre del Señor reconsideren su posición respecto a la evolución del mundo, de la Iglesia y de Israel.

---

### Los efectos de la esperanza bienaventurada

---

Ninguna verdad bíblica puede estimular tanto el celo por la evangelización como la expectativa actual del regreso de Cristo. La Iglesia primitiva es la demostración de nuestra afirmación. Debemos estar preparados, no porque haya enfermedad o vejez y la muerte amenace, sino porque Jesús viene pronto, para pagar a cada uno según su obra (Apocalipsis 22:12). Esta verdad también tiene un efecto santificador en la vida de los cristianos. El apóstol Juan afirma que *todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él también es limpio* (1 Juan 3:3). También, a través de esta enseñanza, el apóstol Pablo animó a los creyentes que estaban pasando por duelo, escribiendo a los tesalonicenses: *Por tanto, animaos unos a otros con estas palabras* (1 Tesalonicenses 4:18).

Nada puede unir más a los cristianos hoy que el pensamiento del pronto regreso de Cristo. Ya que él regresará y traerá a los suyos a sí mismo, para llevarlos a donde él mismo está, y asociarlos con su glorioso reinado. Amémonos unos a otros y mostrémosle al mundo que, a pesar de nuestras diferencias en puntos de vista sobre lo secundario, el mismo sentimiento, el mismo amor, el mismo pensamiento nos instan a caminar para encontrarnos con aquel que regresa.

---

### Cristo nuestra esperanza

---

Si la Iglesia de Jesucristo ya no cree en el regreso de aquel del que todavía predica, y si en lugar de prepararse cree poder establecerse en este mundo para reinar en la tierra donde su Maestro fue crucificado, ha perdido de vista su verdadera vocación y su testimonio está llegando a su fin. Debido a que la esperanza de la fe ya no está viva en muchos cristianos su visión espiritual ha disminuido. Las verdades más claras y elementales les resultan oscuras. Las nociones

más precisas se les han vuelto vagas. Solo queda un paso para que la duda invada los corazones. El desánimo y la depresión asolan las almas. Y, abandonando a los líderes espirituales, la gente corre al psiquiatra.

Por haber descuidado la esperanza, por haberla disminuido o distorsionado, la Iglesia y muchos cristianos han caído en el sueño espiritual y multitud de bautizados se han vuelto ateos o agnósticos. Que el Espíritu Santo, que sopla donde quiere, despierte nuestras conciencias y nuestros corazones para que redescubramos la esperanza que animó a los santos de la Iglesia primitiva y que en este mundo, dando la espalda a los ídolos del presente siglo, sirvamos al Dios vivo y verdadero mientras esperamos desde el cielo a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, Jesús, quien nos libra de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:9-10). Entonces daremos a conocer entre los paganos de este siglo la riqueza gloriosa de este misterio:

*Cristo en nosotros, esperanza de gloria (Colosenses 1:27b).*

## **Mientras le esperamos**

Dios no nos ha llamado a cristianizar el mundo, es decir, a difundir entre las masas, por cualquier medio, el conocimiento de un Jesús y de una doctrina que quede fuera de la vida de las almas. El evangelio de Jesucristo no es un ideal que perseguir, ni un modelo que imitar, ni una influencia a la que someterse. Es una persona a la que aceptar (Hechos 5:20).

---

### **No hay naciones cristianas**

---

La cristianización de las masas sólo influye superficialmente en las almas; no las cambia, sino que las lleva al adulterio espiritual. Porque si los que conocen el evangelio continúan viviendo como el mundo y según sus principios, se hacen enemigos de Dios (Santiago 4:4). Por tanto, la tarea de la Iglesia no es cristianizar el mundo, sino evangelizarlo. Si hoy existen países cristianizados, recordemos siempre que no existe una nación cristiana. Sólo el cuerpo de Cristo es cristiano en el mundo, del cual todo verdadero creyente es miembro.

Quien evangeliza según la orden de Jesús resucitado, debe ver desapego del mundo y de su vana manera de vivir en las personas que reciben su mensaje y creen en Cristo por su palabra. De ahora en adelante estas almas todavía están en el mundo, pero ya no son del mundo. Son parte de ese pueblo de extranjeros en la tierra que se autodenominan *la Iglesia del Dios vivo* (1 Timoteo 3:15). Es el pueblo de Dios aquí abajo, no un pueblo que va a la iglesia, sino la Iglesia de Dios que trabaja las veinticuatro horas del día.

---

### **La evangelización divide el mundo, pero no lo cambia**

---

La verdadera evangelización apunta al nacimiento, formación y crecimiento de un nuevo pueblo, formado de personas de toda nación, tribu, raza y lengua. Su objetivo es hacer de los seres de carne discípulos de Jesucristo, seres que tengan en este mundo una nueva naturaleza, una vocación celestial. Ahora bien, la predicación del evangelio es el medio que Dios utiliza para llamar a los que él escogió, desde antes de la fundación del mundo, a ser santos e irreprochables delante de él (Efesios 1:4). Aquellos que obedecen el evangelio y creen la palabra de verdad que se les predica son sellados con el Espíritu Santo prometido, que es

la garantía de nuestra herencia. Se convierten en aquellos que Dios ha adquirido en Jesucristo, para ser, desde aquí en la tierra, para alabanza de la gloria de su gracia (Efesios 1:13-14).

Pero el mundo al que Dios descendió en Jesucristo, para llamar y salvar a los hombres, sigue siendo el mundo: un sistema ajeno a la vida de Dios, una esfera de oscuridad dominada por Satanás, donde reina la corrupción que existe por la lujuria. En este ambiente perverso el hombre que acepta el evangelio se hace partícipe de la naturaleza divina y recibe de Dios todo lo que contribuye a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que lo ha llamado por su gloria y por su virtud (2 Pedro 1:3-4). Por tanto, el cristiano sabe qué esperanza está asociada a su llamamiento. Sabe cuáles son las riquezas de la gloria de la herencia que Dios reserva para los santos, y experimenta la infinita grandeza de su poder que se manifiesta eficazmente, en virtud de su fuerza en aquellos que creen en él (Efesios 1:18-19).

Al dejar al creyente en el mundo, el evangelio lo separa de este presente mundo malo, renueva su entendimiento y lo convierte así en testigo de Cristo, capaz de discernir aquí en la tierra cuál es la voluntad de Dios, cuál es el bien, lo agradable y lo perfecto. Así, la evangelización divide el mundo, pero no lo cambia. Cada vez que un alma se salva, el mundo pierde a uno de los suyos y el diablo a uno de sus esclavos. Nos parece importante insistir en estos hechos, para mostrar claramente que no podemos evangelizar hoy sin entender lo que es el evangelio por un lado, y sin tener en cuenta la escatología bíblica por otro lado.

---

### Testigos de su Hijo

---

Debemos recordar lo que la Biblia anuncia sobre el fin de los tiempos. Hay un tiempo para todo bajo el sol. Si Jesucristo sigue siendo siempre el mismo, no nos corresponde a nosotros cambiar los tiempos y las estaciones. La primavera no es otoño y el verano no es invierno. No podemos recoger flores de primavera en invierno ni frutos de otoño en verano, a menos que los comamos verdes. Por lo tanto, sería peligroso, porque estamos entre los que creemos en el poder del Espíritu Santo y en un Señor siempre fiel, querer a toda costa, en nuestro celo por Dios, replicar en nuestro tiempo los resultados de la evangelización de la Iglesia primitiva y renovar sus éxitos en términos de número de conversiones o en términos de curaciones milagrosas.

Cuando la iniquidad aumente y prevalezca en la tierra, y el amor de la mayoría se enfríe, ¡no se trata tanto de tener éxito ni de hacer milagros! Más bien se trata de perseverar hasta el fin (Mateo 24:12-13) es decir, ser en todo tiempo y en todo lugar lo que Dios espera de nosotros, testigos de su Hijo. Si entendemos esto, no nos desanimaremos ni nos deslumbraremos por los resultados de nues-

tras misiones, ni nos preocuparemos ni nos sentiremos eufóricos por el éxito de nuestras futuras campañas.

Los que deben ser salvos son aquellos a quienes Dios escogió desde antes de la fundación del mundo. Nuestra tarea es ser colaboradores de Dios, sus dóciles instrumentos y no sus agentes (1 Corintios 3:9). Fundamentados en la Palabra, sabemos que el Señor ha anunciado de antemano que no debemos confiar en nuestros esfuerzos para cambiar el mundo:

- De los cuatro terrenos sobre los que cayó el grano solo uno produjo fruto (Mateo 13:3-23).

- La cizaña crecerá con el trigo hasta la cosecha, y no nos corresponde a nosotros arrancarla (Mateo 13:24-30).

- En tres medidas de harina, en la masa pura del evangelio, se ha puesto la levadura, elemento de corrupción, y las masas engañadas y decepcionadas por una religión hipócrita y sin vida ya no quieren de este pan leudado (Mateo 13:33).

Si todavía queremos anunciar el evangelio al mundo, nos corresponde a nosotros quitar, como dice el apóstol Pablo, la vieja levadura que leuda toda la masa, para que nosotros mismos seamos una masa nueva, sin levadura, porque Cristo, nuestra Pascua, ya ha sido sacrificada por nosotros (1 Corintios 5:6-7).

---

### **Una vida transformada**

---

Pero te preguntarás cómo podemos despertar en las almas el interés por Jesucristo. Esta es la pregunta que se hacen a menudo quienes están convencidos de que Jesucristo es el único Nombre dado a los hombres por el cual pueden salvarse. Se habla mucho de nuevos métodos a utilizar para predicar el evangelio, de la necesidad de un nuevo lenguaje para hacer accesible el nombre de Jesús a las masas descristianizadas. Se reclama un nuevo poder para realizar milagros y curaciones que acrediten el nombre del Señor entre la gente.

Por último, parece también que la propaganda hecha con los medios más modernos podría ciertamente despertar la atención de las multitudes sobre aquel a quien los cristianos todavía quieren presentar como Salvador del mundo. Si bien no queremos adoptar una posición negativa respecto de todo lo que se hace actualmente para anunciar el evangelio, seguimos firmemente convencidos de que el interés por Jesucristo no será suscitado principalmente por quienes predicán en su nombre, sino por la vida de todos los que dicen ser de él.

Una vida transformada, vivida en el mundo en completa consagración a Dios, suscitará el asombro de padres, vecinos, amigos y conocidos y llevará a hombres

y mujeres a preguntarse sobre el por qué de tal cambio. Este interés, que puede llevar a las almas a buscar por sí mismas la solución a sus problemas en Jesús, puede también, desgraciadamente, llevar a los corazones a aborrecer a quienes verdaderamente viven en Cristo. Por lo tanto, todos los que deseen atraer la atención de las almas hacia Cristo deben esperar, no ser bien considerados en este mundo, sino experimentar desprecio, persecución y odio.

De hecho, si algunos elogian la honestidad del cristiano, otros lo acusarán de hipocresía o imbecilidad. Si la sobriedad del hijo de Dios es citada como ejemplo por muchos, también será objeto del sarcasmo de quienes no quieren renunciar a ninguna de las satisfacciones materiales. Dondequiera que se presente la doctrina de Cristo en su forma absoluta, dondequiera que se reciban sus palabras tal como él nos las dio, dondequiera que se tomen literalmente, surgirán conflictos, y el alma liberada interiormente del yugo del mundo y del pecado, pasará por el fuego del crisol.

---

### Hacer presente a Cristo

---

Los predicadores deben recordar que evangelizar es presentar el evangelio al mundo. Este evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Romanos 1:16). Ahora el poder de Dios es Cristo mismo, con sus promesas y sus exigencias, este Cristo que vino a arrojar fuego a la tierra, este Cristo salvación de Dios, luz para las naciones y gloria de Israel; pero que sigue siendo piedra de tropiezo y signo de contradicción (Lucas 2:34). Llevar el evangelio al mundo es poner a las almas en contacto con aquel que dijo:

*No penséis que he venido a traer paz en la tierra; no he venido a traer paz, sino espada, porque he venido a enemistar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. Así que los enemigos de cada uno serán los de su casa (Mateo 10:34-36).*

Sí, el evangelio es ciertamente más que un mensaje, es una Persona que nos toma, nos posee, nos arranca de nosotros mismos, de nuestra familia, de nuestro entorno, y sólo nos devuelve al mundo muertos y resucitados en Cristo (Romanos 6; Colosenses 3).

Por lo tanto, en la predicación nos corresponde presentar a alguien, no una persona ausente, de un ser que una vez vivió en Palestina y que ahora estaría en el cielo. Se trata de hacer presente a Cristo en la tierra y de poner a las almas en relación con él, con vidas en las que continúa su encarnación, cumpliendo en santidad y justicia su misión de amor entre los pecadores, los pobres y los desafortunados de la tierra.

Para que las palabras de Cristo sean conocidas, recibidas y creídas es necesario que en este mundo los hombres y mujeres manifiesten la vida misma de Jesús. Así como Jesús dio a conocer el nombre del Padre a sus discípulos, a nosotros nos corresponde dar a conocer su nombre a los hombres de nuestra generación.

Pero, ¿cómo seremos acreditados ante nuestros contemporáneos y cómo recomendaremos nuestra doctrina en medio de todas las ideologías modernas? ¿No es esencialmente a través de nuestra vida? Es por la forma en que un hombre ama, sufre y muere que realmente sabemos quién es.

---

### **El evangelio es para todos**

---

Desahagámonos de nuestro fariseísmo y de nuestros prejuicios sectarios y no hagamos, con nuestros principios y nuestras formas, el evangelio inaccesible a quienes más lo necesitan.

- El evangelio es para los que no viven como nosotros; para aquellos que no tienen las mismas ideas que nosotros.
- El evangelio es para nuestros enemigos, para los que nos persiguen y hacen daño.
- El evangelio es para ladrones, asesinos, adúlteros, borrachos, malvados con los cuales nuestro Maestro no se negó a comer.
- El evangelio es para los falsos matrimonios, para las madres solteras, para los jóvenes delincuentes y para los ancianos abandonados.
- El evangelio es para los enfermos, los lisiados, los falsos, los prisioneros, los hambrientos, los sin hogar. y drogadictos.
- El evangelio es para aquellos que, trabajadores manuales o intelectuales, luchan para llegar a fin de mes.

Cristo amó a todos los desafortunados, a todos los rebeldes, a todos aquellos que, en la tierra no han tenido su parte de vida, de amor y de alegría. También el evangelio es para ellos y para todos aquellos que no son lo que deben ser, porque nacieron de hombres pecadores en una sociedad injusta y corrupta donde reina el egoísmo y el odio.

---

### **Lo que Dios espera de nosotros**

---

Dios no espera que presentemos a todas estas almas una doctrina particular. Él no confía en la fuerza de nuestros argumentos y el ardor de nuestras con-

vicciones para llevar a alguien a adherirse a nuestras ideas y profesar aceptar a Jesucristo. Él espera que llevemos a quienes no piensan como nosotros este amor que todo lo espera; a los que no viven como nosotros, este amor que todo lo excusa; a nuestros enemigos este amor que todo lo soporta y todo lo perdona (1 Corintios 13:7). Él espera que opongamos a la vida de los libertinos, de los malvados, de los crueles, de los injustos, no nuestra censura y nuestras lecciones morales, sino una vida santa, llena de bondad, gentileza, justicia y verdad. Él espera que carguemos con el peso de las angustias humanas, llevando dondequiera que se revelen la comprensión, la calidez y las posibilidades que provienen del propio amor de Dios derramado en nuestros corazones. Es el amor que se desnuda para enriquecer, que se rebaja para elevar, que lleva al hombre a morir por los demás, pero que en sí mismo nunca perece. Si el evangelio es ese amor, entonces el mundo verá que sigue siendo *poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree* (Romanos 1:16).



## **Preguntas vitales**

La predicación del evangelio en el mundo tiene el propósito de salvar almas y edificar el cuerpo de Cristo. Todos los cristianos están llamados a dar fuerza y crédito a esta predicación mediante el testimonio de su vida. El Espíritu Santo *recomienda* el mensaje del evangelista a través de las vidas cambiadas de aquellos que han sido alcanzados por la Palabra de Dios, que son ahora parte del pueblo de Dios en la tierra, una familia sobre la cual los ángeles y el mundo tienen los ojos abiertos (Efesios 3:10; Mateo 5:13-16). Si bien podemos distinguir la evangelización de la edificación, nunca debemos separarlas. Según las Escrituras, los evangelistas, así como los apóstoles, profetas, pastores y maestros, fueron dados «a fin de perfeccionar a los creyentes para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efesios 4:12).

---

### **¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!**

---

Sin predicar el evangelio se detiene la construcción de la Iglesia. Un edificio sin terminar pronto parece una ruina. Lo mismo ocurre con cualquier iglesia que no evangelice. ¿De qué serviría arreglar cuidadosamente los apartamentos, o pulir las piedras de una casa que quedó sin techo por falta de nuevos materiales? No tenemos que mantener un edificio sin terminar, ni tenemos que instalarnos en nuestro piso doctrinal. Hasta que no se haya puesto la piedra angular, hemos de construir. Por eso el apóstol dice: *¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!* (1 Corintios 9:16).

La evangelización debe sacar constantemente nuevas piedras del mundo (1 Pedro 2:5). El trabajo de los pastores y maestros consiste en cortar y dar forma a estas piedras traídas por el ministerio de los evangelistas, y colocarlas en el edificio sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular el mismo Jesucristo (Efesios 2:20).

---

### **La edificación de la Iglesia**

---

Sin esta obra de edificación la evangelización es también una obra incompleta e inacabada. ¿De qué sirve multiplicar las explosiones en una cantera si luego

se dejan las piedras desprendidas de la montaña esparcidas por el suelo? Dios no nos llama a hacer ruido con las detonaciones de «nuestras minas», ni a dar al mundo el espectáculo de piedras saltando por los aires, quedando finalmente sin uso en el fondo de la cantera. Nos llama a reunir estas piedras y moldearlas para el lugar que deben ocupar en el edificio en construcción.

Es natural que las almas salvas crezcan en la gracia de Dios y en el conocimiento del Señor Jesús a través de los ministerios que Dios ha dado

*... a fin de perfeccionar a los creyentes para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Así ya no seremos niños fluctuantes, arrastrados para todos lados por todo viento de doctrina y por aquellos que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. Más bien, al seguir la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Efesios 4:12-15).*

---

### **Todas las cosas son hechas nuevas**

---

Es de estas almas, que aún hoy experimentan a través del evangelio el poder de Dios para su salvación, de las que queremos hablar ahora. Durante una predicación, una persona profesa aceptar a Jesucristo como Salvador. El Espíritu de Dios realmente se movió en su corazón y comenzó su obra. Lo sepa, o no lo sepa todavía, esta alma ahora es parte del cuerpo de Cristo. Su fe la ha convertido en miembro de la Iglesia universal de Cristo. Regenerada por la Palabra de Dios y la acción poderosa del Espíritu Santo, esta alma todavía está en el mundo, pero ya no es del mundo (Juan 17:16). No es la enseñanza doctrinal la que le revelará esta posición, sino, sobre todo, las necesidades de su nueva naturaleza.

Si desde su conversión ha observado que en ella «la carne» sigue siendo la carne, en su espíritu experimenta, sin embargo, nuevas aspiraciones. No es el recuerdo de una decisión tomada lo que le lleva a no hacer más esto o a realizar aquello. Su conversión produjo en su corazón un cambio de pensamiento, de orientación. Para ella hay un entonces y un ahora (Efesios 2:11-13). Ella da testimonio de ello con sus palabras y con su vida. De ahora en adelante, tres principios fundamentales la guían: tiene en mente la gloria de Dios en todo lo que hace (1 Corintios 10:31), se preocupa por la salvación de su prójimo y actúa recordando que Dios quiere su santificación (1 Tesalonicenses 4:3). Así, la voluntad de Dios comienza a cumplirse en ella. El mundo da testimonio de ello. Pero su toma de posición también atrae oposición y le hace conocer la soledad.

---

## ¿Dónde encontrar a nuestros hermanos?

---

Por tanto, toda alma redimida por Cristo es llevada a buscar la comunión de los santos, de la Iglesia. Quiere conocer y encontrar hermanos con quienes poder hablar, orar, edificarse, crecer y servir al Dios vivo y verdadero mientras espera el regreso de Jesús. Pero ¿dónde podemos encontrar a estos hermanos, a esta comunidad? En muchas de nuestras ciudades no faltan iglesias evangélicas y todas ellas tienen el deseo y pretenden poder acoger en su seno a las almas tocadas por el evangelio. ¿Pero encontrarán allí estas almas el alimento que necesitan, la atención pastoral que requiere la infancia espiritual, la enseñanza útil para su crecimiento en Cristo?

Gracias a la diversidad de comunidades, existen formas de culto para todos los gustos. Hay comunidades muy litúrgicas, otras que no lo son en absoluto. Algunas tienen un ministerio único y bien establecido. Otras afirman reconocer el sacerdocio universal y dar a todos los fieles el derecho a expresarse. Pero todas afirman o creen que su forma eclesial es la mejor y la de los demás no es enteramente bíblica. Por lo tanto, no es raro que un alma recién nacida a la vida divina escuche estos diversos llamamientos: *Ven a nosotros, hay amor. Ven a nosotros, tenemos la verdad. Ven a nosotros, tenemos los dones del Espíritu. Ven a nosotros, encontrarás comprensión, podrás seguir fumando, bebiendo y nadie interferirá en tu vida privada. Venid a nosotros, somos despreciados, pero el Señor nos conoce.*

Entonces, ¿por qué no escuchar a Roma, que también podría decir: *Venid o volved a nosotros, queremos la unidad de todos los cristianos. Somos los más numerosos, los más antiguos, los más poderosos. No pierdas el tiempo. Volvemos a la Biblia. Nuestras traducciones son apreciadas y el Concilio ya ha iniciado una verdadera renovación en la Iglesia...?*

---

## Las verdaderas preguntas

---

Todas estas invitaciones son sinceras. Pero las preguntas vitales son éstas: ¿Nuestros ambientes religiosos son reconocidos por Dios y son capaces de edificar las almas? ¿Podrán ver la gracia de Dios entre nosotros? (Hechos 11:23). ¿Se sentirán animados por el ejemplo de los creyentes más antiguos? ¿Trabajaremos para unir sus corazones únicamente al Señor? ¿Nuestro grupo les permitirá vivir las enseñanzas de la Palabra de Dios y servir a Jesús como miembro de su cuerpo, teniendo una función bien definida? (1 Corintios 12).

Estas son las verdaderas preguntas que debemos hacernos seriamente. Estamos perdiendo de vista el verdadero asunto cuando discutimos nuestras formas

eclesiásticas, o el terreno sobre el cual teóricamente pretendemos reunirnos. Se trata para nosotros de estar en Jesús, para tener también a Jesús en nosotros y entre nosotros. Se trata de que manifestemos el fruto de su Espíritu a todos y usemos los dones de su Espíritu para el bien común. Se trata de saber acogernos unos a otros, como Cristo nos ha acogido, para gloria de Dios (Romanos 15:7).

Las comunidades dignas hoy de recibir los frutos de la evangelización son aquellas que no buscan el número, la autoridad humana ni otro poder que el del Espíritu, pero cuyos miembros, aún preocupados por este mundo, persiguen la justicia, la fe, el amor y la paz con todos los que invocan al Señor con un corazón puro (2 Timoteo 2:22). Jesús dijo:

*—¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor dijo: —Estos son mi madre y mis hermanos, porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (Marcos 3:33-35).*

¡Que así sea para nosotros!

## **Nos gustaría ver a Jesús**

Esta petición hecha por algunos griegos a Felipe (Juan 12:20-21) resume aún la necesidad más apremiante del mundo moderno. Desde su ascensión y el acontecimiento histórico de Pentecostés, Cristo se ha hecho visible aquí en su Iglesia, estando presente por su Espíritu en los miembros de su cuerpo. Para que el evangelio sea creído en el mundo, es necesario que la Iglesia crezca, y todos los que la componen sean perfeccionados en aquel que es imagen del Dios invisible: Jesucristo.

---

### **El ejemplo de la iglesia primitiva**

---

La evangelización es, por tanto, la primera obra realizada por Dios con miras a la manifestación de su Iglesia en el mundo. Siendo la predicación del nombre de Jesús la base misma de la edificación de su cuerpo, fácilmente comprendemos cuán importante es evangelizar a todos los pueblos de la tierra, bajo la dependencia directa de Dios por un lado, y en comunión con nuestros hermanos en la fe, por otra parte. La fuerza de la predicación del apóstol Pedro en Pentecostés brotó directamente del bautismo del Espíritu que acababa de transformar en un solo cuerpo a los ciento veinte reunidos en el cenáculo (Hechos 2:1-2; 1 Corintios 12:13).

Posteriormente vemos que era el Señor el que cada día *añadía a la iglesia a quienes habían de ser salvos* (Hechos 2:47). Estos salvos ahora formaban parte de una familia cuyos rasgos característicos nos son revelados en el libro de los Hechos. Todos los creyentes unidos con sus guías espirituales. Todo lo tenían en común (Hechos 4:32-37). Lo que llevó a las almas a creer en la resurrección de Cristo fue tanto lo que vieron en la Iglesia como los argumentos teológicos de los apóstoles: podían distinguir los rasgos de Cristo en aquellos que creían en él.

Sí, Jesús realmente resucitó. ¡Todo exclamaba que el sepulcro estaba vacío! La vida eterna se manifestó en la carne de los hombres mortales. Esta vida fue la de Jesús. Su amor burbujeaba en sus corazones. Su alegría, su paz, su paciencia, su bondad, su gentileza, su benevolencia, su fidelidad, su dominio propio, todas las virtudes de Cristo encontraron su extensión en quienes creían en él. Los hombres se amaban, se despojaban de sus posesiones para permitir que otros sobrevivieran y cumplieran su tarea. El testimonio de la resurrección de Cristo,

fundamento del cristianismo, fue asegurado y confirmado por la vida de sus discípulos; Jesús vivía en ellos.

---

### **Nuestra responsabilidad actualidad**

---

Incluso hoy, para que el evangelio se presente con poder, es necesario que Cristo se muestre al mundo en las vidas de aquellos que dicen ser suyos. La existencia de quienes invocan al Señor debe manifestar que Jesús es reconocido diariamente como el dueño de sus vidas y de sus bienes, como la fuente de sus pensamientos, la fuerza de su voluntad, el objeto de su amor, la satisfacción de sus deseos, la expectativa de su fe, la realización de su esperanza. Por sí solas las grandes campañas de evangelización, realizadas por los hombres más cualificados, nunca serán suficientes para revelar a Cristo al mundo. La organización más perfecta, los medios financieros más amplios, los mejores métodos, los mensajes más excelentes, nunca darán a la evangelización el poder que podría traer la unidad real de los hijos de Dios caminando juntos siguiendo las huellas de Cristo.

Demasiados cristianos se han acostumbrado a asistir a las reuniones sin darse cuenta de sus responsabilidades. Vienen como a un espectáculo y hablan de la predicación como el mundo comenta sobre una película o una obra de teatro. Demasiados hablan del predicador como el mundo habla de una estrella del espectáculo. Demuestran así que no saben a que vienen realmente. Vinieron a ver, si no a oír, algo nuevo, mientras el mundo esperaba contemplar a Cristo en ellos. Entendamos esto claramente: el mundo no verá a Jesús porque haya visto a diez, veinte, cien o quinientas personas levantarse y presentarse para testificar que han tomado la decisión de seguir al Señor.

---

### **La vida transformada de los fieles**

---

El mundo verá a Cristo cuando, fuera de nuestras iglesias, de nuestros templos, de nuestras capillas y de nuestros locales, vea que los miembros de nuestras comunidades ponen en práctica lo que han oído (Santiago 1:25). El pueblo creerá en el poder de la oración cuando vea nuestra oración transformada en acción real en el mundo, la acción de quienes creen que lo que piden a Dios se realiza en ellos y a través de ellos, sin que sea necesario esperar una señal particular para comenzar a trabajar (Marcos 11:22-24). En todo momento, la oración encuentra su respuesta en el cumplimiento inmediato de la voluntad de Dios (1 Juan 5:14-15).

El mundo descubrirá a Cristo cuando encuentre entre los cristianos a los ricos cuidando de los pobres, las viudas y los huérfanos; a personas sanas que visitan a

los enfermos; a los que intentan consolar a los más afligidos que ellos; a personas bien acomodadas en sus hogares dando la bienvenida a las personas sin hogar o mal alojadas; a los patrones mirando con interés los problemas de los trabajadores y a los propios trabajadores tomando en serio los intereses de sus jefes.

El mundo conocerá a Cristo cuando vea que quienes dicen pertenecerle forman verdaderamente un solo cuerpo, una comunidad de la cual Jesús es la cabeza...

*de quien todo el cuerpo, bien articulado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la función propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Efesios 4:16).*

Las multitudes se sentirán atraídas hacia Cristo cuando vean que entre los cristianos no hay acepción de personas y no se hace nada por partidismo sino que, en humildad, cada uno considera al otro como superior a sí mismo, y cada uno en lugar de mirar sus propios intereses, también considera los de los demás (Santiago 2:1; Filipenses 2:3-4).

Los hombres se acercarán a Cristo cuando vean que quienes claman al mismo Salvador se aman y se saludan en las calles, se buscan porque son hermanos, se necesitan verdaderamente, porque trabajan en la misma obra, obedeciendo a una sola dirección que coordina su acción. Los incrédulos se convertirán a Cristo cuando sepan que padres cristianos han entregado a su hijo o hija para servir la causa del Señor entre los caídos y los más miserables; cuando sepan que un joven, con un buen futuro en la sociedad, lo ha dejado todo para obedecer el llamamiento del Maestro para llevar su amor, su palabra y su vida a los paganos que viven en oscuridad y mueren sin Jesús.

Cuando el mundo contemple en la vida de los cristianos la renuncia que predica su evangelio, la obra de su fe, la obra de su caridad y la constancia de su esperanza (1 Tesalonicenses 1:3) verá también a Jesús, y muchos podrán creer que el antiguo evangelio todavía tiene algo que decirles (1 Pedro 1:24-25). En esta hora en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado, Cristo hará resplandecer su rostro e iluminará a todos aquellos a quienes su Palabra despierte (Efesios 5:14). Que estemos entre las vírgenes prudentes que escucharon el clamor de medianoche: *¡Aquí viene el novio, salid a recibirle!* (Mateo 25:6).

¡Es hora de que los burladores sepan que los creyentes van de camino al cielo!

*Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo.*

(Apocalipsis 3:20)



## **Conclusión**

¡Jesús viene! ¿Estás listo? Precisa, directa, personal, esta pregunta es para todos. Tú que lees estas líneas, ¿conoces realmente a Jesús como Salvador de tu alma y Señor de tu vida? ¿Lo has recibido, aceptado en tu corazón, aquel cuyo poder es el único capaz de transformar nuestras vidas? Si no es así, no endurezcas hoy tú corazón y escucha su voz. ¿Por qué sigues rechazando la Palabra de Dios que te juzgará en el último día? (Juan 12:48). ¿Por qué te juzgas indigno de la vida eterna, cuando Dios te la ofrece gratuitamente? (Apocalipsis 22:17).

Y tú que hasta este día creías haberla recibido, y que de pronto has reconocido tu imagen entre el pueblo tibio de Laodicea, ¿qué harás para escapar de la terrible amenaza de ser vomitado de la boca del Señor? Para asegurarte de no vivir en una trágica ilusión reconoce tu tibieza, vuélvete al Salvador, que no se contenta con detectar nuestra enfermedad, con poner el dedo en la herida de nuestro corazón, sino que, aún hoy, ofrece para todos los tibios un remedio: sé, pues, *fervoroso y arrepíentete* (Apocalipsis 3:19).

Despertado del sueño espiritual y despojado de toda superioridad moral, encontrarás el camino hacia la vida, la luz y el amor. Pero si rechazas la Palabra del Señor, si persistes en creer que eres rico, que no necesitas nada, cuando en realidad eres pobre, ciego y desnudo, que necesitas oro, vestiduras blancas y colirio, entonces sabe que no posees la vida de Dios. Además, a pesar de todos tus años de práctica religiosa, si no te conviertes sin demora lo único que te queda es la terrible perspectiva de ser vomitado de la boca del Señor junto con todos aquellos que, como tú, creyeron poder guardar la forma de la piedad, mientras negaban su poder (2 Timoteo 3:5).

*El que es injusto, que siga siendo injusto; el que es impuro, que siga siendo impuro; el que es justo, que siga practicando la justicia, y el que es santo, que se siga santificando. ¡Vengo pronto! Traigo mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según lo que haya hecho* (Apocalipsis 22:11-12).

Si todavía hoy encontramos en este mundo tres clases distintas de personas: los fríos, los tibios y los calientes, pronto llegará la hora en que ya no habrá lugar para los tibios. La corriente de maldad de este mundo se volverá tan poderosa que los tibios serán manifestados. Aquellos que no tienen la vida de Dios ya no

podrán resistir las demandas cada vez más apremiantes de un mundo dirigido por Satanás. Sus formas religiosas y sus principios morales no podrán frenarlos y serán arrastrados tras todos los contaminados que aún se contaminan, de todos los injustos que aún practican la injusticia y que descienden, sordos a toda llamada de Dios, al juicio eterno.

Por otra parte, los tibios, habiéndose vuelto tibios por su laxitud, su falta de vigilancia, su amor a las cosas terrenas, su olvido de sus responsabilidades cristianas, no podrán permanecer en su sueño espiritual. Abriendo de repente los ojos —y es ahora cuando debemos abrirlos— ante el estado del mundo y su propia condición, embargados por una tristeza que es según Dios, y que produce arrepentimiento para salvación, arrepentimiento del que no nos lamentamos; encontrarán como Pedro en las lágrimas amargas del arrepentimiento, el perdón de su Maestro y se unirán a todos los justos que aún practican la justicia, a todos los santos que aún están santificados, mientras se acercan a la Casa del Padre.

*Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo (Apocalipsis 3:20).*

Si es cierto que hoy, en todos los ámbitos del cristianismo, las almas tienen a Cristo viviendo en sus corazones, ¿cuántos son los que, en los mismos ámbitos de la vida, han dejado, dejan todavía, dejan siempre a Cristo detrás de la puerta? ¿No lo oyes llamar a la puerta? Quizás pensaste que lo habías recibido. ¡Creías que estaba en casa y de repente lo escuchas afuera! Lo que tenías dentro de ti era sólo su doctrina, su moral, sus principios, pero no era él, su adorable persona, quien es el único que da alegría, paz, vida en abundancia.

Ya que hoy lo oyes abre, abre sin demora. Entonces sabrás también que ser miembro del cuerpo de Cristo no es ser parte de un grupo religioso, sino de un organismo vivo, cuyos miembros poseen todos en común la vida misma de Cristo, cabeza gloriosa de este cuerpo. Animado por esta vida, guiado por él, alejándote de los ídolos de este siglo, con todos los que huyen de la idolatría, en el poder del Espíritu Santo, plenamente libre en tu vida, servirás al Dios vivo y verdadero, esperando. del cielo a su Hijo a quien resucitó de entre los muertos, Jesús que nos libra del castigo venidero (1 Tesalonicenses 1:10).



**El ateísmo práctico**  
Primera edición: enero 2024

# **El ateísmo práctico**



*El cristianismo, no solo es capaz de inferir las verdades lógicas, sino que, cuando sobreviene el absurdo, sabe acertar –digámoslo así– las verdades ilógicas.*

G. K. Chesterton

## ¿Hacia dónde vamos?

Habría que estar ciego, en la más absoluta oscuridad, para no notar que la noche desciende sobre el mundo; noche espiritual, noche moral, noche de miseria material; la noche más trágica de todas las noches de la historia.

En todos los continentes, los hombres de todos los países, de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las opiniones, de todas las religiones, se preguntan ansiosamente: ¿Hacia dónde vamos? Se multiplican las conferencias para tratar de encontrar una solución a esta situación que parece cada vez más crítica para quienes piensan en ella y la ven cada vez más cerca.

Esta ansiedad global no impide, es cierto, que una multitud de hombres y mujeres vivan aparentemente despreocupados, ávidos de placer. Hay que distraerse para no pensar demasiado. Aturdirse, incluso emborracharse, son formas de perder la conciencia de un peligro, pero no pueden eliminarlo. Hoy, los que están delante de Dios, porque todavía hay hombres que le temen y adoran, los que asisten a *su consejo secreto* para ver y oír su palabra eterna, no pueden decirle al mundo a los que titubean y a las almas que olvidan a su Creador o viola abiertamente sus leyes:

*No veréis espada ni habrá hambre entre vosotros, sino que en este lugar os daré paz verdadera* (Jeremías 14:13).

Les resulta imposible declarar a todo aquel que sigue obstinadamente su propio camino: *no te sobrevendrá mal* (Salmo 91:10).

Oráculos fieles, responsables ante su Dios, se dirigen a quienes aún llevan el nombre de cristianos para decirles como el profeta, en esta noche de incredulidad, odio, violencia y destrucción que desciende sobre el mundo:

*Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes que haga venir tinieblas, antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y que, por más que esperéis vosotros la luz, él os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas* (Jeremías 13:16).

Luego, dirigiéndose a los incrédulos, a todos los que niegan a Dios o viven prácticamente sin él, les imploran que abandonen su necedad y consideren atentamente su camino, para alejarse del abismo de desesperación hacia el que avanzan, inevitablemente, todos aquellos que se encuentran en su zona de influencia.

*Nos hemos tragado la mentira de que podemos descubrir por nosotros mismos quienes somos.*

José de Segovia



## Un mundo en penumbra

No pretendemos aquí hacer una exposición sistemática del ateísmo, sino demostrar a quienes, en el desorden actual, buscan *el camino, la verdad y la vida*, que la mayoría de los hombres viven prácticamente sin Dios en el mundo, incluso cuando no militan en las filas del ateísmo.

Es la visión de un mundo en penumbra lo que nos gustaría presentarles, la imagen de la humanidad vista desde arriba y no desde cualquier punto de nuestro globo, contemplada no a través de los ojos de ninguna nación, sino a través de los ojos de Dios.

Todos sabéis lo que es el crepúsculo, esa luz que persiste después del atardecer o que aparece antes del amanecer. Esta luz incierta es producida por la iluminación de las capas superiores de la atmósfera, por los rayos del sol cuando este último, estando debajo del horizonte, pero sólo a una cierta distancia, ya no puede o todavía no puede iluminarnos directamente. Así, las moléculas de aire de las regiones atmosféricas superiores nos devuelven una parte de la luz que han recibido, una claridad que siempre disminuye o aumenta. Hay, pues, en realidad dos crepúsculos, el de la tarde, que se llama ocaso, y el de la mañana, que se llama aurora o alba.

También la Biblia nos habla claramente de estos dos crepúsculos y, por paradójico que os parezca, nos muestra que llegamos a nuestros días, tanto al crepúsculo de la tarde como al amanecer de una mañana sin nubes. El profeta Isaías, en su profecía sobre Duma, nos relata estas palabras cargadas de significado:

*Me gritan desde Seír: «Centinela, ¿cuánto queda de la noche? Centinela, ¿cuánto falta para que amanezca?». El centinela responde: «La mañana viene y después la noche: preguntad, si queréis preguntar. Volved a venir» (Isaías 21:11-12).*

En efecto, si para un mundo impío, burlón y sin Dios; si para una religión hipócrita, sin vida y sin realidad, llega la noche, también es cierto que la mañana se anuncia para todos los fieles creyentes. Una y otra vez la Biblia nos muestra estas dos partes de una manera muy clara: el creyente fiel espera la liberación; el mundo incrédulo y apóstata, la ira venidera. ¿Qué es lo que estamos esperando?

Esta cuestión merece nuestra atención porque, sin duda, se están manifestando los presagios del regreso personal y glorioso de Jesucristo, que el profeta Malaquías llama *el sol de justicia* (Malaquías 4:2). A medida que Israel recuperó su tierra, las capas superiores de la atmósfera se volvieron doradas.

Los verdaderos cristianos que están unidos al Señor en los lugares celestiales, ya sean católicos, ortodoxos o protestantes, todos aquellos que teniendo los pies en la tierra, la cabeza sobre los hombros, ya tienen el corazón en el cielo, los verdaderos cristianos despiertan, se santifican, se consagran y se unen fuera de todos los convencionalismos.

El Espíritu Santo, eliminando las barreras que los hombres han levantado entre ellos, les hace olvidar las etiquetas religiosas que los separan y los reúne a todos bajo la única bandera del amor de Jesucristo que regresa. ¡Pero estas señales también anuncian a los impíos que se acerca la hora del juicio!

## El final del silencio de Dios

¿Sabes que en los albores de la era atómica, en la era termonuclear, en el apogeo de la luz de la civilización, asistimos al ocaso de la era de la gracia, de la era del perdón, de la paciencia y del silencio de Dios y al final del período de la fe, de este tiempo bendito en el que Dios quiso que creyéramos en él sin verlo y sin oírlo más que a través de sus obras y de su Palabra? (Juan 20:29; Salmo 19).

El mundo entrará en la era en la que los hombres tendrán que creer frente a la evidencia, en la que los poderes del cielo serán sacudidos y Dios se levantará para provocar, como dice la Escritura, trastornos en la tierra. Al tiempo feliz de la fe, cuando los hombres podían creer sin ver para ser salvos, le seguirá la hora trágica en la que el mundo se verá obligado a creer frente a la evidencia. Pero esta manifestación, tantas veces solicitada, desgraciadamente no salvará a nadie.

Por el contrario, el apóstol Juan nos dice en el libro de Apocalipsis que cuando le vieron:

*... decían a los montes y a las peñas: —Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero. Porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá estar delante de él (Apocalipsis 6:16-17).*

Aquellos que durante tanto tiempo han querido ver para creer, buscarán esconderse en los agujeros de la tierra (Isaías 2:12-22).

Seamos quienes seamos, no nos dejemos engañar; mientras todavía se proclama el evangelio a los pobres, se ofrece curación a los quebrantados de corazón, mientras todavía se promete liberación a todos los cautivos y libertad a todos los oprimidos, el día en que la vista todavía puede ser devuelta a los ciegos, las sombras descienden a nuestros valles. Empieza a hacer frío en el mundo, y este frío penetra en las almas y reemplaza el calor del amor a Dios y al prójimo.

La desesperación y el odio se apoderan de los corazones. ¿Hace frío en tu alma? ¿Frío para Dios? ¿Frío para el prójimo? No es el fin del mundo todavía, pero es el fin de una era. Llegamos al atardecer del día de gracia, al final del año de gracia del Señor que dura casi dos mil años, y a la fría noche que viene, noche del reinado del anticristo, la noche del error, de la mentira, de la opresión y el juicio.

Creyentes o incrédulos, que Dios se apodere de vosotros en este momento, que abra vuestros ojos para que vean y vuestros oídos para que oigan, porque está en juego vuestra vida, vuestra felicidad presente y eterna.

## El reino del miedo

Echa un vistazo a este mundo cuyas obras aún hablan de la gloria y el poder del Creador. Este vasto teatro dado al hombre para glorificar a Dios, se convierte cada vez más en el escenario en el que los hombres representan la obra de Satanás, con los papeles aprendidos del diablo.

Contempla este mundo, en el que evoluciona un vasto sistema político, moral y religioso, y verás que sólo queda un pequeño lugar para Dios o, con demasiada frecuencia, por desgracia, para una caricatura del Dios verdadero. Apártate, pues, por unos instantes de tus pequeñas circunstancias personales, de tus pequeñas o grandes preocupaciones nacionales, sociales, eclesiásticas o familiares, y abre tus ojos, tus oídos y tu corazón.

Entonces verás cosas aterradoras, oirás cosas perturbadoras, de las que también somos responsables. En el seno de la naturaleza, que sin embargo ha permanecido tan hermosa a pesar del yugo de corrupción al que se encuentra esclavizada, verás a la pobre humanidad demente, sublevada, desesperada, viviendo sin Dios, sin ayuda sobrenatural, mordida en las entrañas por el miedo, avanzando con las manos sucias y los ojos inundados de desesperación.

El miedo gobierna el mundo. Miedo a la guerra entre grandes y pequeños, miedo a los terremotos en ciertos países, miedo a los maremotos, miedo a todos estos elementos que pueden desencadenarse.

De un momento a otro, el miedo a las epidemias, por no hablar de todos los demás miedos que reinan en los hogares: miedo a la vida, miedo a la muerte, miedo al juicio. Como los efesios antes de su conversión, los hombres viven, después de más de diecinueve siglos de cristianismo, *sin esperanza y sin Dios en el mundo* (Efesios 2:12). No estamos exagerando. Esto es tan cierto que la filosofía actual es la de la desesperación.

Pero, dirás, ¿qué hacer con nuestras iglesias, nuestros templos, nuestras capillas? Ciertamente, no ignoramos que nuestras ciudades están erizadas de campanarios, pero también sabemos que *Dios no habita en templos hechos por manos humanas* (Hechos 17:24:25). El templo que él pide es un templo de carne, es el corazón del hombre. Como dijo Jesús:

... allí donde están dos o tres congregados en mi nombre estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:20).

Dios se encuentra en nuestros edificios religiosos cuando los fieles se reúnen allí en comunidad y adorarán *al Padre en espíritu y en verdad* (Juan 4:21-24).

¿Cuántos hay en nuestras ciudades de estos hombres y mujeres en cuyos corazones Dios habita verdaderamente? ¿Cuántos hay que conocen a Dios en su plenitud? Si fueran tantos, nuestras ciudades se transformarían; el vicio, el robo, el adulterio, las drogas, el crimen, estarían en decadencia; habría menos niños abandonados, menos personas sin hogar, menos barrios marginales, menos lugares de vicio y menos presos en las cárceles.

Pero entonces, ¿qué harían los cines si ya no pudieran presentar en sus pantallas uno de los pecados capitales o los siete al mismo tiempo? ¿Dónde encontrarían los novelistas su inspiración, ya que, como admite el propio François Mauriac<sup>1</sup>, *la novela tiene sus raíces en el pecado*? ¿No se ha convertido hoy el pecado en la sal de la vida y el pan de la carne?

---

1 ► François Mauriac (1885-1970) fue un periodista, crítico y escritor francés. Ganador del premio Nobel de literatura en 1952, es uno de los más grandes escritores católicos del siglo XX.

## Un mundo sin Dios

Ciertamente muchos hombres y mujeres tal vez no profesan el ateísmo, muchos no militan en las filas de una filosofía materialista, positivista, existencialista pero en la práctica son ateos, sin Dios, sin ayuda divina, sin Jesús, sin vida eterna. Tienen una religión, pero no un Salvador; bautizados, piensan en ser sepultados religiosamente, pero viven sin Dios.

No proclaman: *Dios no me ve, no me oye, no me conoce. Estoy solo, desesperadamente solo. Este vacío sobre mi cabeza, es Dios. Este hueco en la puerta es Dios. Este agujero en la tierra es Dios. La ausencia es Dios. El silencio es Dios. La soledad es Dios. Somos nosotros quienes decidimos lo que es el mal e inventamos lo que es el bien.*<sup>1</sup> Si no lo dicen, lo piensan. Si no lo piensan su vida demuestra, no obstante, que para ellos Dios y la nada son la misma cosa. Y se atreven a decir: *¡Dios no es nada, el hombre lo es todo!* Y como lo creen, no quieren a Dios y no buscan su ayuda.

*El hombre ha matado a Dios*, proclaman quienes hacen campaña en las filas del ateísmo. Sin embargo, lo sorprendente es que estas personas que querían librar a la humanidad de Dios no saben qué hacer con su cadáver. Los obsesiona, solo piensan en él. Sus escritos morbosos están llenos de ello. Lo mataron, pero no pueden deshacerse de él; lo arrastran con ellos y lo atacan. A diferencia de Abraham frente al cuerpo de Sara son incapaces de levantarse de la muerte que acecha sus días y sus noches.

La única diferencia que existe entre ateos y creyentes es que unos tienen un Dios muerto, otros un Dios vivo, unos cargan con un cadáver que los mata, otros son llevados y resucitados por el Dios vivo.

---

1 ► De la obra «*El diablo y el buen Dios*» de Jean Paul Sartre (1905-1980), filósofo, escritor, novelista, dramaturgo, activista político, biógrafo y crítico literario francés.

*El evangelio nos lleva a reconocer nuestra  
propia corrupción, no sólo la ajena.*

José de Segovia



## ¿Se ha revelado Dios?

Amigo, el Dios vivo, el Dios personal existe. No ha querido seguir siendo un desconocido, una gran X. ¡No adoramos a un desconocido o una fuerza anónima, un Dios cuyo carácter o voluntad no conoceremos tampoco! ¡Dios se ha revelado y Dios se está revelando! Si todavía no lo has conocido, si la duda te corroe el corazón, estos no son motivos para que niegues su existencia.

¿No ha habido a lo largo de la historia, y no hay todavía hoy, numerosos hombres y mujeres de todas las razas, clases y condiciones, que dan testimonio de la realidad de su existencia, que dicen conocerlo y vivir su vida? ¿No deberían estos testimonios animarnos a buscar a Dios mientras todavía podemos encontrarlo? Sin embargo, dice la Escritura: ... *no hay quien busque a Dios* (Romanos 3:11b). Desde la caída, el hombre ya no tiene relación con su Creador. No podía soportar su presencia en su estado pecaminoso.

Por eso, hoy el hombre solo puede conocer a Dios a través de la revelación. Esta revelación fue primero oral. Dios habló y se transmitieron sus palabras unos a otros. Luego fue escrita y registrada en la Ley, los Salmos y los Profetas. Posteriormente se personó en Jesucristo. Finalmente esta revelación progresiva se hace interior mediante la iluminación del Espíritu Santo. Al encarnarse, Dios dio su última palabra a la humanidad en Jesucristo.

*Porque ciertamente Dios estaba en Cristo* —dice el apóstol Pablo— *reconciliando consigo al mundo* (2 Corintios 5:19).

Dios respondió a esta oración del profeta: *Si rasgaras los cielos y descendieras...* (Isaías 64:1). Velando el brillo de su gloria en un cuerpo de carne, descendió entre los hombres para destruir nuestras dudas sobre su existencia y para manifestarnos su justicia, su amor y su santidad. Pero la Biblia no es la única que da testimonio de la existencia de un Dios vivo y personal.

La misma existencia del mundo habla también a la razón humana, cuando no está enteramente cegada por el orgullo y manchada por el pecado. Las causas secundarias presuponen una causa primera. Los seres contingentes presuponen un ser necesario. Todo lo que no tiene en sí mismo el motivo de su movimiento, presupone un primer motor. Todo lo que es orden es obra de una causa inteligente. ¿De dónde más viene esta voz de la conciencia que nos prescribe el bien y condena el mal?

Finalmente, la piedra angular del ateísmo, que afirma que *nada es verdadero excepto lo que puede ser verificado por la experiencia*, ¿no clama ella misma por la falsedad del sistema? Este principio, como sabéis, es excluyente y falso, y los materialistas son los primeros en no aplicarlo. Admiten perfectamente que dos líneas paralelas nunca se encuentran y son incapaces de demostrarlo mediante experimentos.

## Las razones del ateísmo

Nuestra conclusión práctica es la de Agustín de Hipona<sup>1</sup>: *Nadie niega a Dios a menos que le convenga que no exista*. Más cercano a nosotros, Víctor Hugo<sup>2</sup> dijo: *Negar a Dios es ceguera y locura*. La Biblia, que domina los siglos, simplemente dice:

*Dice el necio en su corazón: «No hay Dios»* (Salmo 14:1).

Aceptemos el momento de la verdad, y reconozcamos que no es una dificultad intelectual la que impide a los hombres creer.

La Sagrada Escritura es formal. No dice *el que pueda*, sino ... *el que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida* (Apocalipsis 22:17)

Desafortunadamente, con demasiada frecuencia, nuestras dificultades intelectuales son solo una pantalla que sirve para velar nuestra indiferencia o para ocultar a los demás las verdaderas razones de nuestra incredulidad, porque es perfectamente razonable creer.

¿No es nuestro orgullo lo que nos ciega? *Ni Dios ni Maestro*, gritará el espíritu fuerte, lo que no le impedirá ser esclavo de sus sentidos hasta su último aliento. Otros, si quisieran, admitirían que las decepciones de la vida han endurecido sus corazones. Dios no respondió a su oración. Dios dijo que no. Replegados sobre sí mismos, hicieron depender la existencia de Dios de circunstancias muy personales. Pero la mayoría, si fueran honestos, reconocerían que el amor al pecado, los hábitos adoptados, una relación o una situación que no se quiere abandonar, les empuja a rechazar la idea embarazosa de un Dios santo y a preferir la doctrina de Epicuro<sup>3</sup>:

*... comamos y bebamos, porque mañana moriremos* (1 Corintios 15:32).

Sin embargo, el pecado no recompensa. Sus consecuencias son imprevistas y trágicas. Sus placeres son mediocres y dejan, como decía Tolstói<sup>4</sup>, *un regusto a cenizas*. Pero reconozcámoslo. Si es razonable creer en la existencia de un Dios creador, si no queremos elevar la Nada o el Azar a esta dignidad, Dios no puede ser probado científicamente. Él se prueba a sí mismo.

---

1 ► Agustín de Hipona (354-430) fue un escritor, teólogo y filósofo cristiano.

2 ► Víctor Marie Hugo (1802-1885) fue un poeta, dramaturgo y novelista romántico francés.

3 ► Epicuro (341 a.C.-271 a.C.) fue un filósofo griego, fundador de la escuela que lleva su nombre (epicureísmo).

4 ► León Tolstói (1828-1910) fue un novelista ruso, considerado uno de los escritores más importantes de la literatura mundial.

*... no hay otro nombre bajo el cielo dado a los  
hombres en que podamos ser salvos.*

(Hechos 4:12)

## El fin de la incertidumbre

En la incertidumbre que caracteriza al hombre sin Dios, ante el absurdo de una vida que terminaría en la tumba, ¿por qué, en su terrible soledad y en su tenaz desesperación, el hombre rebelde, el hombre que dice no, no elevaría esta oración al cielo?: *¡Oh Dios, si existes, revélate a mí; y revélame lo que soy a tus ojos!* Jesús dijo:

*Por eso os digo: Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá. Todo aquel que pide recibe, el que busca halla y al que llama se le abrirá* (Lucas 11:9-10).

Amigos incrédulos, antes de vosotros muchos llamaron y no quedaron decepcionados. ¿Por qué no imitas su ejemplo? Y si no recibes respuesta, recuerda que:

*Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes* (1 Pedro 5:5).

Si Dios existe, acércate a él en la actitud que corresponde al pecador ante un Dios santo. Pronto sentirás la necesidad de encontrar un mediador, y entonces Dios se complacerá en revelarte a su Hijo, Jesucristo, porque:

*... no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos* (Hechos 4:12).

Habiéndolo conocido personalmente, conociendo más que su moral, porque habrás recibido su vida, ya no estarás en el crepúsculo de una tarde de angustia, sino en el amanecer de una mañana sin nubes. Y vosotros, cristianos, hermanos míos, si queréis que algo cambie, aceptad también para vosotros el momento de la verdad. ¿Tu vida ha demostrado al mundo que eres llevado en los brazos de Dios, o das la impresión de que tú también arrastras un cadáver?

Es hora de despertar, de levantar la hipoteca que pesa sobre el cristianismo y que se llama *la mediocridad del testimonio cristiano*. Es hora de liberarnos del pecado que nos pesa, del pecado que clama al cielo, del pecado que atrae el relámpago del juicio, mientras que aún hoy es lícito clamar: *Gracia, gracia para uno mismo y para los demás*.

*¿Dirás delante del que te mate: «Yo soy Dios»? ¡Tú, en la mano de tu verdugo, solo eres un hombre, y no un dios!* (Ezequiel 28:9).

**El verdadero rostro de la aflicción**  
Primera edición: enero 2024

# **El verdadero rostro de la aflicción**



*La aflicción es a menudo aquello que prepara a una persona común para algún tipo de destino extraordinario.*

C. S. Lewis



## **El verdadero rostro de la aflicción**

La mayoría de la gente sólo conoce de la prueba su lado más duro y oscuro. Para muchos es el enemigo cruel, implacable, insensible al dolor, a las lágrimas, a los dolores, a las rebeliones de los humanos. La prueba tiene cien caras y afecta a todos los ámbitos de la vida material, social, conyugal, familiar, tanto a nivel físico, como moral y espiritual. Como un espejo, el rostro del hombre refleja exactamente lo que ha visto durante la prueba. Unos conservan su sonrisa amarga, otros su mirada cruel, otros ese rostro apagado e indiferente de resignación, otros finalmente los estigmas de un dolor que ni el tiempo ni nadie parece querer o poder borrar.

Amigo que estás pasando por la prueba, ¡este mensaje es para ti! No te traerá sinceras condolencias, ni siquiera lo que llamamos una palabra de simpatía cristiana. Las fórmulas más sinceras y las frases mejor elaboradas no pueden ayudarte. Al contrario, hasta el día de hoy, tal vez sólo hayan agravado tu dolor y reavivado tu sufrimiento.

No conozco tus circunstancias, ni la naturaleza misma de tu terrible experiencia, ni tus convicciones personales. No sé si eres incrédulo o creyente, si tienes alguna fe y si encuentras en ella cierta ayuda para sobrellevar tu aflicción. Solo sé una cosa, estás sufriendo, y eso me basta para sentirme cerca de ti.

Sobre todo, no pienses que quiero inmiscuirme en los asuntos ajenos o que busco a toda costa penetrar en el interior de un alma que cree que debe cerrarse y cultivar en sí misma un dolor secreto. ¡No me impondré! Puedes hacer con estas líneas lo que quieras. Como un letrado, simplemente quiero mostrarte un camino que podría llevarte a un estado donde las pruebas aún reinan, pero donde tienen otra cara y otras consecuencias que los miedos, las decepciones, las rebeliones, la soledad, el vacío, la desesperación...

Amigo lector, ¿estás sufriendo? ¿Estás solo? ¿Te das cuenta de ello y no lo puedes creer? Parece que eres el único que sufre, que antes de ti nadie sufrió tanto como tú y que después nadie sufrirá lo que hoy estás soportando. Ayer también sufriste pero no lo sentiste. Ya estabas solo, pero no lo sabías. En el torbellino de la vida caminabas inconsciente de tu sufrimiento y del de los demás. Sin embargo, no eras feliz.

La prueba que te está pasando no ha añadido nada a tu infelicidad ni ha quitado nada a tu felicidad. Simplemente te ha revelado la verdad, la que no querías

creer, aquella contra la cual multiplicaste tus ilusiones. Porque, admítelo, vivías en una ilusión. Te creías dueño de tu vida, director de tus planes, y todos tus proyectos son destruidos por la terrible experiencia. Te considerabas protegido de la pobreza por tus bienes, por tu trabajo, y hoy luchas con dificultades materiales impredecibles; la enfermedad te aparta de tu tarea y te hunde en la dependencia del dolor. Pensaste que tenías felicidad en la tierra porque en tu hogar una mujer amorosa estaba a tu lado y se anticipaba a tus deseos y, hoy, la tierra la cubre o alguien distinto a ti se apoya en su pecho. Hogar destruido por la muerte o la infidelidad. Esperabas sobrevivir en tus hijos, y para ellos acumulaste bienes, hiciste planes, quisiste darles lo que tus padres no habían podido darte a ti y, mucho antes de tiempo, tu hijo falleció o, lo que es peor, ingrato, insensible a tus deseos y a tu dolor, se ha convertido en un extraño para ti, o tal vez en una deshonra para tu nombre.

¡Impotencia! ¡Incapacidad! ¡Desilusión! ¡Vanidad, todo es vanidad! Dices *«¡no!»*. Te rebelas, te endureces contra el destino. Ya sea que luches o te rindas, tu vida inspira lástima. Escucha, no quiero darte un sermón. Y si siquiera encuentras el nombre de Dios en estas líneas, no te ofendas. El ateo también lo utiliza, aunque solo sea para negar su existencia. Y sus negaciones no explican nada y no proporcionan alivio. El ateísmo no está seguro de nada. En él todo se pone en duda constantemente.

¡Escucha de nuevo! Tu terrible experiencia no es la causa real y principal de tu profunda angustia. El hombre es infeliz por naturaleza. Su sed de felicidad lo demuestra. Su constante insatisfacción revela que no es feliz en esencia. No tiene nada propio, nada que sea verdaderamente suyo. Su corazón es un mundo de deseos. El hombre es un recipiente creado para ser llenado, creado para contener, un recipiente de infinitas dimensiones. Su corazón tiene sed de infinito. Pero, ¿dónde encontrarlo?

El mundo y todo lo que contiene es contingente, transitorio, corruptible, perecedero. Aquí abajo el hombre nada ha traído y sabe que nada se llevará. Sin embargo no fue creado para sufrir. Lo sabe, lo siente. Su corazón aspira a la alegría, a la plenitud, incluso mientras se sumerge en la contaminación y los placeres de un día. Hay una cosa que el hombre debe reconocer: su felicidad no depende esencialmente de buenas o malas circunstancias, sino, sobre todo, de un estado de ánimo.

Así, un rico es infeliz en su opulencia, mientras que un pobre canta en su pobreza. La persona sana nunca deja de quejarse, mientras que la persona enferma edifica y consuela a la sana. Una mujer queda insatisfecha y aburrida cuando todo parece haberla favorecido y todo se combina para distraerla mientras, no muy lejos de ella, un rayo de alegría brilla en el hogar solitario de la viuda que lucha para salir adelante y, sin embargo, encuentra tiempo para ser caritativa.

La felicidad no está en las circunstancias ni en los seres, la felicidad está en Dios y depende del estado de nuestras relaciones con él. Porque, nos guste o no, Dios existe. Podemos vivir con él; podemos vivir sin él. Solo el hombre se beneficia o sufre pérdida con su actitud.

Debido a que el hombre vive lejos de Dios y no conoce a Dios, no tiene paz. Rico, todavía codicia; amado, teme perder a quienes ama o desea la presencia de otros; en la salud desconoce sus beneficios. Y aquí, en este estado, le golpea la dura prueba. Sin haber sabido disfrutar verdaderamente de la abundancia, ¿cómo podrá contentarse en la privación? Solo la escuela de Dios le habría enseñado eso.

Al no haber conocido nunca más amor que el de las criaturas, ¿cómo puede sospechar que existe un amor divino capaz de consolar al huérfano, de sustituir a una madre, a un padre, a una esposa, a un marido? Por eso, el día en que la muerte viene a arrebatarle a un ser querido, quizás el más querido, permanece herido, destrozado, terriblemente solo. Solo la escuela de Dios le habría enseñado a amar en Dios lo que por un tiempo él nos confía. No estaría solo en su dolor y sabría que tanto para Dios como para el creyente *todos viven*.

No habiendo sabido usar sus fuerzas para la gloria de Dios, ¿cómo podrá ahora alabarle y bendecirlo en un cuerpo débil y dolorido? Solo la comunión con Dios le hubiera enseñado a someterse a la voluntad divina y a buscar el poder que cura en Jesús. El hombre vive sin Dios. Se le olvida que aquí abajo tiene un Maestro. No se prepara para recibir su visita.

Debido a que el Maestro no le impone visiblemente su presencia, porque no le exige constantemente todos sus derechos, porque le deja cierta libertad, el hombre se cree amo y, más aún, piensa que puede monopolizarlo todo. Insensible a los múltiples beneficios del Señor, hoy cuando el Maestro exige lo que le pertenece, el hombre clama ante la injusticia, se levanta, se rebela.

Quería disfrutar sin Dios y ahora debe sufrir sin él. ¿Es realmente necesario? ¿Lo quiere realmente Dios? ¡No, no y no! Dios solo quiere que entendamos que las pruebas no son las causas de nuestra mayor angustia, sino nuestro abandono de él. Lo que hace que la prueba sea trágica es la ausencia de Dios. La ausencia de aquel que domina el mal, lo controla, lo mide; sostiene la vara en su mano, castiga como un padre y no como un enemigo o como una casualidad sorda y ciega. La prueba es solo un examen. Pero sin Dios el hombre no está preparado para ello. No conoce al examinador que parece hablarle en un idioma incomprendible. Sus pruebas lo preocupan. Al alumno le gustaría preguntar en lugar de responder, actuar como juez en lugar de dejarse juzgar.

¿Por qué seguir ignorando que solo Dios es el bien soberano? Las riquezas, los honores, la reputación, la salud, el cariño de los demás, todo esto está bien

y es bueno, pero es solo accesorio y pasajero, solo Dios permanece. Pero Dios aún necesita ser conocido, revelado. El hombre no cree en Dios, no tanto por dificultad intelectual, sino porque no piensa, o no quiere pensar, porque los valores espirituales muchas veces no son nada para él. Y si todavía admite la existencia de Dios, con demasiada frecuencia, desgraciadamente, vive como si él no existiera. No lo incorpora a su vida diaria. Lucha solo, se esfuerza solo, ama solo. Vive como si Dios no hubiera venido a la tierra, no hubiera participado de nuestras alegrías y de nuestros sufrimientos, como si Dios fuera todavía el gran desconocido retirado a las profundidades de los cielos.

El hombre vive agobiado por sus dolores, sus preocupaciones, sus pecados, como si en Jesucristo Dios no se hubiera encarnado para llevar sobre sí todo el peso de nuestra miseria física, moral y espiritual, como si estas inefables palabras de la Sagrada Escritura no se hubieran hecho realidad:

*Ciertamente, llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados (Isaías 53:4-5)*

Amigo sufriente, ¿conoces al Salvador? Mi última palabra para ti es Jesús. Él es el que necesitas. No solo el Cristo histórico de un determinado credo, sino el Cristo vivo, que murió por tus culpas y resucitó para tu justificación, y que hoy transfigura todas nuestras pruebas rodeándonos con su gracia, atravesando con nosotros los más oscuros túneles. Cristo nuestra riqueza, nuestra sabiduría. Solo Cristo es capaz de poblar todas nuestras soledades con su presencia maravillosa.

¿Por qué no vienes a Jesús? No a una religión de ritos y dogmas, sino a una persona adorable, a aquel que da vida, a aquel que nos hace vivir y nos lo revelan los Evangelios y toda la Biblia. Escucha su voz diciéndote en este momento a ti, a quien él conoce tan bien y a quien tú conoces tan poco:

*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga (Mateo 11:28-30).*

Verás que Dios sabe cumplir sus promesas. En él descubrirás un Padre, un Dios que sabe lo que nuestro cuerpo y nuestro corazón necesitan. Entonces tu prueba de repente tomará otro aspecto. Verás a un mensajero del cielo enviado para llevarte de regreso a Dios, a la fuente de toda felicidad duradera. Comprenderás por qué multitud de hombres y mujeres testifican que la prueba fue

para ellos la mayor fuente de bendición, porque a través de ella encontraron a Dios, o aprendieron a conocer mejor su infinito amor. Entendieron lo que dijo el salmista:

*Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; pero ahora guardo tu palabra... Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos (Salmo 119:67, 71).*

La prueba sólo ha alejado de Dios a los formalistas, a los corazones divididos, a todos aquellos que no aceptan en sus vidas la autoridad del Señor, su derecho de educar, de instruir, de corregir a sus criaturas, en su deseo de hacerlas, por medio de Jesucristo, no sólo hijos adoptivos, sino hijos poseedores de su vida y reflejo de su naturaleza:

*Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿acaso hay algún hijo a quien el padre no discipline? Pero si se os deja sin la disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces ya no sois hijos legítimos, sino ilegítimos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los respetábamos. ¿No debemos, con mucha más razón, someternos al Padre de los espíritus, y así vivir? Nuestros padres terrenales nos disciplinaban por poco tiempo, según a ellos les parecía; pero Dios nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina, al momento de recibirla, resulta ser causa de alegría, sino de tristeza. Pero después produce frutos de paz y de justicia para aquellos que han sido instruidos por ella (Hebreos 12:7-11).*

La prueba es un examen. El que cree en Jesucristo y vive su vida está preparado para ello y podrá triunfar, porque dice la Escritura:

*... por causa de Cristo, a vosotros os es concedido no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él... (Filipenses 1:29).*

Cuando el sufrimiento se recibe como gracia, no tarda en producir, para quienes han sido así probados, un fruto apacible de justicia. Incrédulo o creyente, hasta el día de hoy solo has conocido la cara dura y oscura de la prueba. Hoy tienes la oportunidad de conocer mejor al:

*Bendito... Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo. Él nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros también podamos consolar a los que están sufriendo, con el mismo consuelo con que nosotros somos consolados por Dios (2 Corintios 1:3-4).*

Entonces las palabras del apóstol Pablo serán vuestras:

*¿Entonces, qué diremos a esto? Si Dios está a nuestro favor, ¿quién estará contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la derecha de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito: Por causa de ti siempre nos llevan a la muerte; somos tratados como ovejas de matadero. Sin embargo, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8:31-39).*



**¿Se puede nacer de nuevo?**  
Primera edición: abril 2024



**¿Se puede nacer de nuevo?**



*Le respondió Jesús: –Te aseguro que el que  
no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.*

Juan 3:3

## Prólogo

Nacer de nuevo no es un nacer físico sino espiritual. Se refiere a un cambio de corazón, pasando de una indiferencia total, o incluso hostilidad, hacia Dios, a un amor y devoción por él como Señor y Salvador de nuestra vida, deseando obedecerle en todo, viviendo según su voluntad, siendo y haciendo discípulos, enseñando a otros las Buenas Nuevas.

La Biblia dice que el que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. El sacrificio de Cristo en la cruz hace posible nuestra salvación.

La fe es necesaria para el nuevo nacimiento. Es la obra del Espíritu Santo, usando la Palabra de Dios, que nos enseña que somos pecadores y necesitamos un Salvador, Cristo Jesús.

El nuevo nacimiento no es «de sangre», no es «de voluntad de carne», no es «de voluntad de varón» sino por la gracia de Dios. (Juan 1:13 RVR60).

Deseamos que este libro de Gaston Racine sea una buena herramienta para entender el plan perfecto de salvación de Dios para toda la humanidad.

*Abigail Rodés*  
Abril de 2024

*Nacer de nuevo significa ser transformado por la intervención sobrenatural de Dios Espíritu Santo.*

R. C. Sproul

## Introducción

Esta cuestión es primordial, ya que la necesidad de un nuevo nacimiento para ver el reino de Dios y entrar en él es, sin duda, la enseñanza fundamental que Jesucristo trajo al mundo.

Durante una conversación privada con el fariseo Nicodemo, un jefe religioso de la época, Jesús desarrolló la doctrina de un segundo nacimiento, que no es una mejora progresiva del hombre, sino el convertirse en un nuevo ser, ya no carnal sino espiritual.

Juan, en su evangelio, nos relata esta conversación, la primera revelación escrita de la enseñanza del Maestro, que ha dado su nombre a la época actual (Juan 3:1-21).

1. Es esencial que comprendamos por qué, sin hacer distinción alguna, Jesús pone el nuevo nacimiento como condición *sine qua non*<sup>1</sup> de salvación, diciendo a Nicodemo:

*Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios (Juan 3:3).*

2. También es importante saber lo que Cristo quería decir con estas misteriosas palabras:

*Te aseguro que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios (Juan 3:5).*

¿Se trata pues de una metempsicosis<sup>2</sup> cualquiera, universal, animal o humana, de una transmigración del alma de un cuerpo a otro, al estilo hindú, egipcio o de la escuela pitagórica?

¿Será una reencarnación progresiva, estacionaria o expiatoria, a la manera espiritista?

¿O, según la enseñanza apostólica, Jesús consideraba realmente una regeneración operada en la vida presente por el poder de Dios, la restitución de lo que había sido destruido en el hombre, mediante el arrepentimiento del pecador y su fe en la persona y la obra de Jesucristo?

**3.** Finalmente será útil para todos examinar cómo se realiza este nacimiento del agua y del Espíritu y cuáles son las consecuencias para la vida humana.

---

**1** ► Condición sin la cual no se hará algo.

**2** ► Doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior.

## **La situación del ser humano**

---

### **Ignorancia y confusión**

---

Si ya hemos subrayado que el nuevo nacimiento es la doctrina cristiana por excelencia, debemos señalar, sin embargo, que es poco conocida incluso por aquellos que todavía llevan el buen nombre de cristianos. Muy a menudo, por desgracia, nada los diferencia de los pecadores de antaño, excepto que hoy cada vez más cometen actos reprobables a plena luz del día, que antes se hacían en la oscuridad.

Después de veinte siglos de cristianismo, reina la mayor confusión en el ámbito religioso. Basta nacer en una familia bautizada para recibir el nombre de cristiano, así como basta que otros nazcan en un hogar israelita para ser judíos, en un gourbí<sup>1</sup> árabe para ser mahometanos, en un hogar hindú para ser hinduistas o budistas.

---

### **Los errores y pecados de la cristiandad**

---

El cristianismo se ha convertido en una religión, que heredamos de nuestros padres, del mismo modo que los musulmanes y otras razas heredan las creencias de sus antepasados. Así los seres que no pidieron venir al mundo serán enseñados automáticamente en el rito romano si nacen de padres católicos, en el rito griego si nacen de una pareja ortodoxa, en el protestantismo si vienen de una pareja luterana, reformada o evangélica. Sin quererlo, mediante la educación y la instrucción recibidas en el círculo donde nacen, los hombres se encuentran colocados en campos opuestos entre sí, mientras afirman ser del mismo Señor.

Llenos de prejuicios hacia los demás creen, a menudo sin examen, que todo lo que no procede de su entorno es ajeno a su religión, o es necesariamente contrario a ella. Entonces, para defender una religión que creíamos amenazada en sus intereses o en su doctrina, ¿qué no hemos hecho en nombre de Dios? No nos detendremos aquí en las guerras de religión que han ensangrentado la historia de la llamada Iglesia cristiana.

Basta pensar en esas oleadas de antisemitismo, antiguas o modernas, que arrasaron los países cristianizados, o en esas cruzadas de las que a veces se enor-

gullece el cristianismo, para reconocer que, con demasiada frecuencia, los cristianos han traicionado a Jesucristo, el Maestro que atacado se negó a defenderse y condenó en estos términos la intervención armada de su apóstol:

*Envaina tu espada, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán (Mateo 26:52).*

---

### **¿Hay algún remedio efectivo?**

---

¿Cómo no entender a todos aquellos que hoy creen que tales escándalos han durado lo suficiente y que, ante la amenaza del materialismo ateo, abogan por una amplia alianza de religiones monoteístas, todas reivindicando, en cierto sentido, un padre común?

A través de Ismael, el hijo de la sierva, ¿no descienden los musulmanes de Abraham?

A través de Isaac, el hijo de la mujer libre, ¿no tienen los judíos por padre al mismo Abraham?

Y, finalmente, por su fe en Jesucristo, ¿no son los cristianos espiritualmente hijos de Abraham?

Los propios acontecimientos actuales demuestran cuán utópico es este sueño: el odio entre árabes e israelíes se está volviendo más implacable, la brecha entre musulmanes y cristianos no hace más que crecer.

Por otra parte, ¿para qué serviría tal unión si no tuviera otro objetivo que la resistencia armada contra las potencias ateas? Pase lo que pase, las llamadas comunidades cristianas deben primero darse cuenta de su unidad y recordar que Jesucristo le había dado a su Iglesia otras armas diferentes a la bomba H, para progresar, mantenerse firme o resistir.

*Las armas con las que luchamos —decía el apóstol Pablo— no son las de este mundo, sino poderosas de parte de Dios para la destrucción de fortalezas, pues destruyen razonamientos falaces y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevan cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10:4-5).*

---

### **Un recordatorio necesario**

---

Finalmente, debemos recordar que los adversarios de la religión no siempre son enemigos del Evangelio. Demasiados hombres han sentido repulsión por las



inconsistencias de los cristianos, y si lo han rechazado todo es porque han identificado a Dios con la religión cuyos abusos e infidelidades les han provocado náuseas.

Por eso debemos señalar que el cristianismo, incluso considerado como una religión superior a todas las demás, no es capaz de mejorar al ser humano y transformar el mundo. Además, no es esa la misión del evangelio (Mateo 28:19-20).

La unión de las religiones, por tanto, no cambiaría al ser humano, ya que todo el mundo sabe que en todos los países personas de la misma fe matan, roban y provocan mil daños a sus correligionarios. Debemos reconocer que en un país cristiano ni siquiera el bautismo, administrado por un sacerdote, un pope<sup>2</sup> o un pastor, impedirá que alguien muera en el cadalso o termine sus días en trabajos forzados por haber matado a su prójimo.

Este bautismo, al igual que la comunión, no impedirá que alguien robe a su prójimo, que engañe a su mujer, o que una mujer engañe a su marido. Si esto es así, es porque todos los seres humanos nacen de la carne; todos poseen la misma naturaleza, cualquiera que sea su raza, color, religión y lengua.

Esta afirmación de las Escrituras:

*... por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23)*

queda, por tanto, confirmada por hechos precisos.

---

### **La necesidad de una nueva vida**

---

Todos, musulmanes, judíos, católicos, ortodoxos, protestantes, cualquiera que sea la denominación a la que pertenezcan por nacimiento, todos sin excepción necesitan una nueva vida si quieren ver el reino de Dios y entrar en él.

Y esta vida nueva, la vida misma de Dios, que nos hace partícipes de su naturaleza e hijos de su reino, Jesús afirmó haber venido para traerla al mundo. No presentó su doctrina como un conjunto de dogmas y principios rígidos, sino como una vida, su propia vida.

Ningún Maestro antes de él habló tal lenguaje, ni los moralistas griegos o romanos, ni los rabinos de Judea, ni ningún filósofo o reformador. No se trata de abstracciones vacías ni de preceptos rígidos, sino de palabras vivificantes que traducen los hechos más profundos de la conciencia y que sólo la conciencia puede verificar si tiene el coraje de experimentar a Dios en la fe y en el sacrificio.

Un auténtico cristiano es, por tanto, una persona que no sólo tiene la doc-

trina evangélica, sino también la vida de Jesucristo, obtenida por el nuevo nacimiento. A partir de ahora, el creyente ya no está regido por los principios del mundo, ni por la izquierda, ni por el centro, ni por la derecha.

Ya no es, como dijo el apóstol Pablo, presa de la filosofía o de un vano engaño basado en la tradición humana, en los rudimentos del mundo y no en Cristo (Colosenses 2:8). Ahora está en Cristo y ve todas las cosas a través de aquel en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Colosenses 2:9).

---

### La gran pregunta

---

¿Puede alguien nacer de nuevo? Si Jesús dice que es necesario, es ciertamente porque quiere hacerlo posible. Jesús, cuya mirada leía hasta lo más profundo de los corazones, no discutió extensamente con Nicodemo todas las cuestiones que podían agitar el alma indecisa del doctor de Israel. No da vueltas en círculos, sino que muestra a su interlocutor y, a través de él, a todas las personas atribuladas por problemas interiores o exteriores, que el nuevo nacimiento es el único camino hacia la salvación.

Según Jesucristo, sin este nuevo nacimiento espiritual el significado profundo de las cosas terrenales y celestiales permanecerá oculto a los sabios e inteligentes de este mundo, ya que, como dijo Pablo:

*... nadie conoce las cuestiones propias de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:11).*

Por tanto, todo seguirá siendo un problema para el ser humano natural: la vida, la muerte, el mal, el sufrimiento, las injusticias, el pasado, el presente y el futuro. No discierne ni los caminos ni los pensamientos de Dios porque permanece voluntariamente ajeno a su vida.

Puede ser religioso, honesto y virtuoso, pero aun así queda fuera del reino de Dios. Podemos comprender que tales afirmaciones desconcertaran y chocaran frontalmente con todos los prejuicios de Nicodemo.

---

### ¿A quién hablar del nuevo nacimiento?

---

¿Hablar del nuevo nacimiento a un pagano, a los pecadores? ¡Por supuesto! Pero Nicodemo, teólogo, verdadero hijo de Abraham, israelita de pura raza, fariseo celoso, ¿qué necesidad tenía de una transformación? ¿No era digno del reino de Dios, por su sangre, su fe, sus mismas obras y su fidelidad?

Y, hoy en día, ¿cómo nos atrevemos a hablar de nuevo nacimiento a personas

que llevan el nombre de cristianos? ¿A personas que llevan mucho tiempo bautizadas y catequizadas?

Creemos que el amor a Dios y al prójimo debe darnos esta audacia, porque hoy el testimonio y la triste existencia de muchos cristianos prueban que viven como si Jesús no hubiera venido o no hubiera hecho nada positivo para su salvación presente y eterna.

Sí, debemos hablar del nuevo nacimiento a estas multitudes de hombres y mujeres que ya no conocen el significado del nombre que aún llevan, este buen nombre de cristianos, dado por primera vez en Antioquía a los discípulos de Jesús (Hechos 11:19-26).

Aquellos hombres habían oído y creído el evangelio y se convirtieron al Señor. No habían nacido cristianos, se habían convertido en ello (Hechos 26:28). Habían cambiado de vida y pronto experimentarían el sufrimiento que este nombre trae a quienes quieren caminar aquí en la tierra como caminó Cristo (1 Pedro 4:16).

---

1 ► Chabola o cabaña en los países musulmanes del norte de África.

2 ► Sacerdote de la Iglesia ortodoxa griega.

*De modo que el que está en Cristo, es una nueva criatura: las cosas viejas pasaron, y ahora todo es hecho nuevo*

2 Corintios 5:17

## El nuevo nacimiento

---

### Antes de ser es necesario nacer

---

Fijémonos ahora en las enseñanzas del Maestro y veamos qué quiso decir con estas expresiones: «*nacer de nuevo*» y «*nacer de agua y del Espíritu*».

Hay dos reinos, uno visible y otro invisible. A través de la generación natural entramos en el reino del mundo sobre el cual gobierna Satanás, el adversario de Dios. Nos guste o no, desde la caída de la primera pareja, no estamos en el reino de Dios desde nuestro nacimiento, sino que entramos y nos movemos en una esfera opuesta a Dios, con una naturaleza rebelde a él y a sus leyes.

El apóstol Pablo dice que, en este estado

*... el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no resplandezca en ellos la luz del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios (2 Corintios 4:4).*

Al afirmar la necesidad para todos de este nacimiento del agua y del Espíritu, Jesús destruye al mismo tiempo este edificio de virtudes, de obras, de observancias legales, por el cual la propia justicia de todos los tiempos cree poder subsistir ante Dios. Ya no se trata de hacer, sino de ser, y antes de ser hay que nacer.

Por tanto, es en vano que el ser humano busque alcanzar algo más allá de sí mismo, o encontrar una salida contando con los demás. Carece de fuerzas y todos son pecadores. No se trata de que el hombre mejore, sino de que reciba un espíritu nuevo y un corazón nuevo (Ezequiel 36:26-27). Y para ello debemos renacer por una intervención sobrenatural de la gracia y el poder de Jesucristo.

¿De qué manera?

---

### ¿Qué es un nacimiento?

---

En realidad es una vida que sale de otra vida, un ser que sale de otro ser. Así, a través del nacimiento físico, salimos del vientre de nuestra madre. Seres de carne, venimos de la carne y, lo sabemos bien, esta carne se encamina hacia la muerte, porque los elementos que la componen han sido todos tomados del polvo y al polvo regresarán (Génesis 3:19).

Ahora bien, este cuerpo de carne está animado por un espíritu inmortal que

permanece allí por un tiempo y luego regresa a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7).

Pero hemos de dejar claro que la distinción que hacen las Escrituras entre el espíritu, el alma y el cuerpo, de ninguna manera destruye la unidad del hombre (1 Tesalonicenses 5:23). Lo mismo ocurre con la unidad de Dios que no es aniquilada por las tres personas que la Palabra inspirada nos revela en él (1 Corintios 8:4. 2 Corintios 13:14).

No somos un cuerpo, pero tenemos un cuerpo que habitamos. A través de nuestros ojos vemos, a través de nuestros oídos oímos, a través de nuestra lengua nos expresamos, trabajamos con nuestras manos. Pero no somos nuestros órganos, ni nuestros miembros. Somos dueños de ellos, un día los dejaremos. Así el ser humano no queda enterrado bajo los escombros de su morada terrenal.

Pero esta alma, que por un tiempo anima nuestro cuerpo de carne, se rebeló contra Dios, toda la historia del mundo es prueba irrefutable de ello. Sí, el alma humana, en rebelión contra su Creador, ha perdido todos los beneficios de su inefable presencia.

Por tanto, si durante su estancia aquí abajo, el espíritu del ser humano no se deja iluminar, vivificar, liberar, si no se produce una reconciliación con Dios, permanece bajo el imperio de la carne a la que se sometió, cegado y oscurecido.

Cuando al morir sale de las tinieblas interiores, es para entrar en las tinieblas exteriores, en una separación eterna de Dios, única fuente de vida, luz y amor.

Y nada en la Biblia sugiere siquiera que la reconciliación sea posible en el más allá. Es ahora, durante nuestra vida terrenal, cuando se nos ofrece la salvación y podemos recibir el perdón de nuestros pecados y la vida eterna.

---

## El nuevo nacimiento

---

Pero entre la carne y el Espíritu hay un abismo. El Espíritu puede ser derramado sobre la carne, pero la carne no puede por sí sola elevarse al Espíritu. Separado de Dios, espiritualmente muerto, el ser humano no es más que carne (Génesis 6:3).

Así que, después de su nacimiento terrenal, debe experimentar un segundo nacimiento sin el cual su alma, sujeta a la vida carnal y al dominio de Satanás, camina en sus errores y en sus pecados (Efesios 2:1-3).

Este nacimiento desde lo alto se produce al escuchar la Palabra de Dios y a través de la acción poderosa del Espíritu Santo. Misterioso, libre como el viento, el Espíritu sopla donde quiere. Sólo él es capaz de reprendernos, transformarnos y realizar en nosotros la redención por la obra de Cristo, transportándonos del

reino de las tinieblas al reino de Dios (Colosenses 1:12-14).

Su primera acción consiste en convencer a los pecadores y conducirlos, a través de la Palabra, a reconocer la necesidad de morir a esta vida de la carne, antes de que se produzca la muerte del cuerpo.

El Espíritu Santo, no se ocupa de mejorar la vida de la carne, sino que la conduce al juicio y a la muerte para hacernos renacer a su vida, restableciendo así nuestra relación con Dios y restaurando en nosotros su imagen por la acción santificadora de la Palabra (2 Pedro 1:3-4).

Se trata, pues, de una regeneración que las epístolas del Nuevo Testamento siempre atribuyen a la doble acción de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo (2 Corintios 5:17).

---

### El ejemplo del grano de trigo

---

Un ejemplo de la naturaleza nos ayudará a comprender mejor cómo puede surgir nueva vida de la muerte. Toma un grano de trigo y guárdalo con cuidado en una caja de terciopelo. En un año encontrarás tu grano de trigo intacto, pero solo. Tómalo ahora, y ponlo en la tierra. Seguramente no encontrarás tu grano de trigo, sino treinta, sesenta o cien granos similares en la espiga que nació de aquel grano.

Jesús dijo de sí mismo:

*Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, seguirá siendo un único grano, pero si muere produce mucho fruto (Juan 12:24).*

Pero, ¿cómo morir? De que muerte se trata, ya que no puede ser cuestión de la muerte del cuerpo, lo que nos conduciría directamente al juicio, como dice la Escritura:

*... está establecido que todos los seres humanos mueran una sola vez, y después de esto el juicio... (Hebreos 9:27).*

No se trata pues de una reencarnación progresiva. Aquí abajo el hombre muere una vez. La Biblia no enseña en ninguna parte sobre la reencarnación.

Lo que establece inequívocamente es la resurrección, tanto de justos como de injustos, unos para vida eterna y los otros para oprobio y vergüenza eterna (Daniel 12:2. Juan 5:28-29).

Por tanto, el suicidio no ofrece ninguna solución a quienes desean cambiar de vida. Al contrario, mientras los suicidas esperan la resurrección y el juicio, la muerte los mantiene en el estado del que querían salir. La muerte de la que nos

habla la enseñanza de Jesús es una muerte a nosotros mismos.

Se trata, pues, de morir antes de nuestra muerte, de morir en vida, para dejar que otra vida arraigue en nosotros y produzca fruto para Dios en nuestra carne mortal, antes de la muerte de nuestro cuerpo (Lucas 9:23-24).

El nuevo nacimiento es una vida que surge de la muerte, pero de la muerte de otro, de la muerte de Jesucristo (2 Corintios 4:10-12). Sin embargo, Jesús no es un teórico. Lo que él manda, él lo da.

Si podía decirle a Nicodemo que sin un nuevo nacimiento nadie podría ver el reino de Dios, hablando de él mismo, inmediatamente añadió:

*Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo único para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3:16).*

Con estas palabras anunció su muerte voluntaria y expiatoria, la muerte del grano de trigo del que brotarían otras vidas nuevas, vidas cuyo germen se conformaría a la suya. Y así un día, en la gloria, Cristo podrá presentar a su Padre vidas perfectamente semejantes a la suya.

---

### Una fe viva

---

Pero, para que la muerte y resurrección de Cristo, para que las grandes obras realizadas en él, y por él, se reproduzcan en nosotros, necesitamos nuestra participación, que se manifiesta en una fe viva, por una adhesión del corazón, que se identifica con Cristo en la muerte al pecado y en su vida para Dios.

Si recibimos a Jesús por fe, si creemos en él, él mismo realiza esta obra maravillosa en nosotros. Uniendo su destino al nuestro, Cristo sufrió por nosotros la condenación y la muerte que merecían nuestros pecados; pero, teniendo vida en sí mismo, después de haber sufrido la muerte y el juicio, resucita y nos hace vivir de ahora en adelante con su vida (Romanos 5:6).

El apóstol Pablo se hace eco de esta bendita experiencia cuando exclama:

*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).*

Así termina el esfuerzo doloroso e infructuoso del ser humano y cesa la vida de maldición bajo una ley que la carne no puede cumplir (Romanos 7). Desde entonces comienza en paz con Dios este abandono diario de todo el ser a la vida de Jesús, quien manifestará en nuestra carne mortal el fruto del Espíritu:



*... amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza... (Gálatas 5:22-23).*

Regenerados, no por semilla corruptible, sino por semilla incorruptible, por la Palabra viva y permanente de Dios, se nos da un nuevo entendimiento de las cosas de Dios y de las cosas del mundo. Dios ya no es acusado, sino adorado, amado y obedecido. Por tanto, es fácil comprender el misterioso significado de las palabras de Jesús: *«nacer de agua y del Espíritu»*. Si, como hemos visto, *«nacer»* puede significar *«salir de»*, se trata para nosotros, si queremos renacer, de salir del agua que es la Palabra y el Espíritu. Para salir del agua, debemos haber entrado en ella. Entrar en esta agua es creer en la Palabra. Es morir, y esta muerte está simbolizada por el bautismo, la inmersión del creyente que confiesa haber renunciado a su vida, esta vida que provocó la muerte de Cristo.

Al aceptar a Jesucristo, el creyente se encuentra bautizado en su muerte, cuyo símbolo es el agua. Pero así como Cristo resucitó de entre los muertos, el neófito que sale del agua testifica que de ahora en adelante, por la fe viva, por el poder del Espíritu Santo, caminará en novedad de vida. Así, sólo Jesucristo, a través de su muerte y resurrección, ofrece al ser humano la posibilidad de morir aquí en la tierra a su vida de pecado y vivir de ahora en adelante, en su cuerpo mortal, una vida eterna.

Así como Noé, habiendo creído en la Palabra de Dios, atravesó las olas del diluvio en el arca, así el cristiano, refugiándose en Cristo, atraviesa la muerte y el juicio divino para comenzar una vida donde las cosas viejas han pasado y donde todas las cosas son hechas nuevas. Por eso el apóstol Pedro puede escribir:

*Así que amaos unos a otros entrañablemente, con corazón puro, pues habéis nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1 Pedro 1:22-23).*

*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor  
Jesucristo, que según su gran misericordia y por  
la resurrección de Jesucristo de los muertos, nos  
hizo renacer a una esperanza viva.*

1 Pedro 1:3

## La verdadera necesidad

---

### Un encuentro real

---

Amigos, ¿habéis conocido alguna vez a aquel que es el único que puede mostrarnos el reino de Dios y llevarnos a él? Encontrarlo es ver claramente en nuestra vida y descubrir nuestra naturaleza pecaminosa, a la luz de Cristo sin pecado.

Es oírle decirnos: *¡Arrepentíos, porque vuestras obras son malas!* Muchos de vosotros tenéis hábitos religiosos, gestos de piedad. Algunos todavía recitáis vuestras oraciones, os confesáis y comulgáis. Sin embargo, ¿habéis cambiado vuestra vida? ¿Habéis nacido de nuevo? Si habéis conocido a Cristo, ¿qué le dijisteis? ¿Qué le habéis confesado?

---

### Confesiones estériles

---

Si a veces las confesiones al sacerdote, al pastor o a los hermanos son tan estériles y rechazadas, no creamos que es porque tenemos siempre lo mismo que decir; es, en realidad, porque sólo decimos cosas insignificantes.

Solemos contentarnos con todo lo que poco importa, con un pequeño estribillo de los pecados cometidos desde pequeños... que seguiremos cometiendo y confesando de nuevo, sin siquiera creer que algún día seremos liberados.

No confesamos lo que realmente nos atormenta, nuestras verdaderas preocupaciones, nuestros estados de ánimo más profundos. Nos guardamos celosamente nuestro problema, ese que nos roe, nos paraliza y asfixia nuestra vida espiritual, sin que tengamos ganas de resolverlo.

Incluso ante Dios, rara vez nos acusamos de no haber sabido aceptar nuestra vida, nuestra familia tal como es, nuestra situación económica, nuestra edad, nuestro aspecto físico, nuestra enfermedad. No confesamos nuestras revueltas, nuestros desalientos, las malignas tristezas que mantenemos, nuestra terrible falta de fe y de esperanza que hace que, cuando oramos, ya sabemos que nada cambiará.

Demostramos así que no esperamos nada de Dios y que nos resignamos a seguir siendo tan mediocres, tan tristes, tan malos y tan pobres como somos, porque en el fondo no queremos cambiar.

---

## Nuestra verdadera necesidad

---

Si hubieras conocido a Cristo, si te hubieran dicho que él pasaba, que podías presentarte ante él, ¿qué le habrías dicho? ¿Qué le hubieras preguntado? ¿Qué curaciones le hubieras pedido? ¿Qué milagros? ¿Qué cambio de alma, de vida, de corazón hubieras implorado? Probablemente no le habrías dicho nada de lo que dices en tus oraciones ordinarias, ¡ninguna de las viejas fórmulas te habría servido!

Al verlo, un nuevo grito habría brotado de tu corazón, se habría abierto la verdadera herida de tu ser y te habrías sentido arrancado de ti mismo; no podrías evitar pedirle lo único importante: creer en él, amarlo, vivir en su amor y según su voluntad.

Y aunque no lo hubieras conocido de antemano, ni sabido lo que debías pedirle, en cuanto lo conocieras, en cuanto lo vieras, habrías comprendido lo que te faltaba: él, como el amado de tu alma, él, el Ser inefable del que ya no puedes prescindir. Entonces tu alma habría rebotado de alegría, de certeza y de fe.

## **Conclusión**

Amigo, Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Viene al encuentro de quienes lo buscan. Si sabes detenerte y recogerte ante él, te revelará lo que has sufrido hasta ahora, lo que tanto has echado de menos: él, su plenitud.

Obviamente sin esto, es decir sin él, tu vida está vacía y debes llenarla de algo, aunque sean pecados; pecados que no te importan tanto, de los cuales no estás tan orgulloso después de todo, pero debemos llenar este terrible vacío. Debemos ocupar nuestro tiempo. ¿Qué tendrías en tu pobre vida si no tuvieras tus pecados? ¿No es eso lo único sólido a lo que te aferras?

Pero un encuentro con Jesús te revela, como a los primeros discípulos, la grandeza de su gracia y despierta en ti un amor que llena y transforma tu vida. Si pudieras creerte sostenido, acompañado, lleno de tal amor, entonces tendrías todo lo que necesitas. Ya no necesitarías pecar, ya no querrías pecar. ¡Serías tan feliz así!



# Índice



## **Ser cristiano**

Prefacio	7
Introducción	9
Fidelidad a la Biblia	11
Fragancia de Cristo	15
Carta de Cristo	21
Imagen de Cristo	27
Embajadores de Cristo	35
Templo de Dios	41
En Cristo	49

## **El Cristo desconocido**

El Cristo desconocido	61
-----------------------	----

## **Conocimiento u obediencia**

La locura de una ciencia sin Dios	69
Obedecer es amar al prójimo	73
Relacionarse con Dios	75
La cruz, símbolo de salvación o de condenación	77
Algunas preguntas importantes	79
Del cenáculo hasta nuestros días	81
Una solemne advertencia	83
Una persona que es la vida	85

## **Unidos en Cristo**

Unidos en Cristo	89
------------------	----

## **Las lecciones de María**

Prólogo	95
Introducción	97
La anunciación	99
La visita a Elisabet	109
La sierva del Señor	121
Conclusión	137



## **¡Jesús viene! ¿Estás preparado?**

Prólogo	141
El regreso de Cristo	143
¿Le esperamos realmente?	153
Esperanza y fe	163
Mientras le esperamos	169
Preguntas vitales	175
Nos gustaría ver a Jesús	179
Conclusión	183

## **El ateísmo práctico**

¿Hacia dónde vamos?	189
Un mundo en penumbra	191
El final del silencio de Dios	193
El reino del miedo	195
Un mundo sin Dios	197
¿Se ha revelado Dios?	199
Las razones del ateísmo	201
El fin de la incertidumbre	203

## **El verdadero rostro de la aflicción**

El verdadero rostro de la aflicción	207
-------------------------------------	-----

## **¿Se puede nacer de nuevo?**

Prólogo	217
Introducción	219
La situación del ser humano	221
El nuevo nacimiento	227
La verdadera necesidad	233
Conclusión	235



Ferran Cots editor • Barcelona



Predicador, conferenciante y escritor, Gaston Racine nació en Suiza, en el cantón de Neuchatel, en 1917. De familia de origen hugonote, creció en un ambiente piadoso, convirtiéndose a Cristo a la edad de 14 años. En 1936, después de un período de convalecencia en Italia, sintió el llamamiento de dedicarse al servicio de Dios. Se trasladó a Montreal (Canadá) en 1962. Fundamentado fielmente en la Biblia y sin caer en ninguna forma de sincretismo religioso, Gaston Racine siempre estuvo dispuesto a dar testimonio de su fe a los creyentes y a los no creyentes de todos los campos: católicos, ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas, hinduístas, racionalistas, marxistas...

**FC**  
**EDITOR**